

Gaston Leourx

La muñeca sangrienta

1. TRAS LAS CORTINAS

Benito Masson tenía su establecimiento en uno de los parajes más retirados, más apacibles y también más vetustos de la Ile-Saint-Louis. Benito Masson era encuadernador artístico, lo cual no le impedía vender tarjetas postales y dedicarse a un pequeño negocio de papelería en aquel barrio pasado de moda, especie de cuña provinciana en la capital, y que parece defendido, por su cinturón de agua, de la eterna bacanal que se ha convenido en llamar vida parisiense.

En aquella calle, cuyo nombre ha sido cambiado posteriormente, y que se llamaba —aún no hace mucho tiempo— calle del Santísimo Sacramento en la Isla, a la sombra de las viejas casonas que un par de siglos atrás fueron lugar de reunión de todo ingenio y elegancia, se han abierto o —mejor dicho— entreabierto una media docena de establecimientos, varias tiendas y una modesta relojería con la exorbitante pretensión de mantener apariencias de vida... Pues bien: de aquel callejón donde vivía nuestro encuadernador; de aquel barrio que parecía no existir más que gracias a sus recuerdos, ha salido una de las más prodigiosas aventuras, y hasta, si se nos apura, la más sublime, de la época actual. La aventura de Benito Masson fue, desde luego, sublime, porque constituyó una Fecha (con mayúscula, sí) en la historia de la Humanidad; pero, al mismo tiempo que sublime, fue espantosa... Y París, que conoció principalmente la parte de espanto, aún se estremece.

Para juzgarla debidamente, hay que tomarla desde sus principios. Atravesemos el puente Marte y miremos a nuestro alrededor. Admitiendo que la vida no se traduce exclusivamente por el movimiento, podemos considerar la verdad de que en la Ile-Saint-Louis, más que en cualquiera otra parte, hay siempre una vida intensa; pero en el dominio intelectual. Sin evocar las lejanas sombras de Voltaire y de madame Du Châtelet, puede decirse que en todo tiempo pintores, poetas, escritores, han escogido allí su domicilio. George Sand, Baudelaire, Teófilo Gautier, Gerardo de Nerval, Doubligny, Corot, Barge, Daumier, instalaron allí sus penates. En la esquina con la calle Le Regrattier, que antaño era la calle de la Mujer sin Cabeza, se levanta en una Hornacina una Virgen mutilada, que ha visto desfilar a toda la pléyade romántica. ¡Nuestro Benito Masson, que no era solamente encuadernador artístico, Sino poeta —extraño poeta, como tantos otros de aquellos turbios tiempos—, aseguraba vivir en la misma habitación donde algún tiempo había morado —y sufrido— el autor de *Las flores del mal*!

Y, como es natural, su misma humildad experimentaba por ello un singular orgullo.

Ahora bien; para conocer a Benito Masson, ninguna fuente mejor que él mismo. Como todos cuantos se creen agitados por algún demonio superior, complacíase en registrar los menores acontecimientos de una vida que, *aparentemente*, se diría

haberse desenvuelto en la más triste monotonía, hasta el día en que hemos llegado; (Benito Masson podía tener sus treinta y cinco años). Y subrayo la palabra *aparentemente* porque ha habido personas según las cuales todas las memorias de esta especie han sido redactadas con el fin más interesado y no relatan sino lo que podía hacer creer en la inocencia de un monstruo que vivía en el perpetuo temor de que descubrieran sus crímenes. Quienes han asegurado esto tenían muchas excusas y quizá hasta razones; pero ¿tenían razón? Ya lo veremos algún día.

En cuanto a mí, siempre me ha conmovido el acento de sinceridad que se encuentra en las Memorias de Benito Masson, aun en sus pasajes más desordenados.

Por el tiempo de que se trata, era a fines de mayo. El día había sido caluroso. Aquel día habíase presentado la primavera con una precocidad no vista en París desde mucho tiempo.

Eran las nueve de la noche. En aquel rincón de calleja desierta, sumido en sombra, el último ruido que se dejó oír fue el timbre de la puerta del almacén de la señorita Barescat, paquetera, la cual cerraba por sí misma y con toda precaución...

Aún había luz en dos puertas vidrieras: la del encuadernador y la del relojero...

El establecimiento de Benito Masson se hallaba enfrente, poco más o menos, del establecimiento del viejo Norbert, a quien apenas se veía salir, como no fuera los domingos, para oír misa, con su hija y su sobrino, en Saint-Louis-en-l'Ile.

El resto del tiempo lo pasaba oculto tras las cortinas de verde sagra, inclinado sobre sus enseres, misteriosamente dedicado a trabajos que, por cierto, ya le habían dado celebridad en cierto modo. Había inventado una especie de regulador que hubiera podido hacer su fortuna, pero que no había conseguido más que hacerle aborrecer para siempre a los hombres de negocios. A la sazón no parecía trabajar más que por amor al arte y en pos de una quimera en que otros, antes que él, habían perdido la razón.

Sus colegas, con quienes había roto toda relación, hablaban de él con una melancólica condescendencia. Los más enterados citaban una especie de escape contrario a todas las leyes conocidas de la mecánica, y gracias al cual pretendía el desgraciado llegar al movimiento continuo. ¿Para qué más?

Mientras tanto, podía verse en su escaparate un curiosísimo mecanismo de relojería cuyos engranajes exteriores afectaban formas desconocidas hasta entonces. Entre otras piezas extrañas, había ruedas cuadradas. Y el caso era que los habitantes de la Isla afirmaban que aquel movimiento duraba años enteros sin necesidad de darle nueva cuerda. La señorita Barescat, la paquetera, hubiera puesto la mano en el fuego para asegurarlo. Total: que entre el puente Marte y el puente Saint-Louis, el viejo Norbert era tenido por un personaje algo diabólico.

Aquella noche, Benito Masson, detrás de sus cortinas, no tenía ojos más que para la relojería. Y podemos afirmar que no era la vista del viejo Norbert lo que le impedía

dedicarse al trabajo. Su hija acababa de penetrar en el taller.

Recorramos ahora las Memorias, un poco desordenadas, de Benito Masson. Inmediatamente nos enteraremos de muchas cosas.

He aquí —dice Benito en tales Memorias— la mujer a quien he de dar mi vida. Y hela tal como siempre me la he imaginado y tal como Dios la ha creado para mi corazón, ávido de belleza y de misterio. En verdad, no hay en el mundo, no, nada más bello ni más misterioso que Cristina. Tampoco nada más sereno. ¿Qué hay más misterioso, más profundo, más insondable que lo sereno? Me interesan las olas enfurecidas, pero me espantan los mares en calma. Los tranquilos ojos de Cristina me espantan y me atraen. En semejantes ojos puede perderse uno, porque son como el abismo.

Los imbéciles, sin embargo, no comprenden eso. ¿Quién comprendería a Cristina? No, desde luego, ese viejo embrutecido relojero de su padre, siempre encorvado sobre ruedas cuadradas y que tal vez no ha visto a su hija desde hace años. Tampoco ese mastuerzo de Jaime, su primo y prometido, fenómeno de la Escuela de Medicina, individuo excepcional, según parece, y que en la Facultad es prosector, algo así como carnicero, pobre chico, en una palabra, que hace cuanto se le antoja a ella, que cuando no está trabajando en el anfiteatro pasa el tiempo mirándola, y que tampoco la ve. Son muchos los que, como ése, la miran porque es guapa. Pero yo, Benito Masson, ¡soy el único que la ve!

Esa mujer no tiene nada que ver con las pollitas del día. Tiene trazas y aire de archiduquesa, ni más ni menos (si acaso, quizá más que menos). Sobre su nuca de diosa se arrolla una cabellera con reflejos de cobre antiguo. Cuando, como ahora, cuelga el sombrero que acaba de quitarse, tiene en el brazo la línea de la amazona del Capitolio, lo cual, para mi gusto, no es poco, ya que en todos mis viajes nunca he visto una Diana tan bella. El pensamiento no puede pensar, a poco que la haya visto andar, moverse, qué serán sus piernas, sus nobles piernas. Hay para besar la huella de sus pasos.

En cuanto al rostro, es un óvalo perfecto, si bien la nariz tiene, por fortuna, una ligera curva que quita frialdad a lo regular. El dibujo de la boca tiene una dulzura angelical; el labio no es carnosos. ¡Oh, la belleza ideal y viviente! Esta bella mujer, que es una artista y que, para vivir, da lecciones de modelado, no debiera tener más modelo que ella misma.

Pero todo eso lo ve todo el mundo. Lo que no se ve, lo que hay en el fondo de su mirada, serena y fatal; lo que hay en lo hondo de sus ojos, sombríamente verdes e irisados de oro, es... es... —¡voy a decirlo!— el asombro inmenso, prodigioso y que no cesará jamás, de vivir —ella, que estaba destinada para el Olimpo— en lo profundo de aquella miserable tienda de la Ile-Saint-Louis, entre ese relojero y ese estudiantón. El caso es que quiere mucho a su padre y a su primo, con quien acabará

casándose, esperemos que tarde. ¡Oh! ¿Cómo no se suicida?... Porque al mismo tiempo es la Belleza y la Virtud. ¡Magnífica como una estatua pagana, sabia como una imagen de misal!... No cabe duda: ¡es la Virgen de la Ile-Saint-Louis!... Y he aquí lo que me ha sucedido...

El viejo Norbert, su hija y su sobrino no viven en la calle. En ella no está más que la tienda. Habitan un pabellón separado de la tienda por un jardín. Por cierto que no había visto nunca el pabellón. Allí dentro no penetra nadie, como no sea una asistente, una mujer que hace las faenas. Y he aquí que he encontrado la manera de distinguir el pabellón. Esta misma noche, luego de apagadas las luces de la calle, he subido por una escala al granero de la casa donde vivo, y por una guardilla ¡he visto!

El pabellón tiene dos pisos... El segundo piso está transformado en una especie de estudio acristalado, al que se sube por una escalera exterior: de madera. El relojero y su sobrino duermen en el primer piso; Cristina, en el estudio. Hacía una luna deslumbrante. Cristina permaneció más de una hora apoyada en la barandilla que corre, a guisa de balcón, a lo largo del estudio. ¡Qué noche para un poeta y un enamorado! De pronto, abandonó el balcón, y con paso furtivo bajó varios peldaños de la escalera. Luego se detuvo y aplicó el oído a la habitación de su padre y de su prometido. Luego volvió a subir, siempre con grandes precauciones; penetró en el taller, se dirigió hacia un armario que se hallaba en el fondo, sacó una llave del bolsillo y abrió el armario. Y de allí vi salir a un hombre al que ella abrazó. Después ya no vi nada, porque se había apresurado a cerrar la puerta-ventana del balcón y a correr las cortinas.

2. DONDE BENITO MASSON CONTINÚA ASOMBRÁNDOSE

Fácil es de suponer la noche que pasó. Yo, que en la mirada de Cristina lo había visto todo, no había previsto aquello: ¡un hombre oculto en un armario! Decididamente, yo no seré más que un poeta, es decir, lo más lamentable que hay en el mundo.

«Para mí, amor mío, lo eras todo. Por ti languidecía mi alma. Lo eras todo para mí: una isla verde en el mar, una fuente y un altar adornado de frutas y de flores maravillosas. Pero yo no había previsto eso de que dentro del armario hubiera un hombre. ¡Ya se ha quebrado la copa de oro! ¡Suenen fúnebres campanas! ¡Otra alma santa que flota sobre el oleaje negro!... ¡Una más!... ¡Oh, las hijas de Satanás!...»

Aquella noche de insomnio no se llenó solamente con la desesperación y con la rabia contra mi innata estupidez, sino también con una especie de alegría diabólica. Seguidamente comprenderéis el complejo sentimiento. Adoraba a Cristina no solamente como un ángel a quien toda mi vida continuaría llorando; la amaba también como a una mujer, como a la más bella de las mujeres... Y de ahí mi suplicio, por cuanto aquella mujer sabía yo que jamás me pertenecería y jamás me amaría, y que tal vez yo jamás me acercaría a ella. Pero la atrocidad de tan absoluta certeza aumentaba aún con la idea de que un buen día el estudiantón de enfrente, el carnicero modelo, el carpintero de la cirugía, se pondría en el dedo aquella joya del Señor y se dirigiría a casa del funcionario para contraer justas nupcias.

Ahora bien, el hombre del armario, a quien, de mediar la ocasión, yo hubiera muerto como un perro, era menos odiado por mí que el otro, porque me vengaba. ¡Y de qué manera!...

En fin, ya es tiempo de que os diga la razón de que yo no tuviera ninguna esperanza por parte de Cristina. Está contenida en dos palabras:

¡Soy feo!...

Tampoco el primo es guapo; pero es alguien, lo cual, a mi juicio, es peor... Su Jaime —a quien he observado cuando pasa debajo de mis balcones— es más bien grueso que otra cosa, y, desde luego, bajo. Tiene veintiocho años. Es miope, de frente ancha y blanca, de pómulos salientes, de boca fresca y no muy grande, rodeada de una barbita rubia que parece tener la dulzura y la debilidad de los cabellos de los niños pequeñitos. Cuando se descubre, muestra un cráneo ya pelado por el estudio. ¡Ése es el héroe! No se trata de gran cosa; pero, en verdad, no es un monstruo, y, teniendo un título facultativo, puede constituir un marido apetecible. En cambio, yo soy un monstruo, soy horriblemente feo. ¿Horriblemente? Sí, porque todas las mujeres me huyen.

¿Hay en el mundo algo más terrible que eso? Nunca mis brazos se han cerrado

sobre una mujer. No lo hubieran tolerado ellas. La idea de que yo pueda abrazarlas, solamente la idea, las espanta. Es tal como lo digo... No exagero nada... ¡Misericordia de miserias!... Como dijo el otro: «¡Bulle en mis venas una vida de fuego!... ¡Cada mujer equivaldría para mí al regalo de un mundo!... Oigo simultáneamente mil ruiseñores... En el banquete de la vida podría devorar todos los elefantes del Indostán y tomar como mondadientes la flecha de la catedral de Estrasburgo. ¡La vida es el supremo bien!» Y yo no puedo vivir...

¿Por qué tendré este espantoso reborde en torno a mi cerebro? ¿Por qué la asimetría entre las dos partes de mi cara (¡mi cara!), la prominencia horripilante de mis ojos, la brusca avanzada de la mandíbula inferior? ¿Para qué tal caos? El hombre que ríe era muy feliz. Al menos, ¡reía, reía para los demás!... Pero ¿qué soy yo para el prójimo?... ¡Ni el que ríe ni el que llora! ¡Mi rostro es un misterio espantable!

¿Me decidiré a confesar una cosa que tal vez me arrastre más lejos de lo que yo deseo?...

Pero, ¡ca!, dado el estado de espíritu en que me encuentro, ¿qué puedo temer? Aunque me sucediera la aventura peor y más extraordinaria, no superaría a la de aquella noche... Yo no tenía más que un motivo para vivir: ¡ver a Cristina!... Y desde que la he visto abrazando a un hombre al que ocultaba en un armario puede irse todo a la porra...

Por cierto que no hace mucho tiempo que me hallo tan feo como todo esto. Hace dos años aún me figuraba que mi cara no era necesariamente para todo el mundo un motivo de horror. Bien sabía, ¡ay!, que no podía gustar a las mujeres; pero aún abrigaba ilusiones... Refugiado en mi torre de marfil, ante el espejo, me daba a calificar de sublime mi fealdad. Me miraba de perfil y de escorzo, me hacía gestos, ensayaba diferentes maneras de peinarme, buscaba modelos de fealdad con los cuales no fuera deshonoroso compararse... Llegué, por ejemplo, a decirme que no era mucho más feo que Verlaine, el cual, de creerle, fue amado y supo qué es el amor, todo el amor...

«¡Oh, las hermosas jornadas de inefable felicidad en que uníamos nuestras bocas, en que era azul el cielo y grande la esperanza!...», etc.

¡Oh, la boca de Verlaine!... Pero ¡paz a sus cenizas! Era mi más grande poeta...

Sin embargo, me decía que si bien fue amado, no se debió precisamente a su belleza. Hay, pues, mujeres capaces de dejarse seducir únicamente por el ensueño, por la ilusión de un poeta, por lo que de divino licor contiene el vaso burdo que una Naturaleza irónica y madrastra creara en un día cruel. ¡Todo consiste en tener ocasión para hacerse comprender! Y he aquí cómo provoqué esa ocasión...

En la última Exposición de encuadernadores había tenido yo un excelente triunfo. Mis encuadernaciones románticas habían conseguido un primer premio. Entonces publiqué en los periódicos unos anuncios solicitando alumnos femeninos. No hube de

esperar mucho tiempo. Al día siguiente se presentó una muchacha, la señorita Henriqueta Havard, monísima, muy inteligente, al parecer, y que, según sus manifestaciones, había perdido sus padres; estaba recogida en casa de una vieja tía suya y quería ganarse la vida. Proponíame ser al mismo tiempo mi alumna y mi empleada. Pronto cerramos trato. En los alrededores de París poseo una pequeña quinta, junto a un bosque, a pocos pasos de un estanque, en un paraje bastante desierto. Gusto de la soledad y figurábame, naturalmente, que la saborearía mejor con la joven. Por lo demás, allí trabajaba todos los veranos. Y allí cité a Henriqueta para el día siguiente.

Aquella noche me había mantenido en la semioscuridad. Al día siguiente pudo verme en el campo, al aire libre. Así es que al otro día... ¡no la volví a ver!... La esperé tres días. Como me diera la dirección de su tía, fui a casa de ésta y le pregunté por la sobrina. Me respondió con indiferencia que no la había vuelto a ver. No insistí. No quería parecer más preocupado que ella lo estaba.

En el ínterin, se presentó otra alumna, la señorita Clara Thomassin, viuda, también joven y bonita... Estuvo un día en mi casa... Cuarenta y ocho horas después vino un caballero cincuentón a hacerme preguntas sobre Clara. Yo le respondí que no tenía noticias de ella desde que salió de mi casa. Y se fue muy triste.

Tuve cuatro alumnas más... Una estuvo cinco días, dos de ellas no pasaron de las veinticuatro horas y la última estuvo tres semanas. Con ésta pude creer que iba a realizarse el milagro; pero a última hora se eclipsó como las demás.

Respecto a esta última, he querido tener la conciencia tranquila y he hecho indagaciones... No he podido, nadie ha podido saber qué ha sido de ella... A decir verdad, comenzó a ahogarme una angustia sorda y desmesurada... No me atreví a llevar mis indagaciones más adelante, por temor a enterarme de que también las otras tres habían desaparecido. Que yo supiese, ya había tres. ¡Bastantes!

Comprendo que las mujeres me huyan, porque soy feo; pero que me huyan hasta el fin del mundo, que me huyan hasta desaparecer, que me huyan hasta el suicidio, ¡es algo superior a todo!... ¿Qué figurarse?... ¿Qué pensar?... Quien lo desee, póngase en mi lugar. ¡Espantoso, espantoso!... Si por una causa o por otra, por otras seis causas, se hubieran suicidado las seis, hubiesen sido encontrados sus cadáveres; pero ¡no fueron encontradas ni muertas ni vivas!

Hablo, ¡Dios mío!, como si estuviera cierto de la muerte de las otras tres... Y es que, en el fondo de mí mismo, creo que el mismo misterio une a las seis... ¡El mismo misterio de muerte!... Nadie, fuera de mí, sospecha eso... ¡Afortunadamente!... Todo es tan enorme y tan absurdo que no quiero ni pensar en ello... Para olvidarlo había encontrado un buen procedimiento, que era sumirme en la visión y en el amor de Cristina... ¡Y ahora!...

Ahora no quito los ojos de la puerta del relojero... Hoy, domingo, saldrá ella

dentro de poco para ir a misa, entre su padre y el estudiantón... ¡Ya está ahí, ya está ahí, con su apostura de archiduquesa, con su frente virgínea, con su mirar tranquilo! ... El estudiante le lleva el devocionario... ¡Oh! ¿Qué no haría yo por ella?... Hoy no les seguiré... Me quedaré tras las cortinas... Seguramente veré salir al hombre nocturno... ¡Quiero saber quién es su amante! Y luego veré lo que se hace.

Ya hace media hora que espero... ¡Nada!... Hoy domingo la parte delantera de la tienda está cerrada. Hasta la puerta de cristales está oculta por la de madera. Pero ¡no se abre!... ¿Qué espera?... La calle se encuentra solitaria, completamente solitaria... Y no puede salir más que por esa puerta... Esa parte del edificio habitado por esa extraña familia está dispuesta de manera que no ofrece más salida que la que yo vigilo. En realidad, viven encerrados ahí dentro como en una cárcel, y el jardín interior, si es que puede darse tal nombre a un cuadrilátero con tres árboles, me ha producido el efecto, entre los dos altos muros que le oprimen y le ocultan a las miradas, de un patio carcelario. Ese rincón de edificio y de jardín, habitado por el relojero y su familia, formó parte antaño del famoso palacio de Coulteray, cuya entrada principal aún da al muelle de Béthune y aún pertenece —caso único, no repetido entre todos los antiguos palacios de la Ile-Saint-Louis— al último representante de una familia ilustre, como es sabido, por muchos títulos: al actual marqués Jorge María Vicente de Coulteray, quien recientemente, al regreso de un viaje a la India inglesa, casó con miss Dessie Clavendish, hija menor del gobernador de Delhi.

Sólo una vez, por la tarde, al pasar por el muelle, vi al marqués y a la marquesa, los cuales salían en su magnífico automóvil, iluminado por una bombilla eléctrica interior. La marquesa, es una mujer muy joven, que me pareció demasiado lánguida, aunque no desprovista de interés, a causa de cierta belleza diáfana propia de algunas inglesas, pero que en esta época deportiva tiende cada vez más a desaparecer.

Al lado de aquella heroína de Walter Scott, el marqués tenía un aspecto fuerte y vital, a pesar de sus cabellos precozmente blancos. En su cara rosada, por la que circula una sangre generosa, brilla una mirada de acero azul, asombrosamente joven todavía y emocionante en un hombre de cincuenta años y pico. Jorge María Vicente es el último retoño del célebre marqués de Coulteray, que, bajo Luis XV, entre otras genialidades, separóse de su mujer, que no quería oír hablar de divorcio ni abandonar el domicilio conyugal; separóse, repito, mediante el alto muro que aún divide la finca en dos, dejando a la desgraciada en el pabelloncito donde se había refugiado y donde murió, secuestrada por propia voluntad. Allí es donde la virtuosa Cristina, por la noche, cuando su padre y el prometido descansan, recibe a su amante.

Éste, de quien continúo vigilando la aparición en el umbral que forzosamente ha de franquear para salir de su cárcel de amor, me hace esperar mucho tras las cortinas. Y pasa el tiempo sin que vea entreabrirse la puerta de la relojería. He aquí que el

relojero vuelve de misa con la altiva Cristina y el intrépido prometido.

Por lo visto, el sujeto de marras pasará otro día en su arca esperando la noche próxima y el natural desquite.

Este pensamiento, a decir verdad, no contribuye mucho a calmar mis ánimos, tanto más cuanto pienso que si bien no he visto salir al misterioso huésped de Cristina, tampoco lo he visto entrar, lo cual hace que me pregunte a mí mismo desde cuándo dura el extraño idilio dentro de un cofre.

Me sorprende en una carcajada feroz al pensar en las mujeres en general y en ésta en particular. A la divina Cristina, que llena mi corazón, le deseo una buena catástrofe para alivio de mi alma y de la conciencia universal. Hoy no saldré...

Las cinco.—¡Acababa de sucederme lo que menos esperaba! ¡Ha venido! ¡Ha venido aquí! Pero no anticipemos nada, ya que todo vale la pena de contarse, y me figuro que no he llegado al límite de mi asombro.

Las tardes dominicales, los Norbert, padre e hija, y Jaime Cotentin, el prometido, suelen salir para dar un pequeño paseo. Pero hoy han salido solos el viejo y Jaime. La hija les ha acompañado hasta el umbral, les ha dirigido unas cuantas palabras subrayadas con su sonrisa de soberana y ha cerrado la puerta del establecimiento. Yo, de un salto, por decirlo así, he llegado a mi observatorio bajo las tejas.

Y He llegado a tiempo para ver cómo atravesaba el jardincillo y subía la escalera exterior que conduce al taller, en el último piso del pabellón del fondo. Como la puerta-ventana estaba ya abierta de par en par sobre la barandilla, veía el armario, que ella abrió sin vacilar. Y salió el hombre. Ella lo cogió de la mano y le murmuró unas palabras al oído. Sin duda le comunicaba que la casa estaba libre de toda odiosa presencia y que les pertenecía por algunas horas, pues él se dirigió inmediatamente al balcón, en cuya barandilla se apoyó mirando hacia el jardín con aire de meditación profunda.

Entonces le vi bien, detalladamente. ¡Caramba! ¡Cómo sabía escoger sus amantes la bella Cristina! Era hecho a su medida. Ninguna hija de Eva podría desear uno más guapo. ¡Ay! ¡Juro que al ver aquella cara majestuosa, aquel magnífico trozo de humanidad, he maldecido al Creador que me ha hecho lo que me ha hecho y que ha reservado para el otro un rostro victorioso!

Ese hombre se halla en toda la fuerza de la edad; una perfecta armonía rige sus movimientos; nada parece emocionarlo; a su lado, Cristina, que siempre me ha impresionado por su hermosa impassibilidad, me resulta una desequilibrada. Ciertamente es que no la reconozco y que parece haber cambiado. Con su más radiante sonrisa y con gestos infantiles le llama, diciendo:

—¡Gabriel!

¡Oh! Ese hombre de treinta años es bello como el ángel Gabriel. Los dos, los dos son guapos. ¡Qué pareja!

Ahora me toca decir cómo va vestido Gabriel, porque se trata de algo bien poco ordinario. Va envuelto de los pies a la cabeza con una capa como las que se gastaban en tiempo de la Revolución, y lleva, según la moda de entonces, botas pequeñas y vueltas. Así es que al verle salir del arca, en el fondo de la vieja y escondida morada de la Ile-Saint-Louis, parece asistirse a una aventura del caballero de Fersen, venido misteriosamente a la capital para contribuir a la evasión de la regia prisionera. Y hasta el atavío de Cristina se presta a la ilusión, con ese dichoso María Antonieta que ha cruzado sobre su pecho medio desnudo.

¿Qué comedia representan? ¿Cómo ha empezado? ¿Cómo acabará? ¿Adónde se ha llegado? ¡Lo ignoro!

Ese hombre aún no le ha dirigido la palabra; pero ha obedecido a sus llamadas. Gabriel baja la escalera delante de Cristina...

Ya están ambos en el jardín. Él se ha sentado bajo el plátano y ante una mesita con mantel donde todavía hay frutas y botellas. A él le veo mal; a ella, mejor. Da vueltas alrededor de él, le habla, se sienta a su lado, apoya la cabeza en su hombro. Están de espaldas, y el árbol me molesta. No se mueven. Permanecen unidos así durante minutos que yo no sabría contar, y que han sido de los más crueles que hay en mi vida.

¡Oh, una cabeza de mujer en su hombro! ¡Y la cabeza de Cristina!

¡Ay, si pudiera arrancarle el corazón a ese hombre!

Por fin se han levantado, cogidos de la mano. Sin soltarse, han subido la escalera. Y ella le ha introducido en el taller y ha cerrado la puerta.

Yo he bajado como loco. Y he llorado. ¡He llorado, sí! Esos idiotas de poetas dicen que han llorado lágrimas de sangre ¿Qué saben ellos?

De pronto, han dado en los cristales de mi establecimiento. Era ella. ¡Ella, ella! Era ella, que jamás me había dirigido la palabra. Era ella, que siempre había pasado junto a mí como si yo no existiera.

Abrí, agarrándome a la puerta para no caer. Ella me vio titubeante, trastornado, con los ojos inyectados de sangre. Soy horrible, pero debía de estar asqueroso.

Ella tuvo la suprema piedad de no darse cuenta de nada. Con ese aire de serena nobleza que sucesivamente me encanta, me aplasta o me horripila, me dijo:

—Como es usted un artista, vengo a confiarle lo más preciado que tengo en mi biblioteca: estos cinco ejemplares de Verlaine, para que los arregle a su gusto, que es perfecto. Lo que le pido es que haga el favor de enseñarme uno de estos días las pieles, con objeto de escoger un color diferente para cada obra.

Y como yo me precipitara torpemente hacia las pequeñas existencias de pieles que me quedaban, levantó su bella mano pálida y dijo:

—No, hoy no... ¡Perdóneme, que tengo alguna prisa!

Y fuese con su mirada celestial y su frente angélica.

Yo no había pronunciado una palabra. Estaba como aniquilado. En mí se había roto todo equilibrio. Ella, en cambio, sí que le tenía. Y lo necesitaba para navegar tranquilamente por tales acontecimientos.

Las dos de la madrugada. —¡Espantosa!... La comedia, decentemente, no podía durar. Acabo de presenciar el drama más rápido y sombrío. Era poco más de media noche. Yo estaba arriba, sufriendo toda clase de suplicios, mientras una luz testimoniaba en el último piso del pabellón que Cristina no descansaba aún. De pronto, en la claridad lunar que bañaba el jardín, vi aparecer al viejo Norbert, que se puso a subir la escalera como un felino, y dando un golpe con un hombro hundió la puerta. Oyóse un grito de Cristina:

—¡Papá!

Pero Norbert levantaba sobre su cabeza un arma formidable, algo así como un morillo, que se desplomó mientras Cristina suplicaba:

—¡No le mates, no le mates!

Un bulto —el hombre— dio un salto y alargando los brazos llegó hasta el balcón, mientras el arma terrible continuaba golpeándole.

¡No se movió más! Cristina, delirante, se había abalanzado sobre su pecho.

Luego reinó un silencio extraordinario.

El viejo, cruzado de brazos, mostraba una cara de loco.

En aquel momento, Jaime salió a su vez de su habitación e intervino en la escena. Entonces Cristina se levantó y dijo:

—¡Papá le ha matado!

El anciano pronunció con toda claridad:

—*No me obedecía. Y la culpa era tuya. ¡Debí recelarlo!*

En cuanto al prometido, no dijo una palabra. Tiró del cadáver y lo introdujo en el estudio, donde se encerraron todos y donde todavía se hallan cuando escribo estas líneas.

3. ¿ACASO CRISTINA SÓLO TENDRÍA UN METRÓNOMO BAJO EL CORPIÑO?

¡Gabriel ha muerto! ¡Ha muerto Gabriel! ¡El viejo lo ha hecho polvo! Para mí, eso es lo único importante. Lo demás ya se explicará después si es muy necesario; mas, para mi, sólo es necesaria la muerte de Gabriel. Ya no está entre Cristina y yo. ¿Habré adelantado mucho con ella? ¡Poco importa! Mi corazón se ha refrescado con la sangre derramada por el viejo.

Ya no apoyará ella su cabeza en el hombro del joven, bello como un semidiós; ya no les veré abrazados. ¿Qué harán del cadáver? He esperado toda la noche, pero no se ha abierto la puerta del taller.

No pudiendo ya con la fatiga y la emoción, he descendido, me he echado en la cama y me he dormido con una inmensa alegría. Al despertar, aún tenía el alma en fiesta. ¡Ha muerto Gabriel!

¡Oh, el grito de triunfo en el umbral de la vida nueva!

El corazón que sangra en mi pecho está grave y jubiloso. Pero ¿cómo me atrevo a escribir semejantes palabras ardorosas? ¿Celebro un cobarde asesinato? ¡Bah! También yo opto por el principio de Schelling: «Los espíritus superiores están por encima de las leyes». Pero ¿soy un espíritu superior? Quizá sí y quizá no. Desde luego, soy un maldito superior.

Y eso implica derechos que no comprenden los demás seres... ¡Cuánto me ha tentado Dios desde que estoy en el mundo!... ¡Cuidado! Basta de divagaciones, basta de sacrilegios... Volvamos a la tierra... He aquí que la mujer de las faenas llama en la puerta de la tienda.

Generalmente, a esta hora —las ocho— el viejo está ya tras sus cortinas, inclinado sobre sus ruedas cuadradas, y la señora Langlois no tiene más que empujar la puerta de cristales. Pero hoy aún está cerrada la puerta de madera. La señora Langlois, a la que conozco bien, pues también me hace las faenas, está desconcertada. Llama y vuelve a llamar con su puño seco e impaciente. Por fin le abren. Es el viejo. Al entrar ella, el carnicero facultativo sale inmediatamente, casi corriendo, a la calle. Temerá llegar tarde a clase. Cuando pasa me fijo en él. Aparte de su ceño fruncido, me parece tan Insignificante como todos los días.

La puerta del establecimiento está entreabierta. Ya no veo al viejo. ¡Ay, si entrara ahí, y yo que estoy enterado, yo que podría ver!... Porque ya se las arreglarán para que la señora Langlois no vea nada... Pero yo... Y de repente, sin pensarlo, agarro mis existencias de pieles, atravieso la calle y entro en la casa del crimen... Atravieso luego la tienda y el comedorcito que hay a continuación, y en el cual se encuentra la señora Langlois realizando su tarea. Escoba en mano, me interpela al pasar; pero yo penetro en el jardín.

Allí doy con el viejo Norbert, estupefacto y anonadado ante el acontecimiento extraordinario de un audaz que se ha atrevido a franquear los cinco metros cuadrados de la tienda y se pasea por el jardín como Pedro por su casa.

—¿Qué quiere usted? —acaba por rezongar fijando en mí sus ojos grises con aguzada hostilidad.

—Soy el encuadernador, caballero.

—Creí que mi hija se había entendido con usted.

Y entre dientes ha añadido unas cuantas palabras, según las cuales he creído comprender que Cristina había dado a la visita que había hecho, una importancia *que la había servido de pretexto para no acompañar al relojero y a su sobrino en el paseo dominical*.

Entonces sonó detrás de nosotros la voz de Cristina, diciendo:

—Deja subir al caballero, papá...

No me lo hice repetir. Y sin esperar el permiso del viejo, a quien dejé algo boquiabierto, subí apresuradamente la escalera que llevaba al taller, en cuyo balcón estaba asomada Cristina.

Se hallaba tan tranquila como la víspera en mi casa. Nada en sus trazas y en su fisonomía ofrecía el menor reflejo del terrible drama de la noche pasada.

¿Cuáles eran mis pensamientos a la sazón? ¿Acaso me daba cuenta de ellos? Iba a entrar en la estancia donde, según me constaba, no penetraban más que Cristina, su padre y su prometido, aparte de la víctima. Iba a entrar, además, varias horas después del asesinato. Y, para colmo, era la misma Cristina quien, con el gesto más natural, me abría la puerta.

Mis ojos se dirigieron inmediatamente a los balaustres del balcón, al suelo del estudio, a la mesa, al armario, como si fatalmente tuviera que encontrar las huellas sangrientas del crimen. ¡Qué puerilidad! Desde el momento que me recibía allí es que ya se había hecho lo preciso. ¿Lo preciso? Ni tan siquiera parecía barrido el suelo... En aquella larga estancia, donde penetraba la luz a mares, nada, absolutamente nada, hubiera podido llamar la atención de la mirada más recelosa, como, por ejemplo, la mía, que había visto asesinar a Gabriel.

Es más: yo sabía por especiales confidencias de la señora Langlois que el viejo, la chica y el novio se encerraban allí horas y horas luego de haber corrido las cortinas, para una misteriosa ocupación que, como ya he insinuado, empezaba a preocupar a algunas pobres cabezas del barrio. Y luego de echar un vistazo a aquella estancia vulgarísima, cabía, en verdad, preguntarse si la señora Langlois no había soñado.

Un gran diván en un rincón, cortinajes, unas cuantas telas, estudios, modelos de la Antigüedad colgados de la pared, dos pedestales con arcilla confusa envuelta en telas blancas, una librería acristalada, en la que no había libros, sino unas cuantas estatuillas policromas que me recordaron que dos años antes la señorita Cristina

Norbert había expuesto en el Salón de los Independientes un pequeño Antinoo de singular belleza, aunque había dado principalmente que hablar por la materia completamente nueva de que estaba hecho, y a la cual se buscaba un nombre, cuando la artista, una buena mañana, retiró su envío sin dar explicaciones.

En el fondo de la estancia, un cortinaje levantado a medias daba a un cuartito que seguramente era la alcoba de Cristina.

Mis ojos, que no podían pararse en nada, volvieron al armario.

Pero Cristina me recordó tranquilamente el objeto de mi visita, rogándome que me sentara en el sillón donde la antepenúltima noche había visto que se sentaba Gabriel.

Si ella estaba tranquila, yo no lo estaba. Ardía mi cerebro, temblaban mis manos.

Sentóse frente a mí. Yo no me atreví a mirarla. A pesar de que la noche anterior le habían asesinado al amante, se interesaba por la finura y el color de mis pieles.

Luego me dijo que me proporcionaría unos cuantos dibujos, con arreglo a los cuales tendría que hacer una encuademación estilo mosaico.

—¿Es, pues, un trabajo de lujo? —pregunté.

—Sí —me contestó—. Y voy a confesarle que esos libros no son míos ni son para mí. Traiciono un secreto; pero estoy segura de que no me venderá. Pertenecen al señor marqués de Coulteray, dueño de nuestra casa, a quien vi hace poco, y que busca un encuadernador artístico que se dedique a su biblioteca, en condiciones muy excepcionales, sí, pero tal vez no muy molestas para usted, que es vecino. De usted le he hablado y se ha servido de mí para ponerle a prueba. Perdóneme.

Di las gracias balbuceando como un niño tímido y confuso. Poco me interesaban los libros. Mucho la idea de que había pensado en mí, de que yo existía para ella, de que ella había intervenido para hacerme un favor. Estaba yo como embriagado. Poco antes me había acercado a la hermosa mujer con horror y preguntándome qué impasible metrónomo palpitaba bajo su corpiño. Y ahora hubiera besado el borde de su falda como a la diosa de la Piedad.

Sí, sí. Era adorable por cuanto se inclinaba sobre mi abominación, por cuanto sonreía a mi asquerosidad. Porque aquel ángel sonreía...

Y el caso era que la noche anterior le habían asesinado al amante en aquel mismo lugar.

Al resurgir súbitamente este pensamiento, me tambaleo. Mi estúpida mirada da una vuelta más a la maldita estancia, que nada me revela de su secreto, y luego se detiene nuevamente en el armario: en el armario de donde salió y donde quizá lo han vuelto a meter mientras le hacen otra tumba... Porque tal vez está aún ahí el muerto magnífico...

¿Tal vez? ¡No! Estoy seguro de ello.

Una fuerza de la que no soy dueño encamina mis pasos hacia el mueble fatal.

—¿Adónde va, caballero?...

Esta vez me parece que su voz es menos segura y que el gesto con que me detiene ha sido un poco precipitado.

Ahora me corresponde el turno de tener lástima. Y recobrándome digo, por decir algo:

—Es un viejo armario normando...

Es, caballero, un viejo arcón completamente auténtico del Renacimiento provenzal... No me queda otro mueble de mi madre. Ella lo heredó de su abuela. Dentro guardo ropa blanca y fuerte como ya no se hace ahora.

Me inclino para despedirme. Me alarga la mano. Comprendiendo que si la toco con mis labios voy a hacer locuras, echo a correr... En fin de cuentas, ha muerto. ¡Ha muerto! Y eso es lo principal... El viejo Norbert estaba en su derecho, en el derecho romano, que es el único derecho en la casa de uno... Ciertamente es que si bien ha matado al hombre de la capa, no ha tocado un pelo de su hija... Pero ¡ha hecho bien!... Una criatura semejante es sagrada, haga lo que haga. ¡Buen *pater familias*! Le estrecho la mano en su tienda antes de correr a encerrarme en la mía. ¡Qué horrible es todo esto!

...

4. LA ROJA GOTA DE SANGRE PESA MÁS QUE EL MAR ENFURECIDO

—Sí, señor Benito... Ahí, como le digo, pasan cosas extrañas. Cuando esta mañana le he visto atravesar el comedor, he estado a punto de salirle al paso para que no siguiera, porque temía alguna desgracia. Un día que entré en el jardín sin que me dieran permiso creí que iban a comerme. Son peores que salvajes, ¡peores que salvajes!

»No quieren a nadie, absolutamente a nadie a su alrededor. Yo hasta me asombro de que me hayan llamado para hacer faenas, si bien es verdad que hay cosas que la señorita no puede hacer. Fregar la vajilla, por ejemplo, le repugna a esa muñeca con manos de gran señora que no tiene un céntimo. ¡Porque no tiene un céntimo! Y está tan orgullosa como si no lo hubiera ido vendiendo todo. Estos ojos míos que ha de comer la tierra han visto cómo se marchaba la vajilla de plata, compuesta de piezas que parecían antiguas y que seguramente eran recuerdos de familia. También han salido cuadros, muebles... Hace tres años que la casa se va vaciando. ¿Cómo? ¿Por qué?

»Dicen que el viejo busca el movimiento continuo. ¿Qué es eso del movimiento continuo? ¡Yo si que he encontrado el movimiento continuo! ¿Acaso no estoy siempre de arriba para abajo? Los pobres nunca tenemos un minuto de descanso.

»Pero si acaso el señor Norbert está chiflado, los otros debieran tener el sentido común que a él le falta. Pero ¡ca! El médico parece tan majareta en su laboratorio del fondo del jardín como el viejo y la señorita en el taller. Precisamente se lo decía hace poco a la señorita Barescat; cuando llego por la mañana y sale de allí para dirigirse al anfiteatro, ¡tiene una cara!... ¿En qué pasará la noche?

»En cuanto a la señorita, siempre parece que esté paseando por el mismísimo paraíso. Pasa junto a una como si una fuera un insignificante animalillo.

»Sin embargo, hace un par de días le vi los ojos colorados.

»¡Ay, señor Benito! Me da miedo esa casa. A menudo siento tentaciones de no volver... A no ser por la señorita Barescat, que es tan curiosa como yo, hace mucho tiempo que les hubiera dicho adiós».

Estas palabras han sido pronunciadas en la trastienda de la señorita Barescat, la paquetera. He ido allí con una excusa cualquiera, para ver a la señora Langlois. La conversación de estas dos mujeres me parece terrible para los demás...

La señorita Barescat escucha a la señora Langlois moviendo la cabeza y acariciando a su gato... Por nada del mundo accedería la señorita Barescat a separarse de su gato. Sólo la muerte podrá desunirles; pero la ausencia no los separará nunca. Reciben juntos todas las confidencias, acompañan a las personas hasta la puerta y, cuando se quedan solos, traman pequeños, complots que pueden llevar a las

personas más tranquilas al trastorno o al suicidio.

De todos modos, procuro tranquilizarme; lo que se dice en casa de la paquetera no va más allá de lo que suele ir la chismorrería. Finalmente, hago una declaración destinada en mi espíritu a tranquilizar las inquietudes de la señora Langlois.

—La imaginación es una gran cosa, señora Langlois, porque adorna las inteligencias más rústicas y da, concretándome a la conversación de usted, un carácter que me gusta, porque siempre he sido aficionado a los cuentos un poco temerosos. Desde ese punto de vista continúo siendo muy niño. Así es que no me cansaré de oírle hablar del viejo Norbert, de su sobrino y de su hija, como también de la rara vida que llevan. Además, tampoco he de negarle que se debe en gran parte a sus cuentos que yo haya penetrado tan bruscamente en el jardín prohibido y que haya subido con tanta prisa la escalera que conduce al misterioso estudio. Pero, la verdad, señora Langlois, me obliga a decirle que en casa de los Norbert no he encontrado nada que pueda justificar los escrúpulos con que usted mira a esas personas. El estudio es vulgarísimo; he visto lo menos veinte iguales.

—Entonces —objetó ella dirigiendo a la señorita Barescat una mirada maliciosa—, ¿por qué se rodean de tanto misterio que llegan a no querer que yo vaya a pasar la escoba?

—Los artistas tienen manías —repuse.

—¡Ya, ya! Y entre ellas tienen la de que les agrade el polvo... La cosa es tanto más extraña cuanto que la guapa de Cristina es más limpia que los chorros del oro... Tengo la seguridad de que no es ella la que barre... Antes de usted sólo he visto entrar en el estudio a un hombre, descontando, por supuesto, al viejo Norbert y a su sobrino. *De ello hace dos meses...* Ya se lo dije a la señorita Barescat... *¡Qué tipo!... Llevaba una capa que le envolvía de los pies a la cabeza y llevaba botas...*

—¿Ve usted cómo reciben a gente de fuera de casa? —dije, procurando darle a mi voz el tono más natural, aun cuando me encontrase singularmente emocionado por la última declaración de la asistenta.

—¿De fuera?... Quizá sí... Lo parecía... No viste como por aquí... Llevaba un sombrero negro como los que se ven en las películas del tiempo de la Revolución... Se le podía tomar por cómico... Y era guapo, aunque, a la verdad, no tuve tiempo de verle bien... Era una tarde, en que me presenté por casualidad. Y como no me esperaban..., le hicieron salir en seguida... Estaba sentado en el jardín... La señorita Cristina se lo llevó callandito al taller... El sobrino les siguió... En cuanto al viejo, me había agarrado de la muñeca y me llevaba a la tienda. Nunca se me irá del oído el tono con que me dijo: «¿Qué quiere usted, señora Langlois?» ¡Ay, qué miradas!

«Yo le contesté:

»—¡Perdone que le haya molestado, señor Norbert!... No sabía que tuviera visita.

«Gruñó no sé qué entre dientes, le dije lo que tenía que decirle y me fui... ¿Lo

recuerda, señorita Barescat?»

¡Claro está que lo recordaba! También el gato parecía recordarlo. Ronronearon ambos en señal de asentimiento, mientras la mujer acariciaba al felino.

—Esperamos que saliera... ¡Pero no salió! —añadió la señora Langlois—. Y nunca he vuelto a ver a ese hombre.

—En cuanto a mí, ni tan siquiera le vi entrar —manifestó la paquetera echándose las gafas a la frente y mirándome con sus ojos color de polvo.

Entonces dije:

—¡Ya sé, ya, de quién queréis hablar!... Es un amigo de la familia... Yo le he visto entrar algunas veces, y recuerdo perfectamente que le vi salir hace unos dos meses, hacia las diez de la noche...

¡Oh, miento, miento!... ¡Me hago cómplice de ellos!... ¡Quiero salvarla, aunque ella, aunque ellos hayan hecho cualquier barbaridad!...

El fin de la jornada lo paso bastante mal... Procuero proyectar mi pensamiento en torno al drama de que he sido testigo, procuro iluminarlo con algunos resplandores de las conversaciones oídas en la paquetería...

¿Conque hace dos meses ya estaba Gabriel en casa del relojero?... ¡Y yo no sabía nada!... ¡Y a su alrededor estaba toda la familia!... ¿Conque Cristina no le recibía a escondidas?... No, no... De todos modos, lo tenía oculto en el armario... ¡Eso es evidente!...

Los demás creían que se había marchado, ¡y estaba en el arca!...

Todo eso es muy extraordinario, porque... ¡no estaría dos meses en el mueble cuando lo asesinaron!...

¿Cómo ha escapado a la atención sostenida, al constante espionaje de la paquetera, de la asistenta y de mi, siempre al acecho tras las cortinas?

Cuando recuerdo la tan atroz escena, me veo obligado a apreciar que los dos hombres no parecieron completamente sorprendidos del hecho...

Las palabras del padre, que desde entonces cantan en mi oído una música singular, a la que inútilmente me esfuerzo en dar un sentido, prueban cuando menos que no se sorprendió mucho al encontrar a su hija en compañía del misterioso visitante:

—*¡No me obedecía! Y tenías la culpa tú. ¡Debí recelarlo!*

Pero el caso es que el viejo lo mató... ¿Por qué? ¿Por qué?... ¿Porque lo había encontrado con su hija?... ¿Porque no le obedecía?... Tal vez por ambas cosas... Pero ¿en qué no le obedecería?... ¿Qué exigiría el viejo al desgraciado joven a quien he visto asesinar con una furia tan súbita?...

En cuanto al prometido, también debía de saber de qué se trataba, porque conservó una perfecta sangre fría.

Norbert, luego de haber matado, parecía un loco. Cristina suspiraba como si fuera

a morirse. Pero Jaime Contentin había recogido el cadáver sin esfuerzo aparente y se lo había llevado al taller sin decir una palabra...

¿Qué harán ahora con el cadáver?... Aún no lo han enterrado en el jardín... Quizá lo dejen para esta noche. La pasaré en la guardilla... ¡Presiento que esta noche veré algo!... Los dos hombres parecen muy preocupados. Adivino lo que les preocupa... «La roja gota de sangre pesa más que el mar enfurecido...» Lady Macbeth lo ha experimentado antes que mis vecinos de la Ile-Saint-Louis...

Aquella noche... Aquella noche pesará mucho en mi memoria. ¡Noche pesada, con sus nubes de hollín, su agua de plomo, porque ha llovido un poco, ha llovido lágrimas ardientes, y sus fulgores de azufre!

Aquella noche la «Virgen» se levantó también y se me apareció nuevamente con su armonioso dolor.

Hablo de Cristina. ¿Por qué no continuar llamándola la «Virgen»? Porque mis ojos han visto. ¿Y qué han visto? ¿Acaso sé lo que mis ojos han visto? ¿Acaso lo saben ellos?

En fin de cuentas, se puede tener escondido a un hombre en un baúl y permanecer pura... ¡Me gusta esta consideración!... Encuentro a Boubouroche sublime y más interesante que los Sganarelles que ríen... Me place que el horrible drama —del cual lo ignoro todo— no haya rebajado a mi divinidad...

¡Atención, atención!... Yo también tengo mi drama, del cual lo ignoro todo asimismo... Es un drama que me oprime con sus tentáculos invisibles, que poco a poco acabarán absorbiéndome el pensamiento; un drama al fin del cual,—si el azar lo quiere, quizá se halle el patíbulo... Y, sin embargo, ¡también yo soy puro!...

¡No juzguemos a nadie, Señor!... Temamos las formas que toman las cosas al rozarnos y no digamos en voz alta, con el triste orgullo del ser que no tiene los sentidos cabales, «esto es» o «esto no es»... ¡Desconfiemos, desconfiemos!... El universo es como una inmensa celada a nuestro alrededor... Otros, antes que yo, han pronunciado la palabra «farsa»...

Yo no llegaré a esa palabra mientras crea en Cristina.

Tan pesada es la noche y tan densa la oscuridad alrededor de la isla, que ésta parece más separada que nunca de la ciudad.

Parece una campana que me ahoga.

Apenas puedo respirar...

De pronto he oído la voz que llenaba todo el silencio horripilante.

Es la primera vez que oigo su voz a esta distancia. Y a lo mejor solamente me figuro haberla oído... ¡No, no! Quien ha pronunciado estas palabras ha sido ella... Yo no hubiera podido inventarlas... Quiero decir que no tenía ninguna razón para inventarlas... Eran palabras muy sencillas. Decía:

—¡Adiós, Gabriel!

No se movía. Estaba en el balcón. Su voz llenaba solemnemente el aire tan pesado, la noche sulfúrea... Y ante ella pasó el cortejo, formado por el viejo Norbert y su sobrino, que llevaban el cadáver arrollado en una manta...

El cofre quedaba abierto... Por lo tanto, yo había adivinado... Cuando yo subí al taller, ¡aún estaba el cadáver allí!

¿Es sobrehumana Cristina?... ¡No, no eres una muñeca sin corazón, oh celestial criatura!...

Ahora que ya he oído tu voz de oro en esta horrible noche de silencio, tu voz, que decía «adiós» a los sangrientos despojos de uno de los más bellos hijos de los hombres, he comprendido tu impasibilidad de estatua... ¿Acaso estarás decidida a reunirte con él en el fondo de ese elemento incógnito donde hay promesa de unión de las almas, pero donde quizá reina también el gran Pan de antaño, revestido con su piel de leopardo, de pagana Cristina?...

Desaparece, pues, y yo también desapareceré de esta tierra en cuyo seno tengo ansia de depositar mi abominable carroña.

Quisiera ser el cadáver que lloras... y que bajan al jardín...

No has querido ver más, te has incorporado en la noche amarilla y has desaparecido mientras se hundían en el pozo de sombras...

Pero en el fondo de las sombras nada se mueve... Si abriesen una fosa vería yo sus gestos negros...

La planta baja del pabellón siempre ha sido para mí algo oscuro y mal definido. Tres puertas estrechas y con arco de medio punto dando al jardín y no abriéndose jamás, completamente forradas de metal. Dos ventanas, una a cada lado, ocultas por persianas. Durante mi acecho, dos o tres veces ha habido una especie de resplandor interno, atravesando todo aquello, como una chispa eléctrica, vislumbrada por los intersticios de tabiques mal unidos... Pero luego todo volvía a la oscuridad...

Allí trabaja el sobrino cuando no está encerrado arriba con Cristina y el viejo Norbert... Seguramente se dedicará a experimentos de radiografía... En nuestros días no hay médico ni cirujano sin electricidad... También sé (chismorrerías de la señora Langlois) que a la derecha de esa planta baja hay un gran hornillo con toda clase de instrumentos, retortas y globos de cristal, como los que el cinematógrafo presentaba en los laboratorios de los antiguos hechiceros.

Y esta noche, el resplandor a través de las persianas viene de la parte derecha... Pero no es un chispazo eléctrico, sino un resplandor de llama ardiente que parece lamer por dentro las paredes y que luego se apaga súbito..., para renacer de pronto y extinguirse otra vez... Combustión extraña, desordenada, activada seguramente por el caño de algún líquido inflamable.

Y luego, repentinamente, sobre el techo, en la noche lívida y plomiza, hierve un torbellino sombrío, espeso, fúnebre, que vacila ante la dirección a seguir y,

finalmente, se extiende sobre la isla, derrama sus escorias en los desiertos muelles, los envuelve con un velo de siniestro luto al mismo tiempo que con una atmósfera inquietante en que persiste un hedor imposible a más no poder.

¡Oh, qué imprudentes!...

5. TE SIENTAS Y LANZAS MIRADAS ZALAMERAS

Miércoles. —¡Bueno! ¡Cristina no ha muerto de desesperación! Está en mi taller y nada muerta, por cierto. ¡Doy fe de ello! Realmente, ha sido una gentileza suya esto de venir a tranquilizarme... Porque esta vez, si ha traspuesto el umbral, ha sido por mí y como adivinando que sólo su presencia podía calmar mi angustia, como adivinando que yo sabía...

Ha venido, sí; pero ¿adónde quiere llegar, adónde?

Está llena de gracias y viste de modo encantador un nuevo vestido primaveral, que seguramente se ha confeccionado ella misma con sus dedos de artista que no preveían el luto...

¡Oh, lo que una joven bonita puede hacer con linón blanco y azul y unos bordados!...

Claro está que no se ha hecho el vestido por mí, pero no me cabe duda de que por mí se lo ha puesto.

De estar su cuerpo verdaderamente enlutado, ¡muy temible es su vestido de claridad!... ¿Qué designio abrigará Cristina para ser coqueta con el monstruo?

Procuro no perder de vista semejante pregunta, para pisar tierra firme en la nueva revuelta de la inexplicable aventura. Pero luego abandono la pregunta, prescindo de todo y me siento dar vueltas en el fondo del abismo, horriblemente feliz al verme hundido por ella, bajo su mirada que me sonrío, que me necesita... Porque si no me necesitara, no estaría aquí con toda su coquetería... ¡Me necesita para su crimen!...

¡Que haga de mí cuanto quiera!... ¡Estoy presto a cargar con todas las responsabilidades!...

No puedo concebir que el menor peligro amenace a esta muchacha admirable, cuyas manos desnudas revolotean entre las páginas de Verlaine.

Durante más de dos años he visto pasar a esta duquesa despreciativa. Y para que su gracia zalamera venga a sentarse ante mí, ante mi mostrador, ha de haberse producido algo fabuloso.

¡Bendito se el crimen... y el horrible hedor que esta noche me desgañitaba bajo el techo, el maldito hedor del holocausto que había de perseguirme toda la vida!... Ya no lo noto, porque ha venido el perfume de ella...

¡Oh, el olor de su carne viva y desnuda bajo los linones con bordados!

¡La vida es más fuerte que la muerte!

¡Habla, mujer!

Espera un poco. Primero voy a enviar a un recado al aprendiz, que anda al olisque por el fondo del taller... Y luego voy a cerrar la puerta para que la calle no entre en mi casa. ¿Comprendes?... Esto será tema de conversación en las veladas de la isla... El hocico de la señorita Barescat ha avanzado entre los vidrios inquietantes de sus

gafas y bajo el arco de triunfo de su gorro planchado; la cara chata de la señora Langlois refleja una puesta de sol en el horizonte limitado por la salchichería... Tras los cristales tiemblan las cortinillas bajo dedos ágiles...

—Me acerco a usted como a un amigo...

Intento sonreír.

—¿Como a un amigo? Pero ¡si no me conoce!...

—Sí, caballero, le conozco... Por de pronto era usted mi vecino desde hace años. Y como soy curiosa, he querido saber quién era mi vecino...

—Un pobre encuadernador, señorita...

—¡Un gran poeta, caballero!

He quedado inmóvil. Mi silencio no la ha turbado lo más mínimo. Ha apoyado su codo ebúrneo (porque las mangas de la blusa de linón son muy cortas) en los volúmenes amontonados ante ella, ha colocado suavemente su cabeza adorable en los pétalos de su mano no deshonrada por ninguna alhaja, y mirándome —¡mirándome! — ha recitado:

«Dedicado a la que pasa. Cuando pasas cerca de mí, no muevas, por amor de Dios, las cejas; que tu mirada permanezca helada en su lago inmóvil; si quisieras, las carantoñas de tus ojos beberían la sangre de mucha gente. ¡Oh dulce amada! En nombre de tu juventud, ¡no me hagas llorar!... Soy un huérfano, soy un niño... ¡Nada podría contenerme!... ¡No me atraigas a tu fuego!... Tu amor me ha vuelto semejante a las nubes desgarradas por la tempestad».

—¡Basta! —interrumpí con una agitación rayana en el ataque de nervios—. ¡Basta! Esos versos son muy malos. Olvida usted que, si bien la encuademación que les adornaba en la última exposición obtuvo el primer premio, ellos no tuvieron ningún éxito... Y así había de ser, ya que, en fin de cuentas, no iban firmados por ningún nombre conocido...

—No llevaban firma alguna —dijo ella sin conmoverse por el estado en que me veía—; pero pensé que serían de usted...

Palidecí atrozmente, sin atreverme a mirarla. A la embriaguez de poco antes sucedía una rabia que me ahogaba... Aquella mujer, sin duda alguna, se estaba burlando de mi. ¡Y con qué tranquila audacia! Por fin pude hablar y le manifesté:

—¡Qué cruel es usted!... A decir verdad, yo siempre he pensado que era usted demasiado guapa para no ser la crueldad personificada, quizá sin figurárselo, lo cual es su única excusa...

—Continúe —repuso ella lentamente—. Yo no he venido aquí en busca de cumplimientos.

—¿En busca de qué ha venido?...

Luego de pronunciar tales palabras, hubiera querido recogerlas. Pero yo estaba fuera de mi. Y como sucede a todos los tímidos cuando dan un escape inesperado a su

atrevimiento, perdí toda noción de la medida. Sin esperar su respuesta, la abrumé con reproches estúpidos, como si me hubiera dado algún derecho sobre ella mediante su anterior conducta para conmigo...

Yo, sí, había hecho versos, mas para mi solo. Y nadie, ni ella, podía venir a mofarse de mi soledad y de mi desgracia...

—Asegura usted conocerme —añadí—, y antes de entrar aquí no ha encontrado nada mejor que tomar por cómplice mi vanidad de autor, ¿eh? De sospechar usted el desprecio que siento por mí y por los demás, por todos los demás, se hubiera abstenido de aprender de memoria un mal secreto olvidado por mí hacía tiempo.

No repuso nada; pero cuando yo hube acabado, continuó tranquilamente diciendo versos míos, y hasta prosa, lo cual es bastante raro... ¿Dónde, en qué cajón del muelle había podido encontrar los miserables opúsculos?... Conocía toda mi obra, mi obra pobre, desgarradora, blasfematoria, enternecedora e indignante... Y la conocía igual que yo, mejor que yo, pues su manera de decir demostraba que a veces añadía un sentido superior a un texto cuyo valor no había percibido yo en su totalidad...

Decididamente, la inteligencia de Cristina es prodigiosa. Lo digo sencillamente, sinceramente, porque soy muy difícil de comprender y ella es casi la única persona que me ha comprendido. De todas maneras, me anonada esa revelación. Desde un tiempo que yo no podía calcular, esa mujer que pasaba cerca de mí sin mirarme jamás, ¡vivía con mis pensamientos!...

¿Por qué ha esperado tanto para revelármelo? ¿Por qué? ¿Por qué hoy y no ayer?

...

Seguramente lee en mí como en un libro, porque al punto contesta:

—Hace poco, caballero, me ha preguntado qué venía a buscar. Pues bien: ¡he venido para pedirle un gran favor!... Mi padre, mi primo y yo atravesamos en este momento una crisis atroz... (¡Hola, hola! —pensaba yo—. ¡Ya está todo en claro! Ella sabe que yo sé, que yo he visto. Siente la necesidad de explicarse, cede a la necesidad de entrar en negociaciones con el vecino de enfrente. ¿Qué mentira voy a oír?...) Una crisis atroz —repitió ella. Y bajó la cabeza, y sus ojos se apartaron de mí, y la sala se llenó de una sombra opaca—. Estamos arruinados... Hace tiempo que nos hemos comido lo heredado de mi madre... Y lo que ganamos es una insignificancia... Veo en esa estantería los Estudios filosóficos, de Balzac. ¿Ha leído usted La investigación de lo absoluto? Claro está que la habrá leído. No sé si usted opinará como yo; pero estimo que esa novela y Luis Lambert son las obras más bellas, más nobles y también más dramáticas de Balzac. ¿Qué cosa más angustiada, en verdad, que la suerte de aquella familia burguesa y próspera arruinada poco a poco por una idea genial? Nada resiste a la sublime locura del inventor, y los hijos se ven obligados a sufrir el desastre del viejo Claés como... ¡Ya me entiende usted, caballero! Ahora bien: en lo referente al relojero de la Ile-Saint-Louis hay una

pequeña diferencia... Los hijos del héroe de Balzac no creen en su genio; su mujer tampoco (lo cual hace más emocionante su abnegación); en cambio, los hijos de Norbert, o sea su sobrino y yo, tienen la fe más absoluta en él, y de ser necesario no hubiera vacilado en obligar a su padre a seguir el camino emprendido en el caso de que hubiera vacilado...

—¡Caramba! —exclamé—. ¿Y todo eso por el movimiento continuo?

Por el movimiento continuo o por otra cosa, caballero.

—No me tenga por indiscreto. Ya sabía que al hablarle del movimiento continuo no le manifestaba ninguna novedad, respecto a los rumores que corren por las trastiendas del barrio.

Cristina levantó la cabeza, sonrió y todo quedó nuevamente iluminado *a giorno*.

—Hablemos seriamente, por favor... Le voy a decir de qué vivimos... Ya le he demostrado que le conocía mejor de lo que se figuraba... Ahora voy a demostrarle que le considero como a un amigo... (Su cara se puso extraordinariamente sena.) ¡Sí! Voy a hablarle como a un amigo, como a un hermano... (¡Ah! Ya está aquí lo que yo esperaba... ¡Como a un hermano!... Estas mujeres siempre me hablan como a un hermano...)

—Estamos —continuó diciendo— a merced del propietario de nuestra casa, el marqués de Coulteray... Le debemos muchos meses... Si se le antoja puede echarnos mañana mismo a la calle. Y no lo hace por mí... El marqués de Coulteray me galantea... (¡Cómo! ¡Otro! ¿Y ha venido para decirme eso?... Me parece que la Virgen de la Ile-Saint-Louis tiene bastante que hacer con su prometido, el cadáver de su Gabriel, su marqués y su hermano el encuadernador artístico. ¡Oh Cristina, enigma cada vez más indescifrable!) Me galantea de una manera muy discreta..., al menos hasta ahora... Mi presencia en su casa le gusta, y hasta asegura que le es necesaria... Todos los días paso algunas horas en su palacio con excusa de trabajillos a realizar, como por ejemplo, aplicaciones para viejos facistoles, cierres para antifonarios... Su biblioteca no tiene par... Ya lo verá usted.

—Ya lo veré —dije por decir algo, con aire desconcertado.

—Claro, claro. Al menos así lo espero, porque en caso contrario no habría razón para que yo viniera a hacerle tales confidencias.

—Está bien, está bien... Continúe...

—Al final de la biblioteca hay un cuartito de unos cuantos metros cuadrados, que el marqués ha hecho transformar para mí en taller, y que también le servirá a usted si... acepta la proposición que le hice el otro día... Tengo confianza en usted, Benito Masson, y se lo he dicho todo... (¡Oh, cómo mienten las mujeres!) ¡Ayúdeme!... Si rompo con el marqués, no solamente perderé el pequeño sueldo de que vivimos, sino que seguramente no vacilará en echarnos a la calle... Y sería una verdadera catástrofe que abandonáramos nuestro domicilio de la Ile-Saint-Louis.

Silencio. Ya habíamos llegado a lo interesante. Siempre es peligroso abandonar un sitio donde recientemente se ha cometido un asesinato. Un cadáver suele dejar huellas, aun cuando se le haya sometido a la acción del fuego. ¡Cuántos ejemplos de esto trae la sección de sucesos!... Porque el caso era que, mientras la joven me hablaba de un asunto no esperado por mí, yo no pensaba más que en el drama que yo había visto y del que ella parecía no acordarse... Pero, en fin, ¿vamos a entrar ya en lo interesante?... ¡Ca! Me he equivocado otra vez. Gabriel ni de cerca ni de lejos será tema de la conversación. Cristina, muy triste, continúa diciendo:

—Sería una verdadera catástrofe para nuestros trabajos... No podemos llevarlos a otra parte, porque nos es imposible material y financieramente... Sería el fin de todo. Sería el fin de tres vidas, y quizá de más.

¡Hola, hola! ¿Conque Gabriel no entra en la cuenta? La joven se figura que yo no sé nada... De todos modos, ella está enterada y no parece preocupada en modo alguno. Pero ¿qué cosas imagino? A lo mejor, ella, con su rostro radiante y su vestido claro, no piensa más que en aquello... Sería, claro está, un monstruo... ¿Por qué no?... Con ella voy del cielo al infierno tan rápidamente como una onda hertziana. Somos dos monstruos hechos para comprendernos... Y le digo:

—Si no me equivoco, me pide usted que acepte ser algo así como bibliotecario encuadernador del señor marqués de Coulteray. Y me pide usted eso porque teme quedarse a solas con él...

—¡Eso, eso es!... ¿Ve usted qué confianza?

—Veo, en efecto, la confianza... ¡Oh, la confianza!... Pero el marqués me considerará como un enemigo...

—No, porque yo he impuesto condiciones... Lo mejor es que usted lo sepa todo... Yo quería irme o hacía como que quería irme para no volver... Me había dicho cosas que me habían desagradado. Es un gran señor extraordinariamente cortés, y a veces increíblemente audaz... Llegó a creer que yo no volvería... Y entonces me suplicó... Yo le dije que no me quedaría si no había una tercera persona... Y aceptó... Pero todo esto es muy reciente, ¿eh? De esta misma mañana. Y he venido a verle, porque seguidamente he pensado en usted...

—Como en un viejo amigo, como en un hermano, ¿verdad?... Pero —pregunté de repente— ¿qué pinta la marquesa en todo esto?

—La marquesa —respondió Cristina frunciendo el ceño— también me ha rogado que me quede. (Siempre ocurre lo mismo, pensé.)

6. LA MARQUESA DE COULTERAY

Cristina me llevará donde quiera. Acepto todo cuanto me propone. Soy el último de los cobardes, porque ahora ya sé por qué ha venido a buscarme y por qué me aguantará cerca de ella... ¡Porque soy feo!...

Cuando se hayan fijado en la necesidad de poner a una tercera persona en su intimidad, habrán pensado en mí inmediatamente. ¿No soy yo esa «tercera persona» ideal? Piensan que no tendrán nada que temer de mí. Pero los monstruos no gustan de que abusen de ellos.

En fin: veremos. Dejémonos llevar, ya que no puedo hacer otra cosa.

Henos a los dos en el callejón que lleva al muelle, en el callejón que no suele ser más que una corriente de aire y que esta mañana es sacudido por un ventarrón que limpia furiosamente toda la isla de las escorias de la noche. ¡Oh polvo nocturno, fúnebre hedor! ¡Que se lo lleve el viento, que se lo lleve! En el viento, no veo más que las piernas de Cristina forradas de seda, dando con taconcillos Luis XV sobre el viejo pavimento del rey. «Bajo tus zapatos de satén, bajo tus deliciosos pies de seda, pongo mi gran alegría, mi genio y mi destino».

Todavía tiene empaque esta decrepita mansión, que se levanta ante nosotros como una sombra fastuosa del pasado... El palacio Coulteray y el palacio Lauzun son seguramente los más bellos de la isla. Y el primero, uno de los mejor conservados en su ancianidad, el que ha sido menos retocado por nuestros modernos arquitectos. Hemos penetrado bajo sus bóvedas por un portillo de la enorme puerta con grandes clavos y dos hojas. Y hemos encontrado a un noble anciano con una gorra galoneada que parecía esperarnos. Produjo el portillo tras de nosotros un ruido sordo, y entramos en una oscuridad en la que gravitaba el peso de varios siglos.

Luego dimos en el patio de honor, que Cristina me hizo atravesar rápidamente. Sobre las losas con borde musgoso era ella la única en no titubear...

No me dio tiempo para admirar la curva armoniosa de la escalinata... Estábamos ya en el despejado vestíbulo, donde fuimos acogidos por una especie de gato humano, que salió de no sé qué recoveco y cuya cara de bronce bruñido, con dos enormes ojos de jade, llevaba un turbante de seda inmaculada...

—Es Sing-Sing —musitó Cristina—, el lacayo indio del marqués, muchacho muy simpático y servicial, pero un poco molesto, porque se entremete en las piernas, se coloca en una cornisa o se balancea del montante de una puerta «para dar miedo en broma»... Apártelo palmoteando, como a un animalillo, como lo que es... ¡Vete, Sing-Sing!...

Sing-Sing nos abandona, y en tres saltos se llega a una especie de hornacina muy adornada, que tiene algo de garita y de canastilla y donde, envuelto en mantas, espera órdenes, mientras medita sus pequeñas farsas.

Cristina empuja una puerta y atravesamos muchos salones con artesonados incomparables, con antiguos dorados, con muebles de grandes paramentos, que sólo asoman los pies taraceados... ¡Oh, el pasado intacto y glorioso!... Y he aquí que, súbitamente, en el vano de una puerta, surge una estatua del Pendjab, un hércules indio que fríamente nos saluda abriéndonos con un gesto augusto la puerta de la biblioteca.

—Éste —dice Cristina— es Sangor, el primer camarero del marqués, su doméstico de confianza. Sangor tiene algo de divinidad. Siempre parece salir de una conferencia con Buda. Y trae un vaso de agua azucarada como si ofrendara todos los tesoros de Golconda. Fíjese en él. Se le tomaría por un bruto, cuando es inteligente, a mi parecer. En realidad, no se sabe si comprende a uno, pero le adivina. ¡Y es fuerte como una cariátide!

—Pero ¿es que aquí sólo hay servidumbre india?

—No. El portero, a quien usted ya ha visto, es francés. El único. La servidumbre de la marquesa es de Inglaterra. Los servidores del marqués, sí, son indios... Como usted sabrá, se casó en el Indostán...

—Lo sé... Pero esta biblioteca ¡es prodigiosa!... No había usted exagerado nada...

—¡Nunca exagero nada!

En aquella biblioteca pálida, muy pálida, de viejas maderas borrosas, de molduras gastadas, de celosías con el dorado perdido y ligeras como los primeros enlaces de una canastilla destinada al tocador de una coqueta, había millares y millares de volúmenes con encuadernaciones centenarias... Sospeché, desde luego, maravillas en lo que veía sobre mesas y en facistoles...

—¡Oh, ya verá, ya verá! —me dijo Cristina—. Hay libros inapreciables y autógrafos rarísimos, como no los posee ni el Arsenal. En este cofrecillo flordelisado está el libro de horas de Blanca de Castilla, que legó al santito de su hijo... Lea: «Es el salterio del señor don Luis, que había pertenecido a su madre». Procede de los dispersos tesoros de la Santa Capilla. Ésta es la biblia de Carlos V, en la que manuscibió el rey: «Este libro es de mí, el rey de Francia»... Y este misal, cuyas hojas tienen sendas guirnaldas, se debe al incomparable pincel del «maestro de las flores», el gran artista de nombre desconocido... ¡Oh querido encuadernador, qué manantial de inspiración es esto!... En esta arqueta se conserva la carta de amor de Enrique IV abrazando un «millón de veces» a la marquesa de Verneuil... El marqués quiere reunir los autógrafos, si encuentra un encuadernador digno de reunirlos. ¡Téngalo en cuenta, Benito Masson!

Yo estaba anonadado. De mí solamente subsistía el artista... Hasta el enamorado parecía haber huido... De pronto, en aquella estancia lívida, por la que se deslizaba una luz mezquina, noté que el drama (olvidado por un instante) penetraba con aquella

figura de ensueño, envuelta en pieles blancas, que caminaba hacia nosotros... Pero ¿qué drama?... ¿El que en parte había visto desarrollarse ante mis ojos?... ¿Otro de aquí que aún no conocía?... Quizá los dos...

Cuando recuerdo aquella primera hora singular pasada en el viejo palacio de Coulteray, lo que domina en mí es la impresión de que tal vez uno de los dos dramas pudiera explicarse algún día por el otro y de que en todo no eran independientes entre sí... El muro levantado antaño para separar la vieja morada, no separaba ya desde que Cristina daba tan fácilmente la vuelta.

¿Qué había de verdad en cuanto me había contado por la mañana? Quizá iba a saberlo de la propia boca del pálido fantasma que avanzaba hacia nosotros... Era la marquesa. La reconocí, aunque me pareció mucho más exangüe que cuando la vi por primera vez. Su aparición me sumió inmediatamente en ese indefinible ensueño que nos causa una música dulce y triste traída a nuestros oídos por una brisa lejana a través de un gran silencio... ¿Qué hálito del más allá levantaba aquella frágil imagen? Así como Cristina parecía la realización ideal de la vida por su parecido con las más suaves figuras del Renacimiento italiano, el rostro de la marquesa tenía un aire de sueño con transparencias tan delicadas que se hubiera temido profanarlas al examinarlas. Yo no me cansaba de mirar a Cristina; pero ante aquella lady lánguida, no se podía más que bajar la vista por temor a rozarla o quizá por compasión, tanto más cuanto que aquella forma fugitiva estaba iluminada dulcemente por la triste llama de una mirada llena de inquietud y de dolor.

Pude observar inmediatamente que era esperado, porque, apenas me hubo presentado Cristina, la marquesa me agradeció con efusión el haber acudido. Por cierto que lo hizo con gran rapidez, como si temiera ser sorprendida. Con voz que recordaba el piar de un pajarillo caído del nido, me dijo:

—La señorita Norbert nos ha hablado de usted... El marqués necesita un hombre como usted para sus colecciones, que estima en mucho... ¡Figúrese que la señorita Norbert quería abandonarnos!... ¡Es tan triste esto!... Pero en compañía de un artista como usted seguramente tendrá paciencia... También yo amo los libros... Y vendré a verles de vez en cuando... Me aburro... ¡Ay, si supiera usted cómo me aburro!... Perdón... He sido educada en la India... No hay que dejarme sola, no hay que dejarme sola...

Dicho esto, se fue apresuradamente. Y desaparecía como si se filtrara a través de las paredes, repitiendo las palabras: «No hay que dejarme sola».

Cristina no me había mentado. Si se quedaba en aquella casa, no era tanto por el marqués como por la marquesa, que le inspiraba lástima... Claro está que de tratarse de una intriga con aquel hombre, no me lo iba a decir... Y Cristina murmuró:

—¡Pobre mujer!

Permanecemos silenciosos un momento. Yo, a través de los cristales, miraba el

jardín que se extendía detrás del palacio, y que me pareció algo descuidado, lo cual, ciertamente, no era para desagradarme. El ya próximo verano vencía en las frondas de verdura y en la libre eclosión de las flores. Me volví hacia Cristina para decirle:

—La salud de la marquesa me parece muy precaria.

Apoyando la frente en los cristales, me contestó:

—Eso depende de los días. A veces parece a punto de expirar... Luego, con jugo de carne, recobra fuerzas y se muestra normal...

—¿Cómo normal?... ¿Qué quiere usted decir?...

—Nada... Lo único que creo es que la marquesa tiene demasiada imaginación... Sí; hay días en que se cree más enferma de lo que está... Y eso basta para que efectivamente enferme...

Y Cristina, sin transición, agregó:

—¡Ay señor Masson!... Quería decirle una cosa... ¿Ve aquella puertecilla del fondo del jardín?... Da a la calle que hemos seguido para venir aquí... Está a unos cincuenta metros de su casa... Le sería mucho más cómodo venir aquí por esa puerta y entrar por la puerta de la biblioteca que da al jardín, en vez de dar la vuelta por la entrada principal y tener que esperar al cancerbero... Le indicaré al marqués que le conceda la llave.

—¿Cree usted que el marqués se la dará a un desconocido?

—En primer lugar, usted no es un desconocido... Además, el marqués no me negará la llave, desde el momento en que soy yo quien la pido para usted. Ahora bien: cuando usted la tenga, me la dará...

—¿A usted?

—¡A mí!... ¿Por qué pone esos ojos de asombro, esos ojos que demuestran los peores pensamientos? Si necesito esa llave, no es para venir aquí a escondidas..., puede usted creerlo. Es para huir, si lo necesito.

—¡Apenas podía dar crédito a lo que oía!

—¿Acaso el marqués es un hombre terrible? —preguntó.

—Ya lo verá usted.

Nuevo silencio... Lo veré si quiero, porque, en fin de cuentas, no se ha decidido nada. Pero me guardo muy mucho de expresar esta opinión, juzgándolo vano e inútil a causa del poco caso que hago de mi voluntad frente a la de Cristina... Sin embargo, no puedo disimular mi inquietud. Hace algunos minutos la marquesa y Cristina ¡me han paseado por una atmósfera tan insegura! La hija del relojero comprende mi vacilación:

—Aquí no ocurre nada más que lo que le he dicho, y que no tiene nada de excepcional...

—¿Veré ahora al marqués?

—Hoy quizá no... Creía que lo encontraríamos... Pero todavía estará algo

avergonzado de la escena de esta mañana...

—¿Esta mañana?

—Sí; ha querido abrazarme... Es lo único grave que ha pasado entre nosotros...

Es perdonable...

—¿Cómo?

—Se lo perdono... Pero tomo mis precauciones para el porvenir. Nada más.

—¡Ya!... La llave... y yo...

Cristina comprende mi estupefacción y ocurre el hecho estupefaciente de que me coge la mano y la conserva entre las suyas, como si mi mano le perteneciera. Era un gesto con el que tomaba definitiva posesión de mi persona. Y me dice:

—Sea mi amigo... *¡Hace mucho tiempo que lo deseo!*

¡Mucho tiempo!... Sin embargo, cuando pasaba cerca de mí durante meses y años, ni tan siquiera pestañeaba y su mirada había permanecido «helada en el lago inmóvil»— ¡Ten compasión, Cristina!... «No me hagas llorar», como dicen mis pobres versos... Soy huérfano... Soy un niño... No me atraigas a tu fuego... Nada puede contenerme... Y quizá no me perdonarás tan fácilmente como has perdonado a tu marqués...

Yo no me atrevía a hablar ni me atrevía a moverme por miedo a una catástrofe, a una imprudencia, a una torpeza, a una caricia por mi parte, que aun cuando la ofreciese de la manera más delicada, no podía ser, procediendo de mí, más que una brutalidad... (En cuanto a eso, juro que sabía a qué atenerme.) De todos modos, mi mano debió de quemarla, porque la soltó de pronto como se suelta un hierro que arde. Pero encontró una excusa a su gesto demasiado brusco:

—¡La marquesa!

Yo no había oído nada. Mas las pieles blancas habían vuelto, en efecto. Estaban detrás de nosotros, envolviendo una cara inquieta, sonriente y lejana, como un viejo dibujo al pastel.

—¿Se queda, señor Masson?

—¡Sí, sí, me quedo!... Pueden estar tranquilas...

7. EL MARQUÉS

1 de junio. —He visto al marqués; es campechano. Pero antes había visto sus retratos. Es una anécdota muy chocante que conviene contar aquí, porque para mí ha representado la primera luz proyectada sobre la singular intelectualidad de la marquesa.

Como Cristina no se hallaba presente, yo me he encontrado muy cohibido. Era la segunda vez que me presentaba sin encontrar a nadie, pues no considero al felino Sing-Sing y a la cariátide de Sangor. No me atrevía a tocar nada, y para calmar mi impaciencia procuraba fijar mi atención en cuatro retratos que representan al padre, al abuelo, al bisabuelo y al trisabuelo del actual marqués, o sea toda la serie de los Coulteray hasta Luis XV... Los otros, según parece, se encuentran en la galería del primer piso... Pero aquéllos me bastaban de momento...

Aquellas cuatro imágenes me ofrecían la historia del vestido masculino en Francia durante un período de ciento cincuenta años, con la extraña particularidad de que los diferentes atavíos parecían vestir a la misma persona: tanto se parecían los Coulteray.

Casi me atrevo a decir que se asemejaban hasta en el tono y en las maneras. Bajo los encajes y los faldones del traje Luis XV, bajo la corbata a la Garat, el traje y las polainas a la inglesa del año IX, bajo la levita de amplio cuello del tiempo de Carlos X, bajo el traje a la francesa del segundo Imperio, se encontraba al mismo Coulteray subido de color, de nariz fuerte, de boca carnosa, aunque no desprovista de finura, de ojos llenos de un fuego extraño y turbador, de frente algo estrecha, pero voluntariosa, subrayada por cejas unidas por su nariz y, sobre todo, de un gran talante de audacia algo insolente que parecía decir: ¡el mundo es mío!

La visión que yo había tenido del marqués actual, sentado dentro de un coche veloz, había sido muy fugitiva para que yo pudiese decir que continuaba tan de cerca como los demás la semejanza con el trisabuelo. Y dije en voz alta:

Falta aquí el retrato de Jorge María Vicente.

Apenas acababa de expresar mi pensamiento, cuando detrás de mí dijo una voz:

—¡Está!

Me volví.

La marquesa estaba allí, siempre tiritando en sus pieles. Yo me incliné.

—¿No lo ve? —preguntó.

—¿Dónde? —repuse yo, un poco asombrado por la manera con que me preguntaba aquello. Parecía hablar como soñando, y sus ojos eran inmensos...

—¿Dónde?... ¡Ahí!...

Y con el dedo me señalaba los cuatro retratos.

—¿Cuál? —interrogué cada vez más estupefacto.

—*No importa cuál* —me contestó con voz muy tenue.

Y como vencida por un gran esfuerzo, se dejó caer en un butacón.

Entonces se abrió la puerta y entró el marqués.

No sé si vio a su mujer. Creo que no se dio cuenta de ella. Estaba colocada de manera que él podía no verla. De todos modos, ella no hizo ningún movimiento. Quedó acurrucada en su rincón, como un animalillo blanco, tímida, sin atreverse a respirar...

En cuanto vi de cerca al marqués, comprendí lo que la marquesa había querido decir con su «no importa cuál». En realidad, se parecía a cualquiera de los alineados en la pared.

—¡Ah!... Usted será, sin duda, el señor Benito Masson... No puede figurarse cuánto me alegro de verle... La señorita Norbert me ha hablado frecuentemente de usted, y le estoy muy agradecido porque quiere dedicarme parte de su tiempo... Tiempo que aquí será muy bien empleado...

»¡Ah!... ¿Estaba contemplando los Coulteray?... Vale la pena... ¿Verdad que no parecen hombres aburridos?... Realmente, tuvieron mala reputación... No me quejo, ¿eh?... ¡Vaya una estirpe!... Eso sí, siempre fieles a su rey... ¿Conoce usted nuestra divisa? Más de lo justo.

»¡Hermosa divisa! Siempre más de lo justo, tanto en el bien como en el mal, tanto en la guerra como en los placeres... Hablo del tiempo en que había placeres, ¡claro está!... Esos señores conocieron aquellos tiempos... ¡Les envidio!... Hoy sólo tenemos contadas distracciones; ¡ni tan siquiera se puede cazar!...

»¡Oh, qué hombre era Luis Juan María Crisóstomo, primer caballero de Su Majestad!... Hemos hecho grandes cosas. No cabe duda... Nos maldicen en todos los manuales de Historia de Francia, redactados por los masones de hoy... porque en cuanto a los de antaño..., ¡todos hemos sido más o menos masones!... Recuerdo, y ello ocurrió a mi bisabuelo, que era el primer gentilhombre de cámara de Luis XVIII; recuerdo, repito, que aquella noche se rió a más y mejor... Era una noche de iniciación en que mi bisabuelo pasó «de veras» su espada a través del neófito que había pronunciado palabras muy desagradables para el honor de una dama que tenía el de ser a la vez querida de Su Majestad y de mi bisabuelo. «¡Era una prueba!». El pobre neófito murió, como es natural. Como ve usted, no se portó mal...»

Y al pronunciar estas últimas palabras, se volvía hacia mí, de manera que, a decir verdad, yo no sabía de quién hablaba cuando decía «como ve usted». ¿De su bisabuelo? ¿De sí mismo?...

Y reía, reía de todo corazón y con toda su boca de dientes blanquísimos, de colmillos agudos... ¡Oh, era un hombre de buen humor, que tomaría bebidas secas y comidas sangrientas!...

—¿Ha observado usted cómo nos parecemos todos?... Se continúa la estirpe...

se continúa la estirpe... (Creo que aquel día el marqués debió de beber, para hacer honor a su divisa, «más de lo justo», o *plus oequo*, como decimos en latín.)

De todas maneras, era un hombre nada misterioso, y que no suscitaba, como la marquesa, «ideas de fantasmas», dicho sea hablando como las beatas...

Y nos dejó allí, mientras Sing-Sing corría delante de él abriendo puertas, y oíamos sus enormes carcajadas, que parecían lo único vivo en aquel viejo palacio dormido.

Luego todo volvió a sumirse en el silencio, todo se borró nuevamente. Y la nubecilla blanca que había detrás de mí, preguntó:

—¿No le encuentra terrible?

—Nada de eso —contesté sonriendo—. Encuentro que el señor marqués es un hombre vigoroso y lleno de salud...

—¡Quizá, quizá! —bisbiseó ella—. Precisamente eso quería decirle yo: «¡Es terrible por su vigor y su salud!»

Cada vez comprendía menos las palabras de aquella mujer. Y el aire de misterio con que me decía todo aquello me pareció completamente pueril. ¿Qué podía querer darme a entender con aquel «¡quizá, quizá!»?...

Echándose con gesto friolero las pieles sobre el hombro desnudo, añadió:

—¿Ha observado usted que el marqués, cuando habla de los Coulteray, de éste, de ése, de otro, pronuncia frecuentemente la palabra «yo»?...

—¡Oh señora!... Seguramente dice «yo» como podría decir «nosotros los Coulteray»...

—¡No es eso! ¡No es eso!... Dice yo me acuerdo de tal cosa... Y, por lo tanto, cuenta la anécdota como si le hubiera sucedido a él...

¿Adónde iría a parar?... Siempre tenía muy abiertos los ojos, que reflejaban un pensamiento que sólo ella veía...

—¡Oh señora!... Cuando el marqués dice «yo me acuerdo», hay que comprender «yo me acuerdo de que me han contado»... No puede ser de otra manera... El señor marqués no puede acordarse de una cosa que sucedió cuando él no había nacido aún...

—¡Claro! —dijo ella suspirando—. ¡Claro!...

Y se levantó.

—Se ha marchado en seguida —explicó— porque Cristina no estaba aquí... Le ruego, señor Masson, que cuando Cristina esté aquí no la deje sola con ningún pretexto... ¡Hasta la vista, señor Masson!... ¡Ah!, Sing-Sing estaba detrás de nosotros escuchándonos...

Me volví... En efecto, el monito indio mostraba sus ojos de jade tras la puerta entreabierta... Y le despedí palmoteando, según me había recomendado Cristina...

La marquesa, antes de irse, me tendió la mano con un gesto extraordinariamente

cansado...

—Tengo una gran confianza en usted, señor Masson... Le hablo de cosas cuya importancia no comprenderá usted hasta más tarde... Cristina no quiere comprender... Me satisface mucho que usted esté aquí...

Y, resbaladiza, desapareció aquella figurita que tiritaba en el hermoso día del tibio mes de junio... Por un balcón entreabierto penetraba en la biblioteca el perfumado jardín, como entra la vida en una tumba privada de su momia... Y precisamente la vida entró con Cristina, resplandeciente de juventud, las mejillas purpúreas, la boca en flor...

Me dio ambas manos.

—¿Se ha aburrido mucho sin mí?...

No le contesté. ¿Qué hubiera podido decirle? ¿Que para mí no había vida más que junto a ella? Mi corazón tumultuoso me ahogaba.

¿Vio mi turbación?... Sin duda... Pero, de todos modos, no reveló nada...

Quitóse el sombrero en una actitud deliciosa, en aquella actitud especial que ponía en torno a su cabeza la luminosa corona de su brazo rosado...

—¡Vamos a trabajar! —me dijo—. ¿Ha visto usted a la marquesa?

—¡Sí! Y al marqués también... El marqués no me parece hombre de grandes complicaciones... Pero ¡la marquesa!...

—¡Oh!... ¿Ya ha empezado?... Cuénteme lo que le ha dicho...

Le narré detalladamente la entrevista...

—¡Pobre mujer! —Suspiró—. ¿No le ha parecido un poco... un poco... loca?...

—Por lo menos, rara... ¿Cómo es que siempre tiene frío?...

—Ya le he dicho que es una mujer de gran imaginación... Se imagina que tiene frío, ¡y lo tiene de verdad!... ¿Sabe usted su preocupación, la preocupación que la obsesiona, la preocupación que la hace pasear como una sombra por este palacio de la Bella durmiente en el bosque?... Es cosa para no creerla. Y yo no la hubiera creído si el mismo marqués no me hubiera abierto los ojos sobre la extraña monomanía de su mujer... Monomanía de la que él ha sido el primero en sufrir, porque ha amado mucho a su mujer... Pues bien: la marquesa se figura que todos los marqueses que ve usted en las paredes y el de ahora, o sea Jorge María Vicente, son... ¡el mismo!...

—¡Ah!... Ahora comprendo...

—Ahora comprenderá seguramente su «no importa cuál», que ya me dijo a mí y que yo repetí al marqués, quien me lo explicó con una gran tristeza...

—Está loca, pues.

—Sí... En concepto de ella, el marqués Luis XV que está en esa pared, el famoso Luis Juan María Crisóstomo ¡no ha muerto!... Y los demás, tampoco... El Jorge María Vicente de hoy es aún y será siempre Luis Juan María Crisóstomo... Y digo que será siempre, porque ella está convencida de que su marido no puede morir... a

menos que..., a menos que...

—Diga...

—¡Oh! —exclamó Cristina—. ¡Quiere usted saber demasiado!... Sería entrar en un orden de ideas que aún no tengo derecho a tratar con usted... El marqués, a quien ha visto tan contento y tan encantado de la vida, no gusta de que conozcan todas sus miserias... Precisamente, cuando le veo tan exuberante, supongo que busca olvidarlas... Ya le digo que ha querido mucho a su mujer... Y estoy segura de que aún la quiere... Es más: ¡creo que sólo ama a ella!...

»A veces intenta reír conmigo de lo que le ocurre... Pero no me engaña con su jocosidad... «¡Míreme!» —me dice—. «Y dígame si parezco un Cagliostro o un conde de Saint-Germain...» ¿Verdad que tiene gracia?... Pues eso se le ha ocurrido a mi mujer... Y no hay manera de apearla de su creencia... Antes de tenerla me miraba con cariño; ahora no puede verme sin espanto. ¡Tanta gracia tiene la cosa, Cristina, que no tengo más remedio que abrazarla a usted...! Así las gasta señor Masson...; lo que ocurre es que no quiero que el marqués me abrace..., porque tengo novio...

—¡Ah! Sí, es verdad... Hace tiempo, ¿no?...

—Mucho tiempo.

—¿Y ha de durar mucho tiempo el noviazgo? —me atreví a preguntar.

En vez de contestarme, volvió al tema de antes.

—La marquesa —dijo— es una inglesita sentimental, educada en la India, donde las más extravagantes teorías espiritistas causan estragos en los salones de la alta sociedad. Seguramente ha asistido a sesiones de ese fakirismo que trastorna los cerebros inseguros, y la marquesa es un cerebro inseguro.

»Además, lee mucho; se atiborra de noveláis del «más allá». Por otra parte, el marqués, exuberante de vitalidad, quizá no ha comprendido que había que tratar con la mayor delicadeza a esa mujercita colocada entre dos mundos. Total: que hoy la ruptura es completa, o está a punto de serlo. Se cuentan cosas estrambóticas del célebre compañero de orgías, del Parc-aux-Cerfs, del famoso Luis Juan María Crisóstomo, que, como todos los señores de su tiempo, practicaba más o menos el ocultismo. La pobre marquesa las ha leído y ha visto esos cuatro retratos que, en efecto, tanto se parecen. Nada más. Ahora ya conoce usted a la marquesa. Procure, señor Masson, curarla, si puede, de su idea fija.

—He de hacerle otra pregunta, señorita Cristina... La marquesa... ¿es celosa?

—No. ¿Por qué?

—Porque al irse me ha dicho que, cuando usted estuviera aquí, no la dejara sola.

—Ya sé por qué se lo ha dicho. Los celos no tienen nada que ver con ello. Es una cosa sin importancia... Pero, de todos modos, prefiero que, dentro de lo posible, esté usted aquí cuando yo esté.

Cristina, en fin de cuentas, no me ha explicado la causa de que la marquesa me

hiciera tal recomendación.

8. DONDE VUELVE A HABLARSE DE GABRIEL

4 de junto. —¿Cómo había de esperar yo esto?

Ante todo, conviene decir que «mi aventura» ha producido en el barrio una pequeña revolución.

La Ile-Saint-Louis se ha enterado con emoción de que la señorita Norbert me hacia frecuentes visitas. Y cuando se ha sabido que yo acompañaba a la hija del relojero a casa del marqués de Coulteray y que pasábamos horas enteras en la biblioteca de éste (indiscreción del noble anciano de gorra galoneada que guardaba la puerta principal), se ha rumoreado abundantemente en todas las tiendas, desde la calle de Le Regrattier hasta el puente Sully, y desde el muelle de Anjou al muelle de Béthune. Como además se sabía que yo no frecuentaba la iglesia, cuando un domingo me vieron entrar en San Luis de la Isla, siguiendo las huellas de la familia Norbert, dedujeron que yo estaba completamente perdido.

Todo el mundo opinaba que la archiduquesa del gran empaque me había «reducido a cero», me había «hechizado». Yo ya no comía, ni dormía, ni hablaba.

La verdad era que dos o tres veces —¡acontecimiento grave!— había descuidado la contestación a insidiosas preguntas de la señora Langlois. Supongo que al mismo tiempo no se descansaría en la trastienda de la señorita Barescat y que se trazarían planes para salvarme de los maleficios de «la familia del brujo».

¿Cómo pasaba aquello a un hombre tan tranquilo, tan arreglado, tan puntual y siempre tan cortés con su asistenta?

La señora Langlois se había jurado demostrarme que aún existía, y he aquí cómo lo consiguió.

Ayer, sobre las once de la mañana, entré en mi casa procedente del palacio de Coulteray, donde no vi a Cristina, lo cual me había puesto del peor humor, porque, además, mi prolongada conversación con el marqués (que también parecía esperar a Cristina) no había podido calmar mi impaciencia... Y encontré a la señora Langlois, que ya había acabado su trabajo hacía rato, pero que, incansablemente, lo volvía a empezar.

Al momento vi que la buena mujer tenía algo que decirme. La manera de cerrar la puerta, el modo de ponerse en jarras y toda la emoción que la henchía, me anunciaban que iba a enterarme de algo nuevo. No me equivoqué.

—¿Y su princesa? —comenzó diciendo—. ¿Verdad que esta mañana no la ha visto en casa de su marqués?...

Supongo, señora Langlois, que se referirá a la señorita Norbert... Perdona, pero ha de saber de una vez para siempre que la señorita Norbert hace lo que quiere... Es más: lo que haga o deje de hacer, no me interesa en modo alguno... Y adiós, señora Langlois. Recuerdos a la señorita Barescat...

La pobre mujer se puso primero roja y luego morada. Se mordió los labios, se cruzó febrilmente el mantón sobre el pecho plano y se dirigió hacia la puerta. Pero antes de salir, se volvió:

—Tenía que decirle que el joven ha vuelto.

No pude menos de preguntarle:

—¿Qué joven?

—El joven de la capa, botas y sombrero de la Revolución...

Creí que todo daba vueltas a mi alrededor. Y balbuceé:

—El que...

—El que nombró usted un día en casa de la señorita Barescat... ¡Ha vuelto!... ¡El joven Gabriel ha vuelto!...

La miré con ojos extraviados.

La señora Langlois, como yo estaba en la imposibilidad de ocultar mi emoción, gozaba ampliamente del efecto que había producido.

—¡Ja, ja!... ¿No me despedía?... Le advierto que a la joven le conviene él... Con esas trazas tan señoriles...

Me daban ganas de estrangular a aquella horrible mujer. Tenía que esforzarme para no saltarle al cuello...

Con una prodigiosa violencia sobre mí mismo, llegué a pronunciar con voz casi normal, mientras me enjugaba el sudor que corría por mis sienes:

—Me asombra usted, señora Langlois... Creí que ese joven estaba muy enfermo...

—Cierto es que no tiene buen aspecto... Pero ya viene el buen tiempo... Y los cuidados de ella servirán mucho para su restablecimiento...

—¿Le ha visto usted entrar en casa de Norbert?

—¿Entrar?... ¡No!... Ya le dije que nadie le había visto salir... Nadie sabe cómo se las compone... Diríase que lo tienen escondido. ¡A lo mejor es que lo persigue la policía!... Siempre he dicho que, teniendo en cuenta cómo va vestido, es seguramente un extranjero... ¿Encuentra usted natural todo eso?... Voy a decirle una cosa... Hace tres días me dieron las gracias...

—¿Le dieron las gracias, señora Langlois?... Pero ¿cómo se entera usted de las cosas?...

—¿Cómo me entero?... Cuando me propongo enterarme de alguna cosa, siempre consigo enterarme... Se lo puedo demostrar cuando usted quiera... Cuando me despidieron no me di por satisfecha, ni mucho menos... Le advierto que ya antes había observado que desde una guardilla de esta casa se podía ver perfectamente lo que pasaba en casa de ellos... Esta mañana he visto salir al estudiante, que se iba a clase como de costumbre... Luego ha salido el viejo Norbert... También esperaba ver salir a Cristina en dirección a casa del marqués, donde siempre está metida... No es

un secreto para nadie... ni para usted, dicho sea sin ofenderle... Pero pasaban los minutos y los cuartos sin que apareciera Cristina... Entonces me he dicho: ¿qué puede hacer sola ahí dentro?... Quizá esté instruyendo a otra mujer para que le haga las faenas... ¡Habrá que verlo!...

«Como lo pensé lo hice... Trepano por una escalerilla, llegué al granero... Me aposté en la guardilla... ¿Y sabe lo que vi?... A Cristina y al joven de marras arrullándose... Daban tranquilamente la vuelta al jardín... Ella le llevaba del brazo y le decía: "Por aquí, Gabriel", "Por allá, Gabriel".

»El no me pareció lo mismo que la primera vez que le vi... Entonces estaba tan tieso, tan tieso, que parecía haberse tragado el cucharón de la sopa... Y ahora ella le hablaba suavemente, como cuando se le dan ánimos a un enfermo... Se sentaron detrás del árbol... El se dejó caer en el banco de madera rústica... Y ella le besó...»

—Si es un pariente —dije con la voz apagada—, no tiene nada de extraordinario.

—¡Oh, es que no lo besa como se besa a un pariente!... Además, ¡le mira de una manera más extraña!...

—¡Tiene usted muy mala lengua, señora Langlois! La señorita Norbert es de una conducta en la que nada se puede reprochar...

—No digo lo contrario, no digo lo contrario... De todas maneras, supongo que no le habrá contado a usted que mientras usted la espera en casa del marqués, ella se dedica a cuidar al pariente, a ese pariente que nadie conoce...

—Quizá me lo cuente esta tarde... Y tenga la seguridad, señora Langlois, de que se lo comunicaré inmediatamente, ya que me doy cuenta de que no se le puede ocultar nada...

—¿Se ha enfadado conmigo, señor Masson?...

—¿Yo?... ¿A santo de qué, buena mujer?... Y diga, diga, ¿estuvieron mucho tiempo en el jardín?...

—No llegó a media hora... Ella fue la primera en levantarse, y dijo: «Metámonos dentro, que papá no tardará en venir»... Él parece muy dócil... ¡Claro está que esa mujer hará de los hombres lo que se le antoje!... La señorita Cristina le ha cogido, pues, del brazo y se han ido poco a poco, dando la vuelta al pabellón por la derecha... ¿Conoce usted la puerta del laboratorio del señorito Jaime, que da al lado, a la pequeña avenida, frente &1 muro?... Pues por allí han entrado... Yo he continuado esperando... Ella ha salido del pabellón al cabo de un cuarto de hora, poco más o menos... Y se ha encerrado allá arriba, en su estudio... ¡Qué vida más extraña lleva esa gente!...

—¿Por qué? Ese hombre está enfermo, y habrá procurado alojarse en una casa donde le cuiden... Si es de la familia...

—¡Oh!... En cuanto a eso, ¡tengo la seguridad de que es de la familia!...

Y la señora Langlois, para que no me quepa ninguna duda acerca de la alusión,

añade:

—¡Y pensar que esa mujer tiene novio!... Bueno, bueno. ¿Quiere darme dinero para comprar pasta para limpiar metales?...

Y se va triunfalmente...

—Conque ¿no ha muerto Gabriel?... Me alegro por Cristina...

Por lo visto es que al joven solamente se le dejó fuera de combate... Y los cuidados de Cristina y de Jaime Cotentin lo habían salvado.

La misma noche del suceso, el carnicero facultativo debió de tranquilizar a Cristina y al viejo Norbert acerca de las consecuencias del acceso de rabia que había abalanzado al relojero, como un loco, sobre su misterioso huésped...

Por lo tanto, no era un cadáver lo que la noche del siguiente día habían bajado, envuelto en una manta, ante mi vista, sino un magullado, un enfermo a quien habrían hecho las primeras curas en la habitación de Cristina y a quien, en cuanto se pudo, se trasladó a los dominios del estudiante, donde aún se hallaba...

El caso es que yo me había figurado cosas formidables... ¡Hasta había respirado un hedor!...

El espíritu va lejos por mal camino... Luego me di cuenta alguna que otra vez... Enriqueta Havard... y las demás..., todas las demás que no han vuelto... Eso me ha predispuesto a ver dramas por todas partes... ¡Pero, en general, todo son comedias!...

Lo que acabo de saber no aclaraba las tinieblas que rodean a Gabriel, el singular personaje, ni me informaba acerca de su presencia en el cofre, de su manera de entrar en casa de Norbert, ni de la actitud de toda la familia para con él... Pero, cuando menos, Cristina, a quien había visto tan tranquila al día siguiente del drama, no se me representaba ya como un monstruo inexplicable, como una muñeca sin corazón y sin piedad, como una fría carátula de la belleza a la que adoraba o pesar de todo, pero en la que no podía pensar sin un horror lacerante cuando no estaba bajo el yugo de su mirada...

Todo esto está bien, ¡muy bien!... Pero Gabriel vive y ella le quiere...

¡Oh, cómo ardían mis labios cuando la he visto esta tarde!... Estaba a punto de decirle: «¿Se encuentra mejor Gabriel?» Pero he callado al borde del abismo... He comprendido claramente que yo no tenía derecho a pronunciar la palabra «Gabriel»... Es un secreto, ¡el secreto de su corazón!, como dicen las novelas... Es una novela, sí... Y yo no soy personaje de su novela, ni intereso a su corazón... Únicamente estoy cerca de ella... Y si quiero continuar cerca de ella ¡he de procurar olvidar a Gabriel!...

Ella es todo alegría... Así se explica la irradiación de estos últimos días... Gabriel va bien, Gabriel pasea de su brazo por el jardín... ¡Procuremos olvidar a Gabriel!... ¡Ay, solamente pienso en él!... Por fortuna, el drama de aquí se apodera de mí con cierta brutalidad...

Cristina y yo nos encontrábamos en el cuartito que han puesto a nuestra disposición en el fondo de la biblioteca, cuando hemos visto llegar a la marquesa tan agitada que daba lástima... Sing-Sing corría detrás de ella... Como falta de aliento, murmuró:

—¡Arrojen a ese animalejo asqueroso!...

Despedí a Sing-Sing, que no protestó...

—¿Qué le ha hecho, señora? —pregunté—. Quéjese al marqués...

Sonrió pálidamente.

—Sing-Sing no hace más que seguirme a todas partes. Al marqués no me puedo quejar de nada...

Era presa de un temblor singular, de un temblor penoso para quienes lo advertían. Dirigiéndose a Cristina le dijo:

—¡Le suplico que me proteja!... Usted, que tiene influencia sobre el marqués, dígame que hay que dejarme en paz..., que mi pobre cabeza se turba... y que ese doctor acabará por volverme completamente loca...

—¿Qué doctor? —pregunté.

En aquel momento se abrió la puerta de nuestro despacho y apareció la cariátide de bronce. El hércules indio, inclinando la cabeza y la espalda como si sostuviera toda la casa, dijo:

—El señor marqués ruega a la señora marquesa que vaya a sus habitaciones, donde le espera el doctor.

Yo miraba a la pobre señora, cuyos dientes castañeteaban... Rodin, para su puerta del infierno, no ha inventado una cara en la que el espanto de lo que va a llegar abra surcos más profundos... Desolada de espanto, nos miró alternativamente... Yo, en verdad, no sabía qué actitud adoptar, pues en fin de cuentas ignoraba el caso...

Cristina le dijo con tristeza:

—¡Señora!... Es por su salud... Ya lo sabe usted...

La señora entreabrió los labios exangües, pero no salieron las palabras... Cada vez temblaba más... Y me miró con sus ojos inmensos y fríos...

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Dios mío!...

No se me ocurría otra cosa.

Sangor repitió nuevamente su frase, con la espalda más encorvada, como si fuera a desplomarse toda la casa. Y cuanto más se doblaba, más colosal parecía en su abundancia muscular. Y como la escena parecía inacabable, el hércules se movió, se dobló más y alargó hacia la marquesa un brazo temible. La marquesa se puso en pie inmediatamente, estatuilla del horror frente a la estatua de la fuerza. Y desaparecieron ambos, mientras se oía reír a Sing-Sing tras las puertas cerradas.

Lo que acababa de ver me había anodadado. Desde luego, de no haber visto a Cristina tan tranquila hubiera intervenido. Como la mirase y no me dijera nada,

exclamé:

—¿Sabe usted lo que van a hacerle?... ¿Por qué ese espanto?... ¿Quién es ese doctor cuya sola evocación parece agotarle la vida?...

—De no ser por ese doctor, ya hubiera muerto —respondió Cristina—. Ya verá usted cómo dentro de ocho días está desconocida... Hoy no es más que una sombra... No tiene fuerzas ni colores... Ha de quedar usted estupefacto cuando la vea con todos los gestos de la vida y con todas las gracias de la juventud.

—¿Y quién es ese hombre que realiza semejante milagro?

—Es un médico indio muy reputado en Inglaterra y que viene frecuentemente a París, donde tiene una clínica en la avenida de Jena... Es muy conocido... ¿No ha oído usted hablar del doctor Saib Khan?...

—Creo que sí... ¿No se publicó recientemente su retrato en el Roy al Magazine?

...

—¡Eso es!

—¿Y qué le ordena?

—¡Oh! La cosa más natural del mundo: sueros y jugo de carne...

—¿Y para que la marquesa tome un poco de carne hay que hacer venir al doctor Saib Khan, a quien ella profesa tan gran horror?... No me negará, Cristina, que todo eso es muy incomprensible...

—¿Por qué?... Si usted la ha visto en el estado en que se encuentra es porque se niega a tomar todo alimento con una obstinación que sólo se ve en los que hacen la huelga del hambre... Y Saib Khan es el único que la hace comer...

—¿Cómo?

—La hipnotiza... Usted debe conocer su sistema, porque se ha hablado mucho de él... Obra sobre el espíritu para curar la materia... En fin de cuentas, no es una novedad, porque la India posee hace siglos una terapéutica del espíritu, junto a la cual la ciencia de nuestros Charcots modernos es un balbuceo de recién nacido... Claro está que cuando Saib Khan tiene que actuar con una cliente difícil, con una cliente esquiva, ha de obrar con una brutalidad psíquica de que no tengo idea, pero que aniquila a la pobre señora... ¿Comprende ahora la razón de que su resistencia me diera solamente tristeza, de que procurara infundirle ánimos, de que le dijera que «era por su felicidad»?...

—Y todo eso le ocurre porque se figura que está casada con...

Cristina me miró fijamente para decir:

—Acabe la frase...

—Pues bien: casada con un fenómeno que es más fuerte que la muerte... ¿No es eso?

Movió la cabeza de una manera que no me satisfizo más que a medias. Yo insistí:

—La cosa me parece inconsistente. Aunque se imagine semejantes cosas, no hay

para dejarse morir de hambre.

—¿Qué quiere usted que le diga?

Al cabo de un instante agregué:

—Si no he comprendido mal, ese Saib Khan no podrá atenderla más que durante unas cuantas semanas.

Cristina, sin mirarme, me contestó:

—¡Oh! Es extraño ver con qué regularidad de péndulo la marquesa pasa de la vida a la muerte para subir a la vida y luego bajar. Al cabo de cierto tiempo reaparece en ella la manía que acabará por matarla si no la curan... El marqués tiene puestas sus esperanzas en Saib Khan.

—Descontando la manía, ¿es lúcida para todo lo demás?

—Muy lúcida y hasta sobremanera inteligente.

—Entonces parece mentira que no pueda hacérsele comprender lo absurdo de su manía... Y digo esto porque es de suponer que todos esos Coulteray, desde Luis Juan María Crisóstomo hasta Jorge María Vicente, tendrán auténticas partidas de nacimiento y de defunción...

—¡Todos no! Y eso es precisamente lo que causa la desgracia del marqués. Hay dos Coulteray que murieron misteriosamente en el extranjero... Ya sabe usted que eran muy amantes de las aventuras... Además, algunos han nacido en el extranjero... Por otra parte, ciertos documentos no son de una autenticidad absoluta, cosa corriente en Francia en los dos siglos anteriores. Nacimientos, matrimonios y defunciones, sobre todo en las grandes familias, se probaban más por el testimonio de los contemporáneos que por documentos, que se descuidaba extender o que las revoluciones habrían podido hacer desaparecer... La marquesa está al corriente de esta particularidad... No se ha podido demostrarle la muerte de los Coulteray ni su nacimiento de una manera categórica, a su juicio, porque yo he recibido todas sus confidencias, y, por otra parte, el marqués ha puesto a mi disposición todos los documentos de que disponía... Ésa es la cuestión, aunque parezca increíble...

—Pero si está en su sano juicio, ¿cómo se le ocurrió por primera vez semejante manía?

—Me hace usted, querido señor Masson, una pregunta que no sé contestar... ¡Lo ignoro en absoluto!...

En su respuesta había vacilación. Por lo visto, yo, sin saberlo, había aludido a lo otro, a aquello de que Cristina aún no me había dicho nada y que figuraba entre las grandes miserias que el marqués no comunicaba a todo el mundo y de las que, por lo demás, parecía consolarse perfectamente...

Durante esta fase de la conversación Cristina había tenido la cabeza inclinada sobre un trabajo de cincel y parecía muy absorbida por los rasgos delicados que su estilete abría con angular facilidad en la placa preparada al efecto. Yo, para verlo, me

incliné sobre ella.

—Trabajo para usted —dijo con su voz armoniosa y serena—. Esta placa la ha de incrustar en la encuademación de los Diálogos socráticos...

Entonces reconocí cierto perfil apolíneo, con el ojo cortado en forma de almendra, con el dibujo de la boca, con el óvalo perfecto del tipo que tal vez tuviera Alcibíades o cualquier otro discípulo paseante por las umbrías del dios Academos, pero que se parecía, «como una gota de agua a otra», a Gabriel...

9. DORGA

8 de junto. —Cristina tenía razón una vez más. He vuelto a ver a la marquesa, y estaba desconocida.

Para semejante transformación han bastado tres días. Ahora es un ser vivo. Y parece tomarle gusto a la vida...

Sale (o la sacan...) en coche descubierto y tirado por caballos... Le gustan mucho... Vuelve del Bosque con las mejillas floridas... Sin embargo, su mirada siempre es triste e inquieta, aunque la sangre circula nuevamente por sus venas... El espíritu continúa enfermo, si bien el cuerpo anda mejor...

Sale con su señora de compañía inglesa... Guía Sandor, a cuyo lado lleva a Sing-Sing... No recibe jamás ninguna visita... Cristina me dice que la causa de ello es que no quiere recibir a nadie... Se niega a frecuentar la sociedad... Y la sociedad no insiste... Ha comenzado a circular el rumor de que la pobre señora no tiene un cerebro muy bien sentado... Sus silencios, sus cosas raras, su aire cada vez más lejano han separado de ella, poco a poco, a todas las amistades del marqués.

El marqués, en los primeros meses después de su regreso a Francia, dio algunas fiestas en su palacio. Pero después cesó bruscamente todo aquel movimiento que resucitaba el muelle de Béthune. A Jorge María Vicente se le tiene lástima.

Sin embargo, sus amigos se felicitan de que se haya sobrepuesto a sus desgracias domésticas.

Como es natural, todas estas informaciones me las ha dado Cristina, que está muy enterada.

—La sangre de los Coulteray es más fuerte que todo —me dice—. ¡Han pasado por tantos trances!... Un pequeño burgués se vería aplastado bajo ese infortunio. Él se busca queridas. Quería que yo formara parte de su colección; pero no lo ha conseguido. Ya se ha consolado de ello o, al menos, me lo parece. Yo no soy ni puedo ser más que su amiga y la amiga de la marquesa: necesitan de mí entre los dos... y ya conoce usted el secreto de mi situación aquí.

Mientras tanto, ha entrado el marqués con un frasco y unos vasitos de plata en la mano. Brillaban sus ojos.

—Quiero que prueben —dijo— lo que Saib Khan acaba de indicarle a la marquesa. Ella lo ha probado y lo ha encontrado excelente. ¡Como que parece un cocktail!... ¿Y saben ustedes qué es? ¡Una mezcla de sangre de caballo, de hemoglobina y de no sé qué más!... Pruébenlo... No es ninguna sosería, sino algo de un sabor capitoso y caliente para el estómago, como un rancio armagnac... ¡Hay para resucitar a un muerto!... ¡Y da un apetito!...

—Bebimos. Aquello, en efecto, no desmentía al marqués.

—Con esto, Cristina, la repondremos en quince días.

Y dirigiéndose a mí, añadió:

—¿Estaba usted aquí cuando han venido a buscarla para que la viera el doctor? ¿Le ha contado Cristina?... Usted es un amigo... ¡Pobre mujer! ¡Si pudiéramos salvarla!... Si el cuerpo se porta mejor, la cabeza irá bien...

Se dio una palmada en la frente, y se fue con su botella y con sus vasos, encantado, resplandeciente...

—¡Siempre ocurre lo mismo! —me dice Cristina—. ¡Siempre se figura que su mujer va a salvarse!... Mientras tanto, esta noche irá a ver a su Dorga...

—¿A su Dorga?

—Sí; a la danzarina india.

—Por lo visto, el marqués, aunque ha vuelto, no sabe prescindir de la India.

—A esa danzarina se la trajo de allá al mismo tiempo que a su mujer...

—¿No me dijo usted que adoraba a la marquesa?

—¡Oh, qué Cándido es usted!... Un Coulteray puede adorar a su mujer y tener diez queridas... Ésta le hace mucho honor, da que hablar a todo París...

9 de junto. —He visto a Dorga... Sí; yo, que no salgo de noche diez veces al año, he tenido la curiosidad de presenciar las danzas de la bella india... He ido al music-hall. Como dicen las gacetillas, la sala presentaba un «brillante aspecto».

Yo esperaba ver una danzarina medio desnuda, con unas cuantas alhajas, con discos en los pechos, con cinturón de metal y con pesadas ajorcas en los tobillos. También esperaba esos rítmicos movimientos de caderas en una decoración de Pagoda, que es lo que constituye el tan aludido «género» desembarcado en Europa con la última Exposición. Pero vi aparecer una soberbia criatura, de tez apenas ambarina y con un vestido de gala a la última moda.

¡Caramba! Al marqués le gustan los contrastes. La marquesa y Dorga son el día y la noche, un día pálido, muriente, con un postrer rayo de sol bajo un cielo septentrional y anémicos atardeceres, y una noche cálida, ardiente, fabulosa, donde brillan todos los fuegos orientales. Por cierto que los ojos de cruel voluptuosidad de Dorga resplandecen más que las joyas que la constelan y que la diadema que cabrillea sobre su dura frente.

Es el Oriente con un vestido de la «rué de la Paix», son las piernas de la diosa Kali en medias de seda y bailando un shimmy escuchado en un silencio angustioso.

Tras la última danza, cuando la sala pudo respirar, una fulminante aclamación demostró el contento de los espectadores, que «deseaban más»... Pero la danzarina, tan despectiva como bella, había desaparecido y ya no volvió...

Se reflejaron las luces sobre los rostros lívidos o colorados, según los temperamentos, y vi que el marqués, escarlata, salía de un palco con Saib Khan...

Se dignó reconocermé y me dijo:

—¿Ha visto usted, ha visto usted?... ¡Qué maravilla!...

Con gran estupefacción por mi parte, me cogió del brazo:

—Vamos a felicitarla.

Me dejé llevar. Y pronto llegamos a su camarín, que estaba asediado, pero que no se abrió más que para nosotros. Dorga estaba semidesnuda entre flores.

El marqués me presentó:

—El gran poeta Benito Masson.

No protesté. Era incapaz de pronunciar una palabra. La miraba a hurtadillas, vergonzosamente y con aire maligno, con un aire que suelo tomar con las mujeres para enmascarar mi timidez... Ella me había lanzado una mirada por el espejo y ni tan siquiera se había vuelto... Unas cuantas palabras de vaga cortesía. Debí de encontrarme muy mal vestido. Pidió champaña y se metió detrás de un biombo. Yo huí con la cabeza ardorosa y los oídos llenos de zumbidos.

Sentía un odio feroz hacia el marqués y hacia todos los hombres ricos que no tienen más que inclinarse y arruinarse para conquistar mujeres como aquélla.

¿Y yo?... ¿Qué tendría yo?... Nada más que la imagen de Cristina... ¡Oh, la encantadora y sutil efigie!...

¡Ay Dios mío! Tengo ganas de tatuarme la piel como un colonial, como un aventurero... Un corazón con una flecha. Alrededor: «Amo a Cristina»... Y cuando me mire en el espejo de mi armario, tal vez crea que ya ha llegado...

10. LO OTRO

10 de junio. —La presencia de Dorga me había impedido prestar la menor atención al médico indio, al famoso Saib Khan, que estaba en el palco con el marqués. Apenas recordaba sus ojos de mujer, sus negros ojos de hurí, en un rostro barbudo. Pero el marqués ha bajado hoy a la biblioteca con Saib Khan y he podido observar holgadamente a éste.

Saib Khan tiene más bien el tipo afgano. Es guapo. En aquel país son muy guapos. Está menos bronceado que los príncipes indios de las orillas del Ganges. Su severa faz se halla rodeada por una barba de jade muy cuidada, que termina en punta. Tiene una poderosa estatura, que recuerda la de Sangor, con anchas espaldas y fina cintura. Va vestido y calzado admirablemente, con una elegancia sencilla e impecable. Comprendo su poder sobre las mujeres y la turbación que inspira. Parece tan seguro de sí mismo que casi es imposible permanecer sin inquietud frente al doble misterio de sus ojos de mujer y de su boca carnícera.

¿Dónde he visto ya esta peligrosa sonrisa, esta sonrisa de dientes de tigre? ¡Ah, sí! En los retratos. Sobre todo en el de Luis Juan María Crisóstomo, el primero de los cuatro... Y la misma sonrisa, siempre algo feroz, pero de menor potencia, vaga todavía de vez en cuando sobre los labios epicúreos de Jorge María Vicente...

Ambos se han interesado por mis trabajos, que consisten, de momento, en destacar los documentos más raros y preciosos que se encuentran amontonados de cualquier modo en un rincón de la biblioteca, y que habrá que clasificar y reunir con arreglo a un plan establecido por mí libremente y con arreglo a mis gustos. El marqués está lejos de ser un ignorante. En él he encontrado, no un coleccionista cuco, porque esta colección no le debe nada o casi nada, sino un verdadero erudito muy al tanto del movimiento literario en los dos siglos últimos. Eso no se puede negar, no se puede negar... Y por lo visto, en sus viajes se ha interesado mucho por las bibliotecas... Hemos tenido una larga discusión sobre la de Florencia, sobre el manuscrito de Longo, sobre la famosa mancha de tinta de Pablo Luis Courier... No da la razón a Pablo Luis, que trata tan a la ligera un crimen semejante... Yo no sabía que el marqués estuviera tan enamorado de Dafnis y Cloe; pero todo esto es literatura. La realidad es Dorga.

Así pensaba yo y así pensaba seguramente Saib Khan, cuya sonrisa se dilataba sobre la brillante amenaza de su fiera mandíbula...

Luego se fueron, y, por lo visto, salieron inmediatamente del palacio, porque oí en el patio de honor el ruido de un auto que se alejaba.

Casi a continuación se abrió la puerta que daba al pequeño vestíbulo y apareció la marquesa.

—¿Dónde ha aprendido todo eso? —musitó dirigiéndose hacia mí—. ¿Puede

usted decírmelo? Jorge María Vicente tuvo una instrucción muy descuidada, según él mismo refiere. ¡Si nunca ha sabido decirme el nombre de su preceptor!... Así es que...

Había escuchado detrás de la puerta... Por lo tanto, no se notaba que físicamente estuviera mejor. Continuaba la manía. Aquella manía absurda que ahora me hacía mirarla con una tristeza infinita. No se equivocó ante mi actitud. Por eso me dijo:

—¿Verdad es que le doy pena? Cristina habrá excitado su compasión...

Y en voz más baja agregó:

—¿Está Cristina?

—No. Acaba de salir.

—Mejor, porque así podremos hablar —dijo la marquesa—. Supongo que le habrá contado lo de «la manía»... Aquí todos me creen loca... Y hay momentos en que me gustaría morir... Pero me da miedo la muerte... Sí... si... Hay momentos en que temo a la muerte más que a todo... Y quizá algún día le cuente la causa de ello... a menos que usted no lo adivine... Temo a la muerte, temo a la vida, temo a Saib Khan. Es todopoderoso... Puede todo lo que es posible poder... De haberme podido arrancar la manía del cuerpo como se arranca una muela, lo habría hecho tiempo ha... Le conocí en la India... Ninguna manía se le resiste... ¿Por qué no ha triunfado conmigo?... Porque en mí la manía es un reflejo de la realidad... ¿Comprende usted? ... Saib Khan ha de obrar, no contra una quimera, sino contra una verdad viva y natural... Y contra eso no se puede hacer nada... Aunque Saib Khan mandase al Himalaya que desapareciera no se movería lo más mínimo de su base, ¿verdad? Pues bien tampoco está en su poder dispersar el hasta hoy inseparable e indestructible bloque de los Coulteray... ¿Me ha comprendido usted?... ¿Me ha comprendido?

Y poniendo sobre mi mano su mano ardiente, agregó:

—*Le aseguro que es lo mismo.*

Sus inmensos ojos buscaban los míos. Y yo no me atrevía a mirarla para que no viera toda la lástima que me inspiraba.

—¡Oh, señora!... Una mujer como usted, con su inteligencia... Cuidado, señora... No hay en el mundo cosa más temible que lo maravilloso. Es un reino en el que se extravían los espíritus más fuertes... Con ciertas ideas, señora, no se puede jugar.

—¡Jesús! —exclamó—. ¿Acaso parece que juegue? Hablo muy en serio. Es un hecho que Jorge María Vicente no ha recibido ninguna instrucción. Sólo el primero de los cuatro, o de los cinco, incluso el actual, sólo Luis Juan María Crisóstomo, que era uno de los más disipados caballeros de la corte de Luis XV, fue también un sabio.

—Un sabio —dije yo— muy hablador. Hacía frente a Duolos. Brillaba ante Holbach. Escribió artículos para la gran enciclopedia.

—Veo —asintió la marquesa— que no le enseñé nada nuevo. Había sido educado

por su tío, el obispo de Fréjus. Pues bien, señor Masson: le aseguro que la conversación que ha tenido hace poco con Jorge María Vicente no hubiera sido posible de no haber recibido Luis Juan María Crisóstomo aquella educación.

Me estremecí.

—De todos modos, señora, permítame que le diga que Pablo Luis Courier, en tiempo de Luis XV, aún no había manchado de tinta el manuscrito de Longo.

—Sólo faltaba —objetó frunciendo los labios— que me tomara usted por una necia. He querido decir que sin aquella educación, sin los recuerdos clásicos que implica, Jorge María Vicente no se interesaría por los tesoros de la biblioteca de Florencia.

—Perdone, señora; pero hay algo que, aparte de todo, me ha asombrado siempre. Y es la solidez de la instrucción clásica que tiene el marqués.

—¿Verdad que sí?...

Nuevamente brillaron sus ojos y me cogió la mano...

—¡Ay! —exclamó—. Si usted quisiera ser amigo mío...

Pronuncié unas cuantas palabras de adhesión. Me inquietaba su agitación súbita... Lamentaba estar solo con ella. Hubiera querido ver aparecer a Sangor o al mismo Sing-Sing...

—Creo que usted me comprendería... ¡Si no me comprende nadie, seré la cosa más miserable del mundo!... Ni Saib Khan ni Cristina quieren comprenderme... Cristina me toma por una loca... Saib Khan, por una enferma... Y me resucita a pesar mío... ¿Por qué me resucita?... ¿Por qué me resucita para el otro?... Como no sea su cómplice... Acabará creyéndolo así... Porque me da horror la vida que Saib Khan me devuelve a costa de grandes dolores... Y sin embargo, ¡me está prohibida la muerte! ... ¡Ay amigo mío! ¿No ha ido usted nunca al castillo de Coulteray? ¿No lo ha visitado?... Es un castillo de los que llaman históricos... Está entre la Turena y la Sologne... La capilla es una obra maestra comparable a la iglesia de Brou... Pero lo que me atrae de ella no son sus encajes góticos, no... Hay que bajar a la cripta, donde están las tumbas de los Coulteray... ¡Y la tumba de Luis Juan María Crisóstomo está vacía!... Le digo que está vacía... ¿Comprende usted?

—No, no comprendo.

Se impacientó ante mi resistencia a la comprensión.

—Además —agregó—, es la última tumba de los Coulteray... ¡No hay otra!... Y es que los Coulteray no se mueren.

—¡Es que han muerto en el extranjero, señora!

—Bien, bien... Pero le repito que la tumba está vacía.

—Eso son efectos de la Revolución... ¡Cuántas tumbas están así!...

—No, no... La Revolución no tiene nada que ver... Al día siguiente del día en que se bajó a la cripta el cuerpo de Luis Juan María Crisóstomo, se encontró la lápida

fuera de su sitio y el sepulcro vacío...

—¿Y qué?...

—¿Y qué?... ¿No conoce usted la historia de los Coulteray?... Le creía más enterado acerca de Luis Juan María Crisóstomo... Antes me decía usted que escribió artículos para la gran enciclopedia... Sólo escribió uno, nada más que uno... ¿Sabe usted sobre qué? ¿Conoce el tema?... Espere un momento que voy a buscarlo.

Se fue y quedé aturdido por aquella conversación asombrosa y que me pasmaba por su incoherencia. Para mí ya no cabía la menor duda sobre la locura de aquella mujer... Al cabo de unos minutos volvió presurosa.

—Aprisa, aprisa —exclamó—. Llévese este paquete a casa, procurando disimularlo... Léalo y se enterará de todo... Sing-Sing está en la escalera... Sangor viene... ¡Adiós!

Sobre la mesa, delante de mí, había dejado un paquetito envuelto en un periódico de modas y atado con una cinta negra... Lo escondí debajo de mi chaqueta y volví a mi casa... Estaba convencido que por fin iba a saber qué era lo otro...

11. ¡REZAD POR ELLA!

A las diez de la noche todavía leía yo tras las ventanas cerradas de mi taller... Ahora ya sé qué es lo otro ¡Es algo increíble para nuestra época!... Ahora comprendo por qué me repetía de aquella manera terrible tengo miedo a la muerte... Si tiene tanto miedo a la vida... Y también comprendo el sentido que daba a la frase me está prohibida la muerte...

Han llamado a mi puerta... Oigo la voz de Cristina... ¿Cómo se atreve a visitarme a semejante hora?... ¿Y para qué? Voy a abrir... La acompaña su novio, Jaime Cotentin, a quien me presenta... Esta tibia noche de junio han ido a dar una vuelta por los muelles, y al regreso han visto luz en mi casa... Ella, aprovechando la ocasión, ha querido darme las buenas noches...

...Y entraban ambos como en casa de un viejo amigo de la familia... Nunca había visto tan de cerca al carnicero facultativo, ni, a decir verdad, me entusiasmaba recibirle; pero la idea de que Cristina no le amaba y de que le engañaba me lo hacía muy soportable.

Vi que dentro de sus trazas cachazudas tenía unos ojos de miope, grandes, azules, inteligentes y pensativos. No sé si se daba perfecta cuenta de que estaba en mi casa. Me pareció que estaba en la luna, como muchos sabios, aunque ello no se avenía con su edad.

—¿Le ha dado la marquesa el paquete? —preguntó Cristina sentándose—. Ya lo habrá leído, ¿verdad? Vengo de Parte del marqués para rogarle que lo guarde todo en esta casa o que lo destruya. En todo caso, no se lo devuelva. Son los papeles que la han puesto mala. ¿Conoce usted ya el Punto de partida de todas sus imaginaciones?

—Si no me equivoco, es esto —dije poniendo la mano sobre un opúsculo titulado Los más célebres brucólacos. «Brucólaco» es la palabra que usaban los griegos para designar lo que la superstición moderna conoce con el nombre de «vampiros».

Esta obra, impresa en París durante la Revolución, hablaba con la mayor seriedad del mundo de esos seres a quienes se cree muertos y no lo están y que de noche salen de sus tumbas para alimentarse con la sangre de los vivos mientras duermen... Algunos de estos vampiros, cuyos nombres se citan, vuelven ahítos a su sepultura. En ellas han podido ser sorprendidos algunos de ellos, sobre todo en Hungría y en Alemania del Sur. Tenían un color bermejo. Sus venas estaban todavía hinchadas de la sangre que habían chupado, y no había más que abrirlas para ver que aquella manaba tan fresca como la de un joven de veinte años... Algunos no vuelven jamás a su tumba, porque le tienen horror... Son, desde luego, los más peligrosos, porque no hay ninguna razón para desembarazarse de ellos. No se sabe dónde encontrarlos, y se confunden con el resto de los mortales, cuya vida agotan en provecho de su prolongación indefinida.

Pyede decirse que la única manera para destruir un «brucólaco» es reducir sus despojos a cenizas, luego de haberle cortado previamente la cabeza... Pero ¿cómo tener la seguridad de que se está frente a un brucólaco, a menos de que se le encuentre rojizo en su tumba?...

El último nombre de brucólaco citado en el opúsculo era el del marqués Luis Juan María Crisóstomo de Coulteray, cuya vida, sobre todo durante los últimos años del reinado de Luis XV, había sido un espanto para los padres de familia que tenían hijas bonitas y casaderas. Aquellos honrados burgueses se habían creído libres del monstruo con su muerte. Pero al día siguiente de ella se enteraron de que Luis Juan María Crisóstomo había abandonado su sepulcro, al que jamás había vuelto.

Numerosos eran los testimonios de personas que aseguraban haberle visto rondar de noche alrededor de sus mansiones. Muchachas y mujeres jóvenes que habían cometido la imprudencia de dormir con la ventana o el balcón abierto fueron encontradas a la mañana siguiente en un estado de absoluta extenuación. Y no se tardó en adquirir la prueba (mediante el descubrimiento de una heridita tras el oído) de que el vampiro había pasado por allí.

Finalmente, añadía el opúsculo que el destino de aquellas jóvenes era tanto más funesto cuanto se da por seguro desde la más remota antigüedad que las víctimas, cuando mueren, se convierten también en vampiros...

Todas las obras que yo había encontrado en el paquete atado con una cinta negra trataban el mismo tema. Eran *Historias horribles y espantables de lo que ocurrió y aconteció en el barrio Saint-Marcel a la muerte de un misero «brucólaco»*; *Aparecidos, fantasmas y otros que se resisten a abandonar la tierra*; *Cómo se alimentan los vampiros*, un *Tratado sobre la manera de vivir los «brucólacos» en sus sepulcros y fuera de sus sepulcros*, y, finalmente, el famoso artículo de Crisóstomo de Coulteray que se había publicado en la primera edición de la Gran Enciclopedia, y en el que al autor hablaba de los vampiros con un aplomo y una ciencia que hubieran asustado de no mover a la sonrisa...

Entre otras muchas cosas, se leía esto:

«Como es sabido, se da el nombre de vampiro a un muerto que sale de su tumba para atormentar a los vivos. Les chupa la sangre... A veces, les oprime la garganta como para estrangularlos; entre los vampiros parece rota toda especie de afecto, porque persiguen preferentemente a sus amigos y a sus parientes...», etc., etc.

—¿Comprende usted —preguntó Cristina con triste sonrisa— por qué el marqués deseaba que la marquesa se dedicara a otro género de lectura?... Ahora ya conoce usted todas sus miserias, entre las cuales la peor de todas es ésta, para lo cual le pide el más absoluto secreto. ¡No le gusta hacer el ridículo!

—¿El ridículo?

—En nuestros días, un vampiro divertiría a París. Si se enterasen de que la

marquesa cree que su marido pasa las noches chupándole la sangre, habría risa para todo el año en los salones, en Montmartre y en las revistillas teatrales... ¡Por eso la vigila tanto! Bastaría una palabra imprudente para que Jorge María Vicente tuviera que acogerse al Tíbet...

Y como yo no dijera nada, Cristina continuó:

—*¿Nunca le ha enseñado la llaguita que tiene en el cuello?... ¿No? Quizá la tenga curada de momento... Pero en cuanto le salga un granito en la espalda, ya se lo comunicará... Para usted, amigo mío, por las etapas que ya me ha infligido a mí... El granito será para ella el orificio por el cual el horrible marqués le roba la sangre y la vida... ¡No lo tome a risa!...*

—Nada de eso —repuse—. El marqués tiene, desde luego, motivos para temer el ridículo; pero, de todos modos, la más digna de lástima es ella.

—Tiene usted razón —afirmó Cristina con la mayor seriedad—. ¡Hay que rogar por ella!

—¡Rogad por ella! —repitió una voz que hasta entonces apenas se había dejado oír.

Me sorprendió el tono con que Jaime Cotentin había pronunciado aquellas palabras.

—¿No cree usted en los vampiros, caballero? —le pregunté sonriendo.

Y Cotentin me contestó:

—Creo en todo y no creo en nada. Vivimos en una época en que el milagro de ayer crea la industria del mañana. En todos los terrenos chocamos con hipótesis contradictorias. La ciencia circula insegura por el caos de interrogaciones que es nuestro pequeño mundo. ¿Hay muchos mundos? Edgar Poe, uno de nuestros más grandes filósofos (hablo en serio), ha demostrado mediante una serie de ecuaciones que hay muchos mundos, y por lo tanto, muchos dioses. Otros han demostrado que sólo hay uno; pero no están de acuerdo en quién sea. El dios de Sócrates, de Descartes, no tiene nada que ver con el de Pascal, ni, sobre todo, con el de Spinoza... ¿Deísmo? ¿Panteísmo? ¿Dónde está la verdad?... ¿Y me pregunta usted si hay vampiros, si es posible que un solo Coulteray haya vivido ciento cincuenta o doscientos años?

»Yo no sé nada, caballero —agregó con su voz algo profesoral y afectada por una laringitis crónica—. Se trata nada menos que del secreto de la vida y de la muerte, en el que aún no hemos penetrado, pero que no desesperamos de violar algún día... ¿Dónde empieza la muerte? ¿Dónde empieza la vida?... ¡En todas partes y en ninguna! ¡No hay principio ni fin! ¿Qué vemos? ¿Qué observamos? Transformaciones, movimientos que vuelven a empezar y que pudiéramos llamar latidos del corazón de Dios... He aquí lo que la experiencia nos ha enseñado... Una cosa que se cree muerta no es más que vida en sueño... Llegará un día, caballero, en

que la ciencia, como hoy hemos hecho para la electricidad con la botella de Leyden, introducirá en un frasco los elementos de esta vida dispersos en lo que actualmente creemos que es la muerte... ¡Y ese día habremos vuelto a crear la vida!... ¡Habremos sacado la vida de la muerte, como en principio se puede sacar radium de esta mesa!... Mientras tanto, no puedo más que decir: «¡Rogad..., rogad por la marquesa!... ¡Rogad por quienes creen en los vampiros y por quienes no creen!... ¡Rogad por mí! ... ¡Y que Jesús, que es la bondad misma, tenga compasión de todo el mundo!...»

—Rogad también por mí —dije volviéndome a Cristina.

—Amén —pronunció ella con la gravedad y religiosidad que tenía cuando iba a oír misa a San Luis de la Isla.

Me estrecharon la mano y se fueron.

12. EL HOMBRE DE LOS BRAZOS ROJOS

¡No, no era cualquier cosa el prometido! ¡Vaya cabeza la que tenía! Lo que contaba era famoso. Cristina, por lo que veo, no debe aburrirse entre su padre, el relojero que busca el movimiento continuo, y su novio, el estudiante que busca algo parecido en sus estudios sobre las pulsaciones del corazón de Dios.

El caso es que yo le tenía lástima. Y entre esas cuatro paredes deben de llevar una vida moral de singular intensidad. ¡Claro está que no cuento a Gabriel!

No lo cuento, pero no dejo de pensar en él.

Gabriel, huelga decirlo, me interesa más que la marquesa. Su secreto me afecta más.

Naturalmente, no puedo separar de mi mente a Gabriel de Cristina.

Después de las confidencias de la señora Langlois he procurado sorprenderlos a ambos, presenciar de lejos sus castas efusiones...

Pero mis vigiliass han sido inútiles.

Gabriel no se me ha aparecido más que en la punta del cincel de Cristina, en el rostro que ella dibuja amorosamente en la placa argéntea.

Estoy acostumbrado a sufrir y a que no se den cuenta de mis sufrimientos; pero llegará día en que gritaré, en que será preciso que grite...

¡Oh Dios mío! Haced que ese día tarde todo lo posible, Porque será el día final...

Era evidente.

Hace dos días que la marquesa me entregó los libros y folletos sobre «brucólacos». Desde entonces no la he vuelto a ver...

Y estoy encantado de ello.

Le tengo lástima, pero me fastidia.

Quisiera que me dejase un poco a solas con mis pensamientos, que ahora pertenecen exclusivamente al trío Cristina-Jaime-Gabriel.

Procuro sacar aparte el papel de Cristina en la extraña comedia sangrienta, que tiene algo de grotesco y algo de criminal.

Pero no llego a aislarla.

Cristina se me representa muy amable con su prometido Jaime y muy tierna con su... ¿qué?... Gabriel.

Porque, ¿qué es Gabriel?

¿Y qué soy yo, en fin de cuentas?

¿Acaso intervengo yo en esa historia del corazón?... Creo que sí... Hay momentos en que creo que sí... Claro está que es muy poco, poquísimo; pero no soy difícil de contentar... Me bastaría con tan poca cosa... Decididamente, me figuro que para ella no soy un simple espectador...

¿Desvarío? Poco antes escribía que ella no se daba cuenta de nada y que yo

tendría que gritar algún día... Por lo tanto...

Pensándolo bien, ¿cómo admitir que una joven inteligente no haya visto nada, absolutamente nada, del drama que se desarrolla bajo mi máscara?

¡Admitámoslo!... Pero, entonces, ¿por qué graba el perfil del otro delante de mí?

...

¡Qué necio soy!... ¿Acaso ella está enterada de que yo conozco al otro?

Mas ¡qué importa!... Un perfil tan bello, comparado con mi fealdad, ¿no es para que yo prorrumpa a gritos?

¡Ay de mí!... *Quizá espera que grite...*

¿Total? Que estoy enfermo... Y no me atrevo a mirar hacia el desenlace de esta enfermedad... ¡Me enveneno con una alegría!... ¡Sé que la curación no es posible, y no la quiero!... ¡Busco el aire que respira y que quiere compartir conmigo, como un intoxicado busca el estupefaciente!... Frecuentemente, llego el primero, y aguardo..., aguardo...

En todo el día no la he visto. Es un poco fuerte.

Por lo demás, ¡no he visto a nadie!

Y esta noche estoy completamente dispuesto a montar la vigilancia en la guardilla... Si no veo a Gabriel, quizá la vea a ella... Es raro que esta mañana, antes de marcharme yo, no haya visto al relojero detrás de los cristales ni haya visto salir al estudiante..., ni a Cristina... No se ha visto salir a nadie.

Pero a las nueve de la noche he visto llegar a un nuevo personaje... Es la primera vez que veo a este hombre, macizo, con cuello de toro, con la frente tan baja que va arrimado a las paredes como si se avergonzara de respirar el mismo aire que todo el mundo. Lleva una gorra redonda, sin visera y un traje informe, que parece formado sobre la base de un saco.

Bajo el brazo lleva un cajón envuelto en un forro de piel...

Parece un ayudante de verdugo.

Por lo visto, le esperaban en casa de Norbert, porque en cuanto ha llamado a la puerta le han abierto y ha desaparecido inmediatamente...

Como es natural, he corrido a mi observatorio.

En casa de Norbert parecen muy atareados... He visto que Cristina atravesaba el jardín varias veces... Llevaba una gran bata blanca, como las de las enfermeras...

Parecía muy agitada y como que Jaime la consolase.

Ambos desaparecieron detrás del pequeño pabellón de la derecha.

Al nuevo personaje no le vi, ni vi tampoco al viejo Norbert.

Así transcurrió una hora, en el mayor silencio. A la derecha, en la planta baja del pabellón, entre las tabletas de las persianas, brillaba luz...

De pronto, el mismo torbellino negro que yo había visto salir de la chimenea cierta noche y propagarse sobre toda la isla como un velo fúnebre, ascendió sobre el

tejado... Y el mismo hedor espantoso me llegó hasta la guardilla.

Aquella noche no hacía viento, era sofocante el calor y pesaba el hedor sobre uno de tal manera que le producía una impresión horrorosa.

De pronto se abrieron las persianas de la planta baja del pabellón, y entre un resplandor de sangre cruzado de sombras, como un grabado de Goya, surgió ante mí un espectáculo que jamás olvidaré.

A la derecha parecía arder con un fuego infernal el hornillo de los experimentos, y al lado, junto a una mesa con blanco mantel sobre la que había trozos de carne humana, estaba el hombre macizo, con un delantal, con el pecho casi desnudo, con los brazos arremangados hasta el codo: unos brazos rojos, como si los hubiera hundido en entrañas sanguinolentas...

El estudiante estaba inclinado sobre el hornillo, enrojeciendo unas tenazas que de vez en cuando examinaba.

El viejo Norbert y Cristina, más cerca de la ventana, estaban inclinados uno a cada lado de una mesa de operaciones que yo no veía por completo, y sobre la cual estaba tendido Gabriel, de quien yo no veía más que la frente y los ojos cerrados.

El resto de la cara desaparecía vagamente bajo telas, bajo una acumulación blancuzca que le ocultaba nariz y boca. En cuanto al cuerpo, me lo ocultaban Norbert y Cristina.

Y desde mi pequeño observatorio asistía, con grandes dificultades, a una operación quirúrgica completamente excepcional.

Completamente excepcional, repito, porque aunque era evidente que Gabriel estaba dormido, eso no le impedía que en diversas ocasiones se levantara a medias, dando una especie de salto desordenado y feroz, para caer en seguida entre el relojero y su hija, que le cogían de manos y brazos y le devolvían a la primera posición.

Las tenazas incandescentes habían realizado tres veces su cometido.

¿Cuál era?

No se trataba sencillamente de botones de fuego ni de nada parecido, como puede suponerse.

Lo que se trabajaba y lo que yo oía requemarse era el interior del cuerpo. Luego Jaime arrojó las tenazas, y ayudado por el hombre de los brazos rojos permaneció inclinado sobre Gabriel durante un tiempo que me pareció infinitamente largo.

Cristina estaba de espaldas a mí. Yo deducía que por la manera como estaba colocada y como cogía la muñeca del paciente, no dejaba de tomar el pulso a éste, precaución primordial en una operación que me parecía prolongarse más allá de los límites ordinarios...

Por fin, el operador y su ayudante se levantaron.

Estaban tan rojos de la cabeza a los pies que daba miedo verles.

Jaime dejó el instrumental de acero, útiles de tortura y de salvación, sobre la mesa

donde poco antes se encontraban los trozos de carne humana, que yo no veía ya y que arderían en el hornillo del laboratorio, porque persistía el espantoso hedor...

Y oí que Jaime decía claramente:

—*Por esta vez, basta. Hay que hacer desaparecer toda esta sangre... Y ahora, ¡suero, suero, suero!*

Cristina se volvió y cerró la ventana.

Ofrecía una cara completamente serena y hasta una especie de alegría parecía resplandecer en su bella frente tranquila.

En vano busqué en sus adoradas facciones la huella de la emoción, siquiera física, que le habría «volcado el corazón» durante aquellos terribles minutos...

¡Nada!...

Ella, a quien poco antes había visto tan inquieta en el jardín, había sabido tener un corazón a tono durante una operación de la que dependía la vida de la persona amada.

Y había asistido como profesional a la tragedia del escarpelo y de las tenazas.

¡Oh! Por lo visto, tiene un carácter muy firme...

Es una mujer sólida. Y hablo tanto desde el punto de vista oral como desde el punto de vista físico...

Estoy seguro de que saldrá *sonriendo* de esta aventura que hubiera podido ser sencillamente un asesinato.

Gabriel será amado, Jaime se casará y el viejo Norbert, feliz entre su hija y los dos hombres que asegurarán la dicha de la encantadora muchacha, volverá tranquilamente a sus ruedas cuadradas...

¿Y yo?... ¿Y yo?...

Yo estoy sobre la pista del hombre de los brazos rojos y del cuello de toro, que acaba de salir.

Quizá, gracias a él, sabré por fin quién es Gabriel.

Se ha llevado el cajón forrado con piel de un color indefinible que ya le vi debajo del brazo cuando apareció.

Como se dirigiera hacia la ciudad, esperé que atravesara el puente para franquearle a mi vez. Ahora pasa delante de la Morgue, siempre con la cabeza baja y la traza tímida, avergonzado de sus andares pesados y fuertes.

La noche es hermosa. Por la plaza de Notre Dame pasean familias.

Atraviesa el Sena. Toma el negro conducto de la calle de los Bernardinos, desemboca en el bulevar Saint-Germain, marcha a lo largo de las paredes de Saint-Nicolas-du-Chardonnet y vuelve a la izquierda por la calle Saint-Victor.

Una vez allí, entra en una bodega, y cuando aparece en el umbral oigo varias voces que le saludan con estas palabras:

—*¡Hola, papá Macabeo!*

La bodega es también casa de comidas... Hay gente cenando. Seguramente serán

parroquianos... Mi entrada allí causará sensación... No visto con gran elegancia... ¡Bah! Me tomarán por un estudiante de medicina recientemente instalado en el barrio.

Lo principal es no perder de vista a *papá Macabeo*...

Por cierto que, sin contestar al siniestro remoquete, ha ido a instalarse junto a una mesa arrinconada.

Por la puerta, abierta de par en par a la tibieza de la noche, veo cuanto pasa.

Por fin entro. Y los que cenan guardan silencio. Pero súbitamente dice una voz:

—¡Vaya guapo mozo!

Y noto risas ahogadas...

Como estoy acostumbrado, no paro mientes en la cosa... Mi vida sería un pugilato... Como es natural, lo que ha llamado la atención no es mi elegancia, muy relativa, sino mi fealdad... Y para que no me quepa duda, otro chusco dice:

—Oye, Carlos..., tu mujer, ¿no buscaba un amante?

Ahora ya son francas carcajadas.

Pero Carlos, que es el dueño, conserva la seriedad, único entre todos, y se me acerca para preguntarme qué deseo.

Ni he comido, ni sé cómo vivo, ni sé si tengo hambre, ni sé si podré comer... Como *papá Macabeo*, pido un trozo de Gruyere, pan y vino.

Los que cenan intentan varias veces trabar conversación con mi hombre.

—¿Ha sido hoy la *distribución*, *papá Macabeo*?

Papá Macabeo acaba por enfadarse y, plegando el diario nocturno que leía mientras comía, mira a su interlocutor de arriba abajo, parece apreciar su esquelética estructura en su justo valor y le dice con voz dulce, que contrasta con su aspecto rudo y salvaje:

En la *distribución*, no daría yo de tu carroña ni diez francos, a pesar del cambio.

No cabe duda de que *papá Macabeo* es empleado de anfiteatro o cosa parecida.

No te enfades, Bautista —dice el otro levantándose—. ¿No se puede gastar una broma?

Espero a que Bautista se marche. Y por la conversación de los que cenan, que son algo colegas, o sea empleados en los hospitales de la orilla izquierda, me entero de que Bautista es un hombre huraño, nada amigo de bromas. Parece ser que se trata de un hortelano arruinado por el granizo y los usureros, y recogido por Jaime Cotentin (hablan de Cotentin con el mayor respeto), el cual lo empleó en los «trabajos prácticos» y luego se ha servido de él para sus trabajos particulares. Bautista es quien le recoge las piezas anatómicas que el estudiante necesita para sus experimentos personales. En la escuela, a ciertas horas que no son un inconveniente para nadie, han puesto a disposición del estudiante un pabellón en el que se encierran éste y *papá Macabeo*. Todo ello se hace a espaldas del reglamento. Pero nadie reclama. A Jaime Cotentin se le permite todo... ¿Acaso es un genio?...

13. UNA HERIDA MISTERIOSA

25 de junio.—Ya conozco el domicilio de Bautista (*papá Macabeo*); pero no le preguntaré quién es Gabriel.

No le preguntaré ni eso ni otra cosa.

Primero, porque es probable que no sepa nada, y luego, porque estoy casi seguro de que nada respondería.

Ese hombre ha de ser muy afecto a Jaime Cotentin para que éste, que no quiere *ayudante*, le haga asistir a sus trabajos, donde le presta una ayuda meramente material.

La cara tan vulgar (ni siquiera es feo) de Jaime Cotentin ha tomado súbitamente en mi espíritu proporciones inmensas. Y he querido leer algunos de los artículos que de vez en cuando publica en la nueva *Revista de Anatomía y Fisiología Humanas*. Son algo notable.

Hay en ellos una altura y una audacia de miras que trastornan todas las antiguas teorías. En otros tiempos no dudo que toda la vieja escuela se hubiera estremecido. Pero actualmente hay pasión por lo incógnito. La guerra ha pasado abriendo un abismo —o, si se quiere, colmándolo— entre el pasado y el porvenir.

A la vista tengo un artículo sobre «La degradación de la energía en el ser viviente», donde, a propósito de las tan interesantes teorías de Bernard Brunhes, se dicen estas frases, la última de las cuales me estremeció:

«En semejante termodinámica pudieran encontrarse cuerpos que se transformaran en cierto sentido, siendo así que la termodinámica clásica anuncia su equilibrio o su transformación en sentido inverso... Un sistema pudiera, en una transformación isotérmica, *proporcionar un efecto útil superior a su pérdida de energía utilizable: EL MOVIMIENTO CONTINUO YA NO SERIA IMPOSIBLE*».

Nada más fuerte ha escrito Duhem al fin de su obra sobre la viscosidad, el roce y los falsos equilibrios químicos... Y nos encontramos frente a la hipótesis de Helmholtz realizada, frente a la hipótesis de una *restauración posible de la energía utilizable en los seres vivos*...

Es decir: ¡la derrota de la muerte!...

¡Siempre el movimiento continuo!...

Por lo tanto, el viejo relojero y el joven estudiante están animados por el mismo pensamiento; el primero, desde el punto de vista mecánico; el segundo, desde el punto de vista fisiológico...

¡Oh, qué intensa debe de ser la vida de los cerebros tras esta pared a lo largo de la cual me paseo esperando a Cristina... y que separa los dos extraños dramas cuya clave aún no poseo!...

Lo que tengo es la llave de la puertecilla que da al jardín de los Coulteray, en el

cual me encuentro en este momento. Parece ser, porque yo no estaba presente cuando ella la ha pedido, que el marqués no ha puesto ninguna dificultad para entregarla... Me la ha dado con la mayor naturalidad del mundo:

—Puede venir cuando quiera... ¡Está en su casa!... Esto pasaba ayer... Hoy he de entregar la llave a Cristina... Pero son las cinco de la tarde y aún no ha vuelto... Hace varios días que es más cara de ver. Me figuro que Gabriel reclamará su cuidados...

La salud del hombre misterioso debe de ser mejor, a juzgar por los hermosos colores de Cristina...

La intervención quirúrgica le habrá salvado definitivamente. Y no desespero de volverle a ver paseando por el breve cercado de los Norbert, llevado del brazo por su bella enfermera...

Aunque resulte extraño, ¡me parece que voy a odiar a Cristina!... ¿Por qué?... ¡Oh misterios del corazón humano!, que dijo el otro... ¡Porque engaña con ése a Jaime Cotentin!...

Ahora que he penetrado un poco en el cerebro del estudiante, Cristina me resulta una muñeca odiosa, despreciable... Si no le quiere, ¡que no le prometa nada!... Si no le ama, ¡que se lo diga!... Pero ¡engañar a un hombre semejante!... ¡Hola, ya está aquí!... ¡Qué juventud!... ¿Cómo no habrá de curar Gabriel ante esa sonrisa?... ¡Unas manos tan lindas sacarían de la tumba a un muerto!...

A propósito de tumbas y de muertos... No he vuelto a ver a la marquesa... Por lo tanto, no tengo que buscar excusas para devolverle sus viejos escritos de brucólacos, que por cierto he continuado hojeando, y que han acabado por darme asco a causa de su estupidez.

En cambio, Cristina ha visto a la marquesa. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo sé.

Me ha dicho que la marquesa estaba otra vez malucha y que Saib Khan la veía casi a diario.

—¿Se ha retrasado? —pregunté a Cristina mirándola a los ojos.

—¿Por qué me mira siempre así? —preguntó ella acentuando su sonrisa—. Se diría que tiene algo que echarme en cara.

—Lo único que pudiera reprocharle es su ausencia.

—¡Qué galante! —dijo mirándome algo burlonamente por encima del hombro, y dirigiéndose a la biblioteca.

Yo me había ruborizado hasta la raíz de los cabellos. ¡Pensar que he llegado a semejantes tonterías!... ¡Como si fuera un Adonis!...

Cuando, ya en la biblioteca, le di la llave del jardín, me dijo:

—Ahora es como si estuviéramos en nuestra casa... Llegamos por el jardín y nos vamos cuando queramos... No tenemos que tratar con el viejo portero ni tenemos que atravesar todo el palacio bajo las miradas inquisitivas de Sangor y entre las cabriolas simiescas de Sing-Sing.

—Eso usted... Yo no tengo llave...

—Mañana habrá hecha una igual para usted. Ya lo sabe el marqués. Quiere que estemos como en nuestra casa y que no nos moleste nadie.

—¿De veras?

—Tanto es así —dijo dirigiéndose a la puerta que comunicaba la biblioteca con el pequeño vestíbulo—, que esta puerta está cerrada, condenada... Solamente él puede entrar aquí...

—¿Sí? —pregunté asombrado—. ¡Cuántas precauciones!

—No quiere que la marquesa venga a estorbarnos.

—¡Comprendido, comprendido!

Yo hubiera debido alegrarme del aislamiento en que se nos dejaba a Cristina y a mi. Sin embargo, las muy oscuras circunstancias en que se producía el acontecimiento, así como el pensar en la otra mujer aislada que agonizaba arriba, agotada por una imaginación loca, me causaron cierto malestar que no sabría definir, pero que se experimenta en vísperas de alguna desgracia vagamente presentida... Y, efectivamente, varios minutos después, un incidente muy raro y hasta trágico vino a trastornarnos a Cristina y a mí en un grado que no sabría explicar...

Habíamos empezado a trabajar con una ventana abierta al jardín, cuando de repente fuimos sorprendidos por un gran grito de dolor que llenó todo el palacio...

Cristina y yo nos pusimos de pie, igualmente pálidos... ¡Habíamos reconocido la voz de la marquesa!...

Luego hubo gemidos, llamadas, gritos guturales de Sangor, maullidos de Sing-Sing y, sobre todo, órdenes breves repetidas y coléricas del marqués:

—¡Corred! ¡Más aprisa!...

En el vestíbulo, en la escalera, en todo el palacio, se oían grandes carreras y muebles derribados...

Me precipité a la puerta, que resistió. Cristina me dijo:

—¡Por el jardín, por el jardín!...

Y nos lanzamos al jardín, que por una pequeña avenida lateral comunicaba con el patio de honor, al que llegamos anhelantes...

En el umbral de la sombría bóveda, cuya puerta se hallaba cerrada, encontrábase el viejo portero, que parecía muy emocionado y estaba en pie, como incapaz de hacer ningún movimiento.

En cuanto nos vio, gritó:

—¡No intervengan!... ¡No intervengan!... Es otra crisis de la señora marquesa...

Seguimos adelante y, subiendo de cuatro en cuatro peldaños la escalinata, entramos en el palacio.

Todo el alboroto se oía ahora en el primer piso.

Guiados por un ruido de puerta rota y hundida, llegamos a un corredor que daba a

las habitaciones de la marquesa... Había allí una puerta agujereada como por una catapulta. Luego, la alcoba de la marquesa...

La desventurada gemía y forcejeaba en manos del marqués... Llevaba un vestido de gala convertido en harapos... Las pieles de siempre estaban en el suelo, a sus pies, como una alfombra de nieve... Y ella estaba más blanca que sus pieles, más blanca que la nieve...

Sing-Sing, cuyos ojos de jade ardían con un brillo inaguantable, ayudaba al marqués en la sujeción de su esposa.

En cuanto la desgraciada nos vio, lanzó un gran grito en que ponía no sé qué esperanza:

—¡Esta vez ha sido en el brazo!... Miren...

Levantó su brazo. Y vimos, no lejos del hombro, una heridilla por la que fluía abundantemente la sangre roja...

—¡Ah! ¿Estaban aquí? —exclamó el marqués; y aquello me asombró, pues por lo visto, no nos creía en el palacio—. ¡Mejor!... Podrán ayudarme a calmarla... No pasa nada, absolutamente nada... Se ha hecho una heridilla... ¡Apuesto cualquier cosa a que es un pinchazo del rosal!—... Pero se pone de una manera alarmante...

Mientras tanto, la marquesa no dejaba de repetir como en una especie de estertor:

—¡No me dejen!... ¡No me dejen, por favor!...

Acudió Sangor... También pareció tan sorprendido como su amo por encontrarnos allí... En la mano llevaba un frasco en cuya etiqueta leí: *Citrato de sosa*.

El marqués, en cuanto vio el frasco, gritó:

—¡No es eso, imbécil!... Te he pedido el *cloruro de calcio*.

Sangor se inclinó, se fue y volvió poco después con el cloruro de calcio pedido.

Bajo la acción del cloruro, pronto se detuvo la sangre que manaba de la pequeña herida... El marqués prodigaba cuidados a su mujer con gran dulzura y palabras de aliento, mientras ella se pasmaba...

Miré la herida. No era mayor de un buen pinchazo de alfiler.

Mientras tanto, se presentó el doctor indio.

El marqués le dijo:

—Se ha herido en el brazo y, naturalmente, ha habido una nueva crisis.

Saib Khan rogó que se le dejara solo con la enferma.

Ésta abrió los ojos y nos miró tan suplicante que me sentí hondamente conmovido. Sin embargo, ante las miradas de Saib Khan y del marqués, no se atrevió a decir nada. Sus temblorosos labios no dejaron pasar más que un débil gemido. Hubo que abandonarla.

El marqués nos lo indicaba ya. Salimos de la habitación. Nos seguían Sangor y Sing-Sing.

El marqués nos señaló la puerta hendida.

—He tenido que hundirla —nos explicó—. En sus crisis, no podemos dejar sola a la marquesa. Se mataría, se arrojaría por el balcón, se aplastaría la cabeza contra la pared...

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Cristina.

Yo no pregunté nada. Estaba horriblemente turbado y apenas me atrevía a mirar al marqués, de tanto como temía que pudiera leer mis pensamientos, en mis inciertos y espantosamente inquietos pensamientos.

Nos llevó a un saloncillo reservado para la marquesa en la planta baja, y que aún tenía abierta una ventana al jardín. Junto a la ventana trepaba un rosal.

—La marquesa estaba tomando el fresco en esta ventana —nos explicó el marqués—. Yo no la he visto; pero Sing-Sing, que salía del garaje, la ha visto cuando lanzaba su *grito de crisis*... Ella, inmediatamente, con un desesperado clamoreo que no le había visto hacía tiempo, corrió al primer piso, para encerrarse en su habitación... Yo estaba en mi despacho... Pero no necesitaba explicaciones... *¡Sabía de qué se trataba!*... Corrimos todos tras ella... Hubo que forzar la puerta... Ya saben ustedes tanto como yo —añadió dirigiéndose a mí—, *puesto que nadie ignora nada de mi desgracia*...

Cristina y yo volvimos a la biblioteca: ella, cariacontecida; yo, cada vez más agitado...

—¿Qué opina usted de todo esto? —me preguntó la joven.

Le dije:

—Cuando hemos entrado en el cuarto de la marquesa ¿se ha fijado usted en la cara del marqués?

—¡No! ¡Solamente miraba a la marquesa!...

—Pues yo he mirado al marqués... ¡Tenía cara de pocos amigos!... Sus ojos sanguinolentos parecían a punto de salirse de las órbitas como dos esferas de rubí; su boca se abría mostrando unos dientes feroces y sangrientos, y toda su cara parecía una de esas caretas japonesas hechas para asustar al enemigo. Nunca he visto nada comparable a aquello, como no sea las trazas ferozmente alegres del busto del marqués de Gonzaga que ocultan cuidadosamente en Mantua, en la planta baja del Museo Patrio, en un cuartito que recibe la luz por la plaza del Dante... El marqués del busto parecía en la víspera de Fornoue, el día en que pagó diez ducados por la primera cabeza francesa cortada por sus estradiotes, y en que besó en la boca al hombre que se la traía... No era un vampiro; pero era en cierto modo un bebedor de sangre...

—Precise su pensamiento —me dijo Cristina con voz sorda—. ¿Cree usted que realmente hemos sorprendido a «nuestro marqués» *la víspera de Fornoue*?

—Sería algo tan espantoso que no me atrevo a precisar semejante pensamiento...

Y me apresuré a añadir:

—Quizá solamente se tratase de una apariencia.

—De todos modos —murmuró Cristina—, si bien la víspera de Fornoue creía Gonzaga que iba a hartarse de nuestra sangre, su esperanza fue frustrada el día siguiente...

—Sí; alguien ha agitado la fiesta...

—Mi impresión —dijo Cristina— también es que hemos estorbado... Pero, tomando las cosas desde el punto de vista *natural*, no hay que asombrarse de que el marqués se haya visto desagradablemente sorprendido con nuestra llegada...

—¿Y si fuera verdad? —pregunté.

—¿Si fuera verdad?... ¿Si fuera verdad?... —repitió ella.

—Dejemos de lado lo que es preciso dejar de lado... En fin de cuentas, ¿no se necesita haber vivido doscientos años para tener instintos de fiera!...

—Luego ¿usted cree?... ¿usted puede creer?...

—Mire, Cristina... ¿Recuerda usted que Sangor, al llegar por primera vez al cuarto, llevaba un frasco?

—Sí, un frasco que, si no recuerdo mal, contenía *citrato de sosa*...

—¡Eso es!

—Y el marqués, ¿verdad?, le ha dicho que se lo llevara y que trajese *cloruro de calcio*...

Perfectamente, Cristina. Ahora, ¿puede usted decirme qué ha hecho el marqués con el cloruro de calcio?...

—Contener la hemorragia...

—Está bien... Pero ¿sabe usted, Cristina, para qué se emplea el *citrato de sosa*?

—¡No!

—Pues el citrato de sosa se emplea para provocar la hemorragia...

La joven me miró como si yo me estuviera volviendo loco.

—¿Para provocar la hemorragia?

—Me explicaré... Mejor dicho: sirve para que la sangre continúe fluyendo, desde el momento en que impide la formación del coágulo de sangre que cerraría la herida... Si se frota la herida o el pinchazo con citrato de sosa, la vena continúa derramando sangre como agua de una espita... ¡Y hay más!... Una boca que aspirase esa sangre y a la que se frotase con citrato de sosa, no tendría que temer la coagulación con que siempre hay que contar...

—Lo que usted me dice es verdaderamente horrible. ¿Dónde lo ha aprendido?

—En los más elementales libros de medicina... ¿No conoce usted el Labosse ilustrado?... Un encuadernador que no se interese solamente por las encuadernaciones tiene facilidades para enterarse de muchas cosillas.

Seguía mirándome y vi que estaba al menos tan agitada como yo.

—¡Horrible, horrible! —repitió—. ¡La ciencia al servicio del vampirismo!...

—En nuestros días, el vampirismo, si es que lo hay, ha de ser forzosamente científico.

Nos dimos cuenta de que ambos estábamos mirando los cuatro retratos de los cuatro Coulteray, que en lo alto de la pared nos miraban de una manera tan enigmática y turbadora. Declinaba el día, no dejando para contorno de las cosas más que una línea indecisa, una especie de esfuminatira.

—¡La verdad —exclamó la joven— es que se parecen de una manera extraña, muy extraña!

—¡Como que son el mismo! —repuse yo, procurando poner en el tono cierta ironía y desenfado—. Ha tenido tiempo de perfeccionar su método...

Pero pronto dejamos de bromear..., porque arriba continuaban los gemidos...

Y como los gemidos se prolongasen, no pudimos menos de estremecernos.

—De todos modos —insinué—, convendría saber cómo se ha producido la herida... Al fin y al cabo, el marqués nos habrá contado lo que le haya parecido...

14. VIGILIA

Era tarde. La hora de cenar hacía tiempo que había pasado... No nos decidimos a abandonar aquellos lugares habitados por un dolor tan misterioso... Supondrían que nos habríamos marchado ya...

Nuestro propósito no era ocultarnos. Resultaba indigno de nosotros. Ahora bien: en aquellas circunstancias, quizá nos necesitaran. Y eso es lo que podríamos responder a quien se asombrara de encontrarnos todavía allí...

En nuestro gabinete de trabajo habíamos encendido la lamparilla portátil, cuyo resplandor dibujaba un claro cuadrado en la oscuridad del jardín.

En el palacio reinaba de súbito un gran silencio, silencio que tal vez nos pesaba más que el lúgubre gemido, el monótono gemido que poco antes nos causaba una angustia tan aguda...

Así pasó media hora. Trabajamos vagamente en no sé qué cosa, aunque ocupados por pensamientos que no nos atrevíamos a comunicarnos. Por fin pregunté a Cristina:

—Ahora, Cristina, ¿cree usted que el marqués la dejará tranquila?

Pareció muy sorprendida.

—¿A qué viene esa pregunta? —replicó muy emocionada—. ¿Cree usted que tiene algo que ver lo que pasa arriba y lo que pueda suceder aquí?

—¿Es que no ha renovado las tentativas?

Pareció vacilar un momento, y finalmente dijo:

—¡No! Ya me he compuesto las cosas para que no reincidiera...

—Realmente, no puedo menos de reconocer que el marqués se ha portado siempre con una corrección perfecta para con usted... Diríase que no se atreve ni a mirarla, ni aun cuando le habla...

—Sin duda —explicó ella con naturalidad—, está algo avergonzado de haberse dejado llevar por... lo que pudiéramos llamar la violencia de su temperamento... En esos momentos, a decir verdad, resultaba poco simpático... ¡No se sabía si quería abrazarme o morderme!...

—¿Morderla? —repetí, mirándola.

—¡Cuidado con las interpretaciones! —repuso ella—. Es una manera de hablar... ¡Yo no creo en los vampiros!... Pero de todos modos, me daba miedo...

—¡Es extraordinario, Cristina, que haya continuado aquí!

—Ya le he explicado la causa, amigo Masson.

Y esta réplica me la lanzó como si yo la hubiera ultrajado...

Pero ella misma rompió el penoso silencio consiguiente, preguntando:

—¿Es cierto que tiene usted una linda casa de campo?

Esperaba tan poco aquella pregunta que quedé pasmado.

—¿Por qué lo dice?

Mirándome con profundo asombro, dijo:

—¿Qué le ocurre?... Creo que mi pregunta no tiene nada de particular...

—¿Por qué me habla de mi casa de campo?

—¿Cómo iba a pensar, Dios mío, que se inmutara por ello?... ¡Si está pálido!...

Pero se lo voy a explicar... Fue el marqués quien me dijo que usted tenía una linda casa de campo. Y se extrañaba que aún no me hubiera invitado a ir a ella...

—Pero ¿cómo sabe que tengo una *linda* casa de campo?... ¡Ay Cristina!... Mi casa de campo no es linda, sino la más triste y melancólica mansión que se pueda encontrar entre los comienzos del bosque y un estanque negro, fangoso, con aguas de plomo... ¡No la invitaré nunca, Cristina!... ¡Y no vaya nunca!...

Ella estaba cada vez más estupefacta:

—¿Qué cosas más extrañas me está diciendo!... No esperaba que le inquietara tanto la pregunta... No insisto más, amigo mío...

—¿No le ha dicho el marqués cómo se ha enterado?

—Sí... Es que cierta vez se le ocurrió la idea de comprar los vastos territorios de Corbillères-les-Eaux... Su casa está Por allí, ¿no?

—Sí... Junto al estanque, muy cerca del estanque negro...

—El marqués visitó aquellos territorios y se informaría acerca de los propietarios de los terrenos que deseaba comprar para hacer de ellos una sola finca... Y entonces tendría ocasión de ver que su casa es linda...

Yo estaba tan agitado, que me dirigí a la ventana y la abrí... Necesitaba respirar... Necesitaba recobrar mi calma... Estaba disgustadísimo conmigo mismo por no haberme sabido contener...

En aquel momento, en el rectángulo de luz que sobre el césped se extendía delante de mí, vi que se deslizaba un bulto blanco, ligero y silencioso como un fantasma.

No tuve tiempo más que para precipitarme a la puerta que daba al jardín y que había quedado abierta. Así pude recibir en mis brazos al pobre ser agonizante, que ya no pesaba más que una sombra. Su aliento espiraba en sus labios exangües. El óvalo de su rostro se había alargado en una línea más ideal aún. La muerte parecía fijar ya aquella frágil imagen para la eternidad. Y el resplandor que vagaba en el fondo de sus órbitas, abiertas como dos abismos, no pertenecía ya a este mundo...

Y ella, mirando cosas que nosotros no podíamos ver porque no estábamos como ella en la frontera de la nada, nos dijo a los dos, porque también Cristina se había acercado:

—*Ya estarán convencidos... ¡No me han dejado más que el alma!...*

Con infinitas precauciones la dejamos en un sillón. Su cabeza apoyada en el respaldo, era tan bella como un mármol sobre una tumba. Parecía mirar por última vez (y ahora sin espanto, porque esperaba escaparle al franquear las puertas de la

muerte) al *monstruo de las cuatro caras*, que desde lo alto de la pared le dirigía sin cansarse su temible sonrisa.

—Hoy —dijo la marquesa penosamente— han visto ustedes su quinta cara cuando va a bebérseme la vida... ¿Verdad que les ha espantado?... Ahora se ha ido, se ha ido con toda mi sangre... Y voy a morir *porque no me da miedo la muerte*...

»Si, me he entendido con Sangor, que hace cuanto se le pide con tal de que no esté prohibido por su religión... Cuando yo esté muerta, vendrá a mi tumba a cortarme la cabeza. Y así no habrá peligro de que yo vuelva, como el monstruo, a beberme la sangre de los vivos...

»Los vivos pueden estar tranquilos, ¡muy tranquilos!

»Es la única manera de salvarme de la vida y de la muerte...

»¡Qué feliz soy!... Estoy segura de Sangor, de que me cortará la cabeza, como se ordena en el libro *contra la resurrección*...

»¿Ha leído usted los libros que le entregué, señor Masson?... Entonces, ya sabe usted que es preciso que se me corte la cabeza...

»Sí, sí... Estoy segura de Sangor, porque le he dado un magnífico collar de perlas...»

Y pronunciaba estas frases entrecortadas, como si fuera a morir a cada momento...

En cuanto a mí, me hubiera gustado hacerle una pregunta aprovechándome de que *aún* era tiempo.

Hubo un momento en que la marquesa calló, echó la cabeza hacia atrás con los párpados caídos y el cuello tenso, cual si lo ofreciera al cuchillo de Sangor.

Y le dije:

—Nos ha contado el marqués que cuando usted ha lanzado el primer grito estaba tomando el fresco en la ventana del tocador y se ha pinchado en el brazo con una de las espinas del rosal que trepa por la pared...

Se abrieron los párpados para dejar pasar una llamita que, casi inmediatamente, se apagó entre las pestañas contiguas.

—No me he pinchado en el rosal; nadie grita desesperadamente cuando se pincha en un rosal... He gritado porque me ha *mordido*...

—¿Estaba con usted en el tocador?

—¡No!

—¿Estaba en el jardín?

—Tampoco... No sé dónde estaba.

—Pero ¿cómo es eso? ¿La ha mordido sin estar con usted?

—Claro... Muerde cuando quiere y como quiere... En vano me envuelvo con pieles.

—¿Acaso muerde a distancia?

—¡Si!

No había más Que hablar. El asunto estaba concluso para sentencia.

Y estábamos los tres abatidos por ideas diferentes cuando apareció Sangor.

En sus brazos poderosos se llevó a la desventurada, cuya cabeza cayó sobre su hombro. ¡Oh, la cabeza que yo veía ya en un sueño de horror y de locura separada del tronco!

Por lo demás, todo se me aparecía ya bajo aquellos horribles colores... Y hasta la mirada de Cristina me pareció un poco turbia cuando, al quedarnos solos, le pregunté:

—¿Qué opina usted de todo esto?

Y, cosa rara, fue la primera vez que al hablar de la marquesa no le oí decir: «¡Está loca!»

15. LA CATÁSTROFE

30 de junio. —¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado! Y yo tengo la culpa. Como dicen en las novelas populares, lloraré mucho tiempo lágrimas de sangre. He perdido a Cristina, y estoy nuevamente desterrado en mi siniestra casucha campestre de Corbillères, junto al estanque de las aguas de plomo.

Paso los días guardando el luto de mis últimas ilusiones y de mi loco amor...

Esta última e insípida frase me exalta el corazón... ¿Ilusión? ¿Loco amor?... ¿Voy a poder escribir con agua de rosas lo que me ha sucedido?... Me había convertido en una especie de bestia embrujada alrededor de Cristina.

Conviene decir que hacía ocho días que estábamos solos en el palacio. El marqués se había llevado a la marquesa expirante a su viejo castillo de Coulteray, sin duda para que estuviese más cerca de la tumba que la esperaba.

Les había seguido toda la servidumbre.

¡Solo con Cristina!

Y he aquí lo que sucedió:

Era una noche después de cenar... Sin habernos dado cita, Cristina y yo estábamos en el jardín donde nos encontrábamos algunas veces...

Tras las escenas que habíamos presenciado, había cierta cosa misteriosa que parecía unirnos más. Al menos, así me lo figuraba yo, que nunca había visto a Cristina tan confiada, ni tan sencilla, ni tan cerca de mí.

La noche, tras un día de mucho calor, era de una dulzura inefable... Yo nunca había sido tan feliz. Estábamos sentados uno junto al otro. Una misma ternura (que en Cristina quizá no era, ¡ay!, más que serenidad) nos tenía silenciosos... Volaban mis pensamientos. A nuestro alrededor, las murallas grises se fundían en el descanso; una encina solitaria titubeaba de embriaguez inclinándose sobre el oscuro abismo de nuestros corazones. Con un gesto inconsciente a más no poder, mi mano se posó sobre la suya. Y la mano tibia permaneció en la mía.

Claro está que, naturalmente, cuando pienso en aquel minuto precioso, evoco la noche, las propicias tinieblas, el velo sagrado tras el cual fue olvidada mi fealdad.

Del hecho de que Cristina no hubiera retirado la mano deducía yo que mi contacto no le disgustaba, cosa que podía pasar por la victoria más grande de mi vida. Y en aquel momento me preguntó ella con el tono de la más burlona confidencia:

—¿Está verdaderamente loca?

—¿Quién? —interrogué yo, bastante despechado al darme cuenta de que incluso entonces el pensamiento de la joven estaba tan lejano que yo no lo alcanzaría nunca.

—¿Quién ha de ser? La marquesa.

—Si he de serle franco, no pensaba ahora en esa desventurada... ¿Por qué me pregunta eso?...

—Porque...

—¿No estábamos de acuerdo en lo que a ello se refería?... ¿Podemos hacer algo que no sea tenerle lástima?...

—¡Tenerle lástima! —repitió Cristina con su voz de ensueño—. No ha sabido resistir...

—¿Qué quiere usted decir?... Explíquese, Cristina...

—Si le digo esto, cosa a la que no concedía la menor importancia, es a causa de cierta coincidencia que, lo confieso, no deja de preocuparme...

—Me intriga, Cristina...

Mientras tanto, su mano continuaba en la mía, lo cual me inspiraba tales pensamientos, que a duras penas podía seguir el hilo de lo que me decía.

—Pues bien: también yo me he pinchado...

—¡Dios mío!... ¡Explíquese, Cristina, explíquese!...

—¡También yo me he pinchado en el rosal!... Pero ya hace tiempo de ello... Y me pinché precisamente en el brazo y en el mismo lugar que ella... Y antes que ella...

Intenté mirarle el rostro; pero lo tenía inclinado y vuelto.

—Tiene gracia la cosa —dije yo con gran frialdad—. Estaba usted asomada a la misma ventana y fue pinchada Por el mismo rosal... ¡Es algo extraordinario!...

—No —dijo ella suavemente, con su voz siempre lejana—. No tiene nada de extraordinario... Pero figúrese usted que a consecuencia de aquel pinchazo me sentí como embotada, ya que no como envenenada, y en un estado de tal debilidad cerebral que al entrar en la biblioteca me tendí en el diván, cerré los párpados y tuve el más doloroso de los sueños...

—¿Cuál?

—Vi al marqués con el horrible rostro que le encontró usted la otra tarde, cuando entramos en las habitaciones de la marquesa al enterarnos del accidente... Se acercó a mi. Y a pesar de todos los esfuerzos para alejarlo, se apoderó de mi brazo y pegando sus labios a mi herida, aspiraba toda mi sangre, toda mi vida...

—¿Tuvo usted verdaderamente ese sueño?

—De veras.

—¿Le había contado ya la marquesa todas sus historias de brucólacos?

—Sí.

—¿Y se durmió usted en el diván, debajo de los cuatro retratos de los cuatro Coulteray?

—Precisamente.

—Entonces, usted misma puede sacar la conclusión, Cristina.

—¡Ya la he sacado! ¡Ya la he sacado!... Pero entonces, no había visto a la marquesa pinchada como yo en el brazo por inclinarse a la misma ventana, ni la había

visto gritando como un fantasma: «¿Se han convencido ahora?... ¡No me han dejado más que el alma!...»

—¡Pero Cristina!...

—Lo mismo me digo yo... «Pero Cristina...»

—¿Y cómo se ha resuelto su caso? —pregunté, impaciente por el tono quejumbroso y algo inquietante que tomaba para contarme su sueño.

—Pues se resolvió cuando me desperté...

—¿Estaba sola entonces?...

—¡Sí!

—¿No estaba el marqués allí?

—No. Lo primero con que mis ojos se encontraron fue con la imagen de los cuatro Coulteray, dentro de sus marcos.

—¿Y cómo se encontraba usted?

—Anonadada.

—¿Qué hizo?

—Ir a ver al marqués para decirle que no me probaba estar en su casa y que, como no me encontraba bien, quizá estuviera algún tiempo sin volver...

—¿Le contó el sueño?

—Sí...

—¿Y qué dijo?

—Que su mujer nos volvería locos a todos... También me aconsejó que fuera a descansar una semana o dos al campo... *Precisamente fue entonces la primera vez que me habló de Corbillères-les-Eaux...*

Me estremecí; pero ella ni tan siquiera se dio cuenta...

—¿Y no fue usted al campo?

—No... No podía dejar a papá ni a Jaime...

(Yo pensaba: ni a Gabriel.)

Hubo un silencio. Luego añadió:

—Sin duda me tomaría usted por una necia... Y sin duda hago mal en hablarle de que esa casa, con sus singulares habitantes y con sus trazas misteriosas, ha producido en mí un extraño sentimiento de inquietud..., luego del accidente del otro día...

—*Sin embargo, ha venido con más frecuencia que nunca...*—murmuré acercándome a ella (nuestras manos continuaban unidas)—. ¡Oh Cristina, Cristina, alma querida! Cada casa, como cada corazón, tiene su misterio... (Ahora fue ella la que se estremeció...) Le juro, Cristina, que ese pinchazo de rosal en virtud del que ha sangrado su brazo no es nada junto a otras horribles heridas por las cuales fluye y se derrama hasta la última gota la vida de un corazón. ¿Por qué representarse a los vampiros con cara de muerto? El mayor brucólaco del mundo es un niño de mejillas rosadas con un carcaj y flechas... ¡Se llama el Amor!...

—¡Tiene razón, amigo mío! —aprobó Cristina en voz muy baja e inclinando completamente la cabeza.

¡Qué silencio siguió a aquellas palabras!... Por fin, al oído de la que callaba junto a mí, me atreví a murmurar el principio de una lamentación fruto de mi ingenio, que a ella debía gustarle, especialmente por cuanto la había aprendido de memoria:

«¡Oh dulce dama! ¿Cómo has venido hasta aquí? Extrañas son tus pupilas, extraño tu vestido, extraña la gloriosa longitud de tus trenzas».

No me dejó seguir; pero su mano estrechó nerviosamente la mía. Y semejante presión precipitó el curso de mi vida hasta la sensación del ahogo.

—Repóngase, Benito —me dijo levantándose y dejándome la mano libre—. Hace mal en decirme tanta cosa bonita. Mi vestido no tiene nada de extraño, ni usted ha visto nunca suelta mi cabellera, porque no soy excéntrica ni coqueta. Y si vengo aquí más de lo frecuente es porque no está el marqués.

Dijo, y entró en la biblioteca mientras yo me desplomaba anonadado en el banco.

Unos instantes después me levanté vacilante y dispuesto a recibir injurias. Pero en nuestro pequeño taller me encontré con que Cristina lloraba...

Olvidando ya mi furor, me disponía a pronunciar unas palabras de consuelo en las que, como es natural, no dejaría de cargar con todas las culpas, cuando me di cuenta de que lágrimas de Cristina caían sobre la imagen cincelada (en la cual había trabajado con un asiduidad que tanto me hacía sufrir) del bello Gabriel.

Así es que al momento sentí en mi interior un río de amargura, de la que destilé varias gotas:

—¡Ah, si yo fuera tan guapo como ése!...

Creí que la cortaría. ¡Qué error! Me dirigió una mirada en la que brillaba una innegable simpatía, y me dijo:

—¡Ay, si usted fuera tan guapo como él!...

Era para morirse de risa si yo no hubiera estado tan enamorado y si hubiera podido olvidar por un segundo que yo era la primera víctima de aquella ridícula situación.

Lo más inaudito, que comenzó a abrirme extraños horizontes, fue que Cristina intentó arrogarse inmediatamente el susodicho papel de primera víctima...

—¡Ay amigo mío, gran amigo mío...! —gimió.... ¡Cuán desgraciada soy!...

—¿Acaso cree usted que yo me paseo por los Campos Elíseos?...

—¡Usted es mucho menos digno de lástima que yo! —me explicó con esa lógica espontánea, Cándida e irrefutable que a menudo se encuentra en todas las mujeres—. Y es mucho menos digno de lástima por que yo tengo la culpa de su desgracia... ¡Y menos mal *si sólo se tratara de usted!*...

—¿Cómo? —exclamé, cada vez más desconcertado—. ¿Se refiere al prosector?... ¿Por qué no se casa con él?

Yo experimentaba una funesta alegría en lacerarme y en lacerarla tanto como estaba en mi mano. Y esperaba llevar hasta el fin mis posibilidades para ello, ya que habíamos emprendido una carrera hacia el abismo.

—¡Porque no le amo! —me confesó con un gran suspiro, mientras dejaba caer gruesas lágrimas sobre la imagen aborrecida por mí...

—¿Puede explicarme, Cristina, cómo le ha dado palabra de casamiento sin quererlo?

—Con toda lealtad —repuso—. Jaime, desde su más tierna infancia, no vive más que para mí. Las contadas cosas de que usted está enterado le permitirán oírme sin sonreír cuando yo le diga que Jaime está en camino de ser, no uno de los sabios más ilustres, sino el más ilustre entre todos los del siglo presente. Pues bien: a Jaime le importa un bledo cuanto se refiere a la gloria, a la fortuna y a la Humanidad en general. ¡No vive más que para mí! Ese genio, a quien no puede oírse diez minutos sin quedar maravillado, no tiene más finalidad que estrecharme entre sus brazos y hacerme la madre de sus hijos... ¿Y quiere usted que en un santiamén sople yo sobre esa llama, convierta en cenizas ese hogar, donde quizá vaya a calentarse la Humanidad futura?... ¡No!... ¡Le pertenezco!... Lo sabe... ¡Y eso le da fuerzas!... De haber querido él, yo hubiera sido suya... Pero tiene su propósito y su orgullo... Quiere entregarme su dote, algo que aún no se ha entregado en ninguna boda: *la cadena de oro mediante la cual los hombres, creadores de la vida, tendrán a su vez vencida a la divinidad.*

—¡Bello regalo! ¡Hermosa joya! —reliqué yo sin pestañear—. Pero la forja de una joya así exige mucho tiempo. Y si usted no quiere al forjador...

—¡Masson!... Al decir yo, *sólo a usted*, que no amo a Jaime, quiero decir que no lo amo tanto como merece ser amado un cerebro como el de él... ¡Abusa usted de mi consideración y está en camino de traicionar mi confianza!...

Los golpes que ella me asestaba a diestro y siniestro, aunque parecían acariciarme, habían acabado por aturdirme.

Y entonces, perdiendo todo freno, dejé que hablara el animal que llevamos dentro:

—Usted tendrá consideraciones con él y consideraciones conmigo; *pero, mientras tanto, a quien abraza es a ése...*

Al principio no comprendió... Pero debió de sentir que ante ella pasaba alguna cosa temible, por cuanto levantó hacia mí una cara de mujer que se ahoga. ¡Oh, la pobre mujer daba lástima bajo el velo de sus lloros!... Pero era demasiado tarde para salvarla del suplicio que yo le imponía, pues mi mano aún señalaba la cincelada imagen de Gabriel, que lloraba las mismas lágrimas que ella...

Al comprenderme, se heló de pronto todo el dolor de Cristina, que se expansionaba libremente ante mí como ante un amigo... Se levantó temblorosa y fue

a hundirse en la oscuridad de la biblioteca, adonde yo no me atreví a seguirla...

¿Cuántos minutos pasaron así? No sé decirlo...

Estaba seguro de que en su aislamiento sólo pensaba en él. Y acabó dándome la prueba de ello.

Me llamó. Su voz estaba lejos de ser hostil. ¿Era natural? ¿Procedía de un esfuerzo hecho para pedirme algo? No intenté resolver el problema, porque ya no podía con mis nervios... Lo mejor era que me dejase en paz... Hubiera debido comprender que hay ciertas horas graves, cargadas de una insoportable voluptuosidad, durante las cuales es muy peligroso llamar con voz de miel a los poetas.

Me senté en la punta opuesta del diván, por una postrera precaución, rayana en la más alta virtud, y a causa de la cual reclamo el beneficio de circunstancias atenuantes en la escena fatal que me ha privado para siempre de Cristina.

—¡Amigo mío! —me dijo con un suspiro en que palpitaba todo su amor (no por mí, ¡claro!) y *todo su temor*—. ¡Amigo mió! ¿Puede usted tener celos de una imagen?

—¿A qué mentir? —repliqué bruscamente—. La adoro y la odio como el maldito que se halla en el polo opuesto de Dios y cuyo tormento no cesará hasta el día en que lo Bello y lo Feo se acerquen para aniquilarse. En cuanto a nosotros, ¡aún no hemos llegado ahí!... Su dulce voz, al llamarme, me pone enfermo de furor si es una añagaza... Pero me deja más blando que Hércules a los pies de Onfala si vibra con verdadera ternura, como a veces me he atrevido a esperarlo y como esta *noche me atrevo a suponer*... O va usted a arrojarme con palabras duras, o va a tener piedad de un condenado... Yo me entiendo, yo... Tranquilícese... Dice usted que le ha dado palabra de matrimonio a un hombre a quien no ama, y que le ofrecerá un cuerpo virgen... ¡Sublime, sublime!... Pero, ya que usted tiene *buenos sentimientos para conmigo* (frase sencilla, popular y deliciosa que tiene la dulzura del rocío sobre las parrillas en que se retuerce el príncipe de los aztecas), va usted a dejar de mentirme... ¡Ay Cristina! Lo que yo le he visto abrazar no era un perfil de plata. *Esa imagen tiene un nombre ¡Se llama Gabriell!*...

El efecto fue fulminante. La sombra de Cristina se irguió en el vano de la ventana. Y se inclinó tan cerca de mí, que noté su rápido aliento sobre mi frente bañada en sudor.

—¿Cómo lo sabe usted, cómo?

Entonces se lo conté todo... No quise ocultarle nada de mi vergonzoso espionaje... Además, le pinté muy crudamente las escenas que había presenciado...

Apenas me daba tiempo a respirar, porque repetía:

—¿Qué más, qué más?...

Le referí que había creído en la muerte del misterioso desconocido, que le había visto convaleciente, que presencié el horror de la operación y la abnegación y la

zozobra de la joven...

—Supongo —terminé diciendo con la más triste ironía— que ya estará fuera de peligro.

No respondió a estas palabras... Se había desplomado junto a mí... Y entonces fue ella quien puso su mano sobre la mía. ¡Cómo ardían ambas!... Mi amada parecía horriblemente abatida... Pero por fin dijo penosamente:

—¿Qué ha pensado al ver a mi padre?

—Su padre —respondí— ha estado violento, y me figuré que había acabado con Gabriel... No obstante, aquel acto salvaje tenía una explicación... En cambio, ¿eso de que una joven, con apariencias de virtuosa, oculte a Gabriel en un armario!

—¡Alto ahí! —masculló ella—. Si no quiere que le odie, no solamente ha de abandonar ese escarnio infame, sino que ha de jurar que olvidará todo cuanto ha visto. Y no se pregunta tan siquiera lo que hace Gabriel en nuestra casa, ni la significación del drama que usted ha presenciado... No es usted el único que ha visto a nuestro huésped. También le ha visto nuestra asistenta. Y sé que ha hablado de ello con la señorita Barescat. La última versión dice que se trata de un extranjero proscrito y condenado por traidor a su partido... Son cuentos de la gente... Nosotros no tenemos que dar informes a nadie, sino a la policía, en el caso de que los pida. Ahora bien: no le negaré que tenemos un interés inmenso en que la policía traspase nuestro umbral lo más tarde posible... Y si, a pesar de todo, viniera a nuestra casa, también a la policía le pediríamos que guardara nuestro secreto hasta el día, quizá no muy lejano, en que podrá contárselo todo... *¿Puedo confiar en usted, amigo mío?*

—¿En qué sentido?... En fin de cuentas, ese hombre no es digno de compasión, aunque haya sido maltratado por el padre de usted... ¡Ya quisiera yo estar secuestrado como él!...

Continúa haciéndome sufrir, Benito... Y el caso es que yo podría hacerle callar con unas cuantas palabras; pero el secreto no me pertenece... Y he jurado a Jaime...

Se interrumpió de manera que no supe lo que había jurado a Jaime. Luego prosiguió:

—Acabemos en lo referente a Gabriel... Puedo jurarle, querido amigo, que mi cariño hacia él nunca ha pasado de los límites de un amistoso abandono. Mi cabeza ha descansado en su hombro. Mis labios han rozado su mejilla. He abrazado su belleza... Pero, ¡ay!, tampoco le puedo amar... Lo único que tiene es belleza. Su cabeza está vacía, ¿comprende?

—Los imbéciles siempre tienen suerte —repliqué con una carcajada diabólica—. Pero ¿qué necesita usted, Cristina, para ser feliz? El perfil de Apolo Pitio, el cerebro de Jaime Cotentin...

—¡Y el ardiente corazón de Benito Masson! —concluyó ella a media voz.

—¿Todo eso en un solo hombre? —proseguí yo en un tono cada vez más brutal

—. Veo, amiga mía, que ni unos ni otros estamos cerca del paraíso.

—¡Cálmese, Benito!... Nunca me había hablado así. Y crea usted que me asusta.

—Envidio al hombre de la cabeza vacía —exclamé. Y me puse a llorar como un niño de diez años.

Ella cometió la equivocación, la gran equivocación, de acercarse más en un momento que no era, que no podía ser, más que de lástima, y que acabó de exaltar en mí un romanticismo desenfrenado, esa especie de frenesí de la palabra que oculta, bajo sus oropeles de feria, el dolor humildísimo y muy sencillo de un pobre ser que nunca ha sentido posarse en sus labios los labios de una mujer...

Tenía gracia lo del tierno y casto abandono sobre el hombro del galán de la cabeza vacía.... En la escuela nos han enseñado la historia de una mujer, reina por la jerarquía, la belleza y la inteligencia, que besaba al poeta dormido, por feo que fuera... Y yo me preguntaba ante Cristina a guisa de Alain Chartier, con un lujo de vocablos tras el cual disimulaba en lo posible mi terrible timidez... Para unos soy un gran poeta; para otros, un saltimbanqui. Para mí, un mendigo. Bajo mis sollozos hinchados de retórica, una mujer que me amase verdaderamente leería al punto esta palabra: «Bésame».

Pero tan miserable es mi vida que no puedo pronunciarla.

Sin embargo, Cristina la ha oído... Y he aquí que la divina mujer se inclina hacia mí; su hálito abrasa mis arterias, mientras el rojo corazón de su boca se entreabre sobre la mía... Voy a morir de gozo, voy a perecer de repente consumido por la llama sagrada... ¿Por qué no he cerrado los ojos?... Alain Chartier dormía... Sí; pero Margarita abría de par en par los ojos sobre aquella sublime fealdad que honraba con un beso regio...

¿Por qué has cerrado los ojos, Cristina?... ¿Acaso te parece demasiado clara todavía esta noche?... ¿Es por pudor?... ;Voy a saberlo, Cristina!

Abre, pues, tus párpados y abraza a tu poeta... ¡Animo, valor!...

Queda, pues, contento, Benito, porque tu Cristina ha abierto los ojos al oír tu estúpida orden... Los ha abierto *y ha lanzado un suspiro de asco*.

La pobre ha hecho lo que ha podido y tú te has portado como un miserable... Has estado a punto de estrangularla... Ha caído bajo tus golpes y has huido hasta aquí, hasta las orillas del pequeño estanque siniestro con aguas de plomo.

Por primera vez le has pegado a una mujer. Sólo tienes una excusa: la de que nunca has querido a otra como a ella...

16. LA CASA DE CAMPO DE BENITO MASSON

Aquí terminan las Memorias de Benito Masson.

Gracias a ellas hemos penetrado en la gran miseria moral, en el drama interior creado por la fealdad. Era preciso. La antorcha encendida por él mismo, y a cuya luz hemos examinado al paria que es el hombre feo, va a servirnos para iluminar ciertos recovecos del drama exterior en que fue terrible héroe.

Ante todo, veamos lo que ocurre en su casita de campo. Lo que ya sabemos de ella no es como para tranquilizar. Corbillères-les-Eaux está a una hora, en expreso, de París. Se baja en una pequeña estación que comunica directamente con la plaza del pueblo, el cual tiene más de 800 habitantes. Hace veinte años no había más que un apeadero. Y el apeadero ha creado la aglomeración de casas en medio de la gran llanura acuática y traidora cuyo aspecto no recuerda en nada los paisajes amables, sombríos, frondosos, acogedores de la Isla de Francia.

Marismas y pantanos, estanques cubiertos de plantas acuosas y guardados por saucedas desoladas y maleza salvaje, dominio inmenso de las aves acuáticas y de los peces y, no obstante, poco frecuentado por cazadores y pescadores parisienses, que gustan de la alegría del ambiente y de los encantos del ventorrillo.

Para ir a casa de Benito Masson, al salir de la estación, seguía primero la carretera vecinal y luego se continuaba por senderos estrechos y húmedos, aun en la época de los calores. Y luego de haber andado media hora entre riberas indecisas, entrevistas a través de una muralla de juncos y disimuladas por el corazón flotante de los nenúfares, se entraba en una especie de circo cerrado por una pequeña loma sombría y arbolada que se reflejaba en las aguas oscuras de un estanque.

La casa se hallaba entre el estanque y el bosque.

Con sus ladrillos y con su techo de pizarra, hubiera resultado bonita, de haber estado menos desmoronada y de tener mejor atendidos el jardín y el huertecillo... Pero desde que pertenecía, por herencia paterna, a Benito Masson, éste no se preocupaba nada de ella, se negaba a reparaciones y no quería a nadie por allí, ni aun en calidad de servidor...

El padre de Benito Masón, que había hecho buenos negocios en la encuadernación popular había dejado a su hijo una cantidad bastante saneada, con la que éste se había pagado el lujo de recorrer el mundo como artista y con una fantasía romántica, en virtud de la cual le tomaban frecuentemente por un hombre fantástico, siendo así que no era más que poeta. Así es que Benito había vuelto de su viaje casi pobre. Y ya conocemos su género de vida.

Había conservado la casa de Corbillères, porque le agradaban aquella soledad y aquella desolación. Más de una vez, grandes propietarios de los alrededores, que habían arrendado la caza y la pesca en los terrenos pantanosos, habían querido

comprársela para instalar en ella a un guarda; pero había rechazado todos los ofrecimientos.

Cuando salía de la Ile-Saint-Louis era para refugiarse allí, para vivir allí deliciosamente, como un salvaje, trabajando sin urgencia en encuadernaciones cuidadosas, en encuadernaciones artísticas, en mosaicos donde siempre acababa apareciendo alguna figura de mujer que en los últimos tiempos se parecía singularmente a Cristina, así como Cristina, por su parte, reproducía incansablemente la imagen de Gabriel.

Pero de pronto sentía repugnancia hacia su obra, la rechazaba con rabia y hasta la aniquilaba en el pequeño taller que se había creado para su satisfacción personal y aparte de todo espíritu mercantil... Y salía vestido de cualquier modo, soñando durante días y noches enteras en la vida de la pradera y tal como la había conocido, cuando era niño, en los libros de Gustavo Aimard, cocinando trozos de carne sobre sarmientos, entre dos piedras, y colgando por la noche una hamaca, que él mismo había fabricado, entre dos árboles...

Y, cosa extraña, aquel hombre de aspecto extravagante no cazaba ni pescaba, no llevaba fusil ni artilugio de ninguna clase... Pero llevaba en el bolsillo una libreta y un lápiz y hacía versos, hacía versos de amor... ¡Sólo en el amor pensaba!...

Repugnante él, despreciaba a las mujeres, aunque las hubiera querido a todas...

La aventura que acababa de tener con Cristina, y que no hacía más que empezar, había disciplinado un poco su frenesí cerebral. Pero antes, cada vez que se encontraba frente a una mujer, sentía ganas de besarla y de morderla inmediatamente... Sin embargo, decía que jamás había tocado ninguna, y afirmaba que nunca habían corrido peligro alguno con él, a causa de una timidez que le paralizaba hasta anularlo.

Lo que hemos reproducido de sus Memorias está bastante de acuerdo con el carácter de Benito Masson, excepto la última escena con Cristina, escena sobre la que, por lo demás, resbala muy rápidamente en el aludido documento. Desgraciadamente para él..., *¡estaban las seis mujeres que habían ido a su casa campestre y a las que no se había vuelto a ver en ninguna parte!...*

17. LA SÉPTIMA

Aquella serie de desapariciones había llamado la atención de más de una persona. Al principio se tomó a broma y hablóse maliciosamente de ello. Luego, como se estuviera varios meses sin ver a Benito Masson, se habló de otra cosa. Pero, de todos modos, había alguien que pensó constantemente en tales desapariciones. Ese alguien era Violette.

Violette tenía el oficio de guardacaza, cuando le hacían el honor de encargarle de tales y tan importantes funciones... Por desgracia, pasaban años en que las sociedades de cazadores se desinteresaban completamente de las marismas de Corbilleres. Y entonces Violette se convertía en cazador furtivo. De todas maneras, era un gran elemento, porque con él siempre se tenía la seguridad de encontrar caza.

Violette no tenía ninguna cualidad que recordara la violeta: ni la lozanía, ni el perfume, ni la modestia... Hablando de caza y pesca, era infatigable; así es que era el amo del país; nadie podía atravesarlo sin que Violette dejara de echar la vista al osado que penetraba en sus dominios.

Siempre se le había visto con el mismo indumento: viejo pantalón de terciopelo, con polainas que ya habían perdido el color, grandes botas, un chaquetón que era todo bolsillos y del cual salían kilómetros de cordeles, extraordinarios ingenios de pesca; un morral que no se quitaba de la espalda aun cuando no llevara fusil (casos en que, por lo demás, podía tenerse la seguridad de que el fusil no estaba lejos), un cigarro que parecía una brasa apagada en sus labios secos y bajo su bigote amarillento, calcinado por el fuego del tabaco... Tenía una cara como labrada a hachazos, grandes orejas que se movían, narices siempre olisqueantes como las de un perdiguero, ojuelos de un verde claro entre largas pestañas albinas, ojuelos que alcanzaban increíbles distancias.

No había dos como él para el gavilán o para abatir una bandada de patos salvajes, que atraía con un equipo de flotantes muñecas de madera, en las noches claras, aprovechando las grandes emigraciones...

Vivía en una choza entre sauces amarillos que levantaban dos filas de troncos despanzurrados al borde de las marismas, y allí se estaba en un dominio medio terrestre, medio acuático, entre gladiolas, sagitarios y carrizos... Tenía su barquillo, su vivero barbudo, en torno al cual movía la percha negra y pasaban rápidas las locas escuadras de peces plateados...

Detestaba a Benito Masson por muchas razones. Una de las más importantes era que éste le había estropeado una ocasión extraordinaria de convertirse casi en un burgués, en un verdadero guardabosque establecido en la correspondiente casa. Ello había ocurrido cuando Masson se negó a vender su finca a un «pez gordo» que quería quedarse con todos los territorios circundantes, caza y pesca, y que hubiera hecho a

Violette su hombre de confianza para toda la vida, pues el marqués de Coulteray (no se trataba de otro) parecía tener finalidades muy concretas referentes a aquella comarca...

Como un verdadero señor de pasados tiempos, quería dominar todo el país y que nadie le molestara alrededor de la gran propiedad que había adquirido al otro lado del vallecillo, y donde su querida, una bailarina célebre, una india llamada Dorga, daba todos los años, en fecha fija, unas fiestas a las que acudía gente desde muy lejos, hasta de Inglaterra... Pero el estúpido Benito Masson, que por lo visto ignoraba aquellas Circunstancias, no había querido saber nada.

Violette fue un día a ver al encuadernador para tantearle. Y le dio con la puerta en las narices, como a un ladrón. Ni tan siquiera tuvo ocasión de pronunciar el nombre del marqués. No le dejó decir ni diez palabras... Y el marqués se desinteresó seguidamente del asunto... El viejo guardabosque ni tan siquiera había vuelto a verle...

Ahora bien: esta razón para odiar a Benito Masson, a pesar de su importancia, no era la más fuerte de las que tenía Violette. La principal y la primera de todas era que aquel hombre horrible, feo como los siete pecados capitales, le molestaba en la marisma, no porque Benito Masson fuera repugnante a la vista, *sino porque Violette no podía comprender* lo que el otro iba a hacer allí.

Benito Masson era para Violette el mayor misterio del mundo, mucho antes de la desaparición de las mujeres, la cual, en fin de cuentas, podía explicarse muy bien por el espanto que les inspiraba aquel ser miserable, aquel «desgraciado de la naturaleza». Hacía tiempo que el guardacaza y cazador furtivo le observaba con creciente inquietud. Aun ahora, cuando pasaba por su lado, no dejaba de tener esa aprensión que se tiene cerca de un loco furioso, de quien cabe temerlo todo... Y es que Benito Masson vivía en la marisma como un verdadero salvaje, como el mismo Violette y peor vestido que él (cuando allí no había mujeres), durmiendo a la luz de las estrellas, pasando horas enteras sin moverse, acurrucado entre juncos, como si estuviera en acecho... *¡Y no pescaba ni cazaba jamás!*... *¡Era un enigma!*...

Aquello ponía enfermo a Violette... Nunca le vio un fusil, un aparejo, un cordel, un lazo, una red... Qué, pues, hacía allí, durante días y noches enteros, arrastrándose de acá para allá, curioseando con las manos en los bolsillos o deteniéndose con los ojos fijos, durante horas enteras, como si esperara algo, *¡como si cazara, como si pescara!*... Pero no cazaba ni pescaba nunca...

A veces llegaba a hablar en voz alta, a solas... Violette le había oído...

¿Qué le ocurría a aquel pajarraco?... *¡Como no estuviera loco!*... *También parecía un criminal...*

Violette no pasó de ahí en sus conjeturas. En cuanto tuvo la seguridad de que Benito Masson no cazaba furtivamente en un país donde únicamente podía hacerse

aquello, dijo:

—Esto me huele a criminal...

Una vez admitido esto, fácilmente se comprenderá la impresión producida en el espíritu de Violette por la extraña desaparición de las mujeres que se habían sucedido tan misteriosamente en casa del encuadernador...

Hacía más de una semana que Benito Masson se había instalado nuevamente en Corbillères, donde había reanudado sus costumbres de paseante melancólico, cuando Violette entró cierta noche en la cocina de *El Árbol Verde*, situada a la otra parte de la loma, en la vertiente desde donde se descubría un país que nada tenía que ver con la llanura pantanosa de Corbillères y donde aparecía, entre verdoso follaje, la vasta cerca del parque de Las Dos Palomas, propiedad que el marqués de Coulteray había adquirido para hacerle a Dorga, su querida, un regalo regio...

El mesón estaba en los linderos del bosque, frente adonde se ponía el sol, resguardado del viento Norte por una encina magnífica, que era el árbol verde del título. Tenía un pórtico, un patio, una caballeriza y una cochera que servía de garaje, un predio en el que se cultivaban cuidadosamente patatas y legumbres, unos cuantos árboles frutales y una parra que aún ofrecía encima de la puerta sus ramas jugosas. Una derivación de ella se envolvía en un cenador, junto al pozo. La mesonera era la señora Muche, una buena mujer, toda anchura y buen humor desde que una muerte feliz la había librado del bárbaro de su esposo, que se pasaba el tiempo bebiendo las existencias y agotando las ganancias...

Violette siempre era bien recibido allí. Era el proveedor oculto de ciertas comidas clandestinas, en las que se comía lo que generalmente suele estar prohibido por las leyes. Desde muy lejos acudían a hacer comilonas en *El Arbol Verde*. Sobre todo se despachaba la especialidad constituida por un pollo relleno, asado y rociado con un valiente *vouvray*, todo lo cual glorificaba a la señora Muche.

Además, en aquella casa había discreción. Se podía ir con una señora con la seguridad de que no se les pediría certificado de matrimonio y de que no se escucharía detrás de las puertas. En aquella casa no tenían tales costumbres.

Cuando Violette entró en la cocina, la señora Muche estaba dedicada a los hornillos. El recién llegado no saludó. Se dejó caer en un banco, encendió su pipa con una brasa cogida con las tenazas, escupió en el fuego y miró la llama.

—¿Qué hay? —acabó diciendo la señora Muche—. ¿Se ha ido por fin ese Benito?

En realidad, la señora Muche no conocía las marismas. Jamás las había visto. Como siempre le habían dicho que la tierra de donde Violette traía cosas tan buenas era muy fea, nunca había sentido el deseo de atravesar bosques hacia lo alto de la loma para saber cómo era.

Sin embargo, hacía años que oía hablar del único hombre del mundo que quería vivir en aquel territorio con Violette y a pesar de Violette... Claro está que el

guardacaza no le ocultaba nada del monstruo de fealdad que *había escogido aquellas soledades para atraer mujeres y asesinarlas*... Aquello constituía el fondo de los pensamientos de Violette, fondo que jamás había ocultado a la señora Muche, aunque sobre la base del más riguroso secreto. La buena mujer no hacía más que reírse. Y es que, a decir verdad, se reía de todo desde que su marido se había muerto.

—Pero ¿qué cara traes, Violette? —exclamó la señora Muche—. ¿Hay novedades por tu choza?... Parece que te pase algo... Creo que un buen vaso no te sentaría mal...

—Dame, pues, de beber, y lo sabrás todo... *¡Ha llegado la séptima!*...

—¿Qué séptima?...

Violette se encogió de hombros.

—¿Quieres tomarme el pelo?... ¡Ya sabes de lo que hablo!... Tengo la seguridad de que esa joven acabará como las otras... Dentro de poco, ¡cómo si no hubiera existido!... Pero esta vez no ha de acabar la cosa así como así... ¡Por algo estoy aquí!

...

La señora Muche, sin dejar de reír, le dijo:

—¿Estás aquí?... Perfectamente... ¿Y crees que te va a pedir permiso?... ¡Viejo celoso!...

Le sirvió de beber, pero Violette rechazó el vaso, lo cual era un mal síntoma.

—Ya veremos —dijo— si lo tomas a broma cuando te traiga una prueba, una sola prueba... No creo que sea difícil de encontrar...

—Ciertamente. En alguna parte las debe de meter, como no sea que se las coma...

—¡Hablo en serio!... Y te aseguro que *no todas ellas han tomado el tren*... Eso ya demuestra algo...

—Demuestra que se han marchado por la carretera... Desde el momento en que es tan feo como tú dices, no comprendo qué iba a retenerlas a su servicio en un lugar tan desolado... Quizá habrán tenido miedo..., y en este caso habrán procurado escapar...

—¿Miedo?... ¡Claro está que habrán tenido miedo!...

—¿Te lo han dicho?

—La última sí que me lo dijo...

Cogió el vaso, lo vació de un trago para darse ánimos o aclarar las ideas, y agregó:

—La última estuvo en esa casa cerca de tres semanas... Pude hablar con ella... Y me contó cosas de Benito...

—¿Tenía miedo y estuvo tres semanas en la casa?...

—Es que se quedó precisamente a causa del miedo.

—¿Se quedó porque tenía miedo?

—Lo que oyes... ¡Era una chica muy especial!... ¡Como que parecían los dos

hechos para entenderse!... Pues bien; desapareció como las demás, como si hubiera volado, sin dejar la menor huella...

—A lo mejor es que, sencillamente, volvió a París...

—No... He hecho investigaciones... Conocía el nombre de ella y pude enterarme de dónde vivía... No se la ha vuelto a ver jamás... Se llamaba Catalina Belle. Y no se puede negar que era «bella»... ¡Qué mujer!... De haber querido ella, la hubiera librado del tal Benito; pero ¡yo no le daba miedo!... ¡Qué cosas más inexplicables!... La primera vez que le hablé era una tarde en que yo rondaba alrededor de la casa... Vi una sombra que escapaba presurosa. Luego se abrió la puerta y apareció Benito gritando con voz suplicante: «¡Catalina!... ¡Catalina!...»

»Pero Catalina se había quedado inmóvil, oculta tras un seto de rosales, a pocos pasos de mí, cuya presencia no sospechaba... Benito volvió a llamarla con voz colérica. Y como Catalina no respondiera, cerró la puerta furiosamente.

»Entonces Catalina se incorporó y corrió a la estación. Yo la seguí y la alcancé en un momento en que se había perdido en la oscuridad.

»—No tema nada —le dije—. Soy Violette, el guardabosque... ¿Qué le ha hecho ese miserable?...

»—Nada... ¡Es un hombre muy cortés!... Pero me da miedo...

«Solté una carcajada...

»—Usted —le dije— es la sexta con quien se porta cortamente... Pero todas acaban yéndose...

»—Ya me lo ha dicho él.

»—Se le van todas al cabo de veinticuatro horas..., de dos días..., de tres días... Usted ya hace nada menos que ocho días que está ahí... ¡Sí que tiene paciencia!...

»—También me lo ha dicho él.

»—¿Por qué no se va?

»—Porque es muy desgraciado... ¡Qué lástima da!... Lloro, lloro... Y he tenido compasión de él...

»—¿Continúa teniéndola?

»No me contestó...

»—¿Por qué ha escapado esta noche?...

»—¡Porque ha querido besarme!...

»—No tiene mal gusto. Y usted no puede tenerlo tan pésimo como para...

»Silencio. Como la joven no prosiguiera su camino, le dije:

»—Si quiere tomar el tren de las diez cuarenta, no tiene tiempo que perder...

»—¡No! —me replicó—. Sería una bobería... Vuelvo allá...

»—¿Adónde?

»—A su casa.

»—¿A casa de Benito Masson?

»—¡Sí!...

»Yo estaba anonadado...

»—¡Oiga!... Hace usted mal, muy mal... ¡Se lo digo yo!... ¡Se arrepentirá!... Ese hombre parece un criminal...

»La joven reflexionó un instante y repuso:

»—Hay momentos en que pienso lo mismo...

»—¿Y vuelve, a pesar de eso?

»—Por ver... Pero esto siempre acaba en lágrimas... ¡Bah! En el fondo no es peligroso...

»Volvió a la casita... Todo cuanto yo le dije lo oyó como quien oye llover... ¡Le divertía el hecho de que le diera miedo!... Decididamente, ¡es muy difícil entender a las mujeres!...

»Ya puedes suponer que los días siguientes estuve al acecho de los dos tórtolos... Y era cosa de risa ver cómo se arreglaba él... Por lo visto, ¡el monstruo quería embellecerse!... Llevaba un traje como en la ciudad, corbata, sombrero...

»Ella se burlaba de él a ojos vistas, sin perjuicio de tenerle miedo. Quería saber el desenlace de aquello... Y creo que lo supo a expensas suyas, creo que la curiosidad fue motivo de desgracia...

»Diez días después estaba de nuevo completamente solo, tan pronto paseando en la marisma con una cara espantosa, como retorciéndose en la hamaca con gruñidos de animal furioso y hasta mordiendo las cuerdas... Me entraban ganas de cazarlo de un tiro...»

—No digas tonterías, Violette —interrumpió la señora Muche—. Y veamos, veamos, ¿quién es la que acaba de llegar?...

—¡Una niña!... ¡No tiene más de diecisiete años!... Pero a ésa no la tocará, porque pienso intervenir como gendarme... No te rías; en cuanto ese Benito se propase, ¡le denuncio!... Ya veremos entonces cómo se explica...

—¿Sabes de dónde ha venido esa muchacha?

—Debe de ser del BERRY... Es del campo... Y le llama «tío»...

—¿Lo será de veras?

—¡Pst!... Por cierto que no ha hecho extraordinarios en honor a ella... No se ha vestido de señorito. Y parece tratarla más bien como a una criadita... La manda a recados. Ya no es el panadero quien lleva las provisiones... Ya no va nadie a la casita. Ha prescindido hasta de la fregona que tenía dos horas al día... Viven solos, completamente solos, lejos de todo el mundo, seguros de que nadie les molestará... Ella no es fea ni bonita. Y se llama Anie...

—¿Has hablado con ella?

—Sí... En seguida... Le he preguntado si le gustaba la marisma... Y me ha contestado:

»—¿Por qué no había de gustarme?... ¡Es tan bueno mi tío!...

»—Si es tan bueno como dices, mejor para ti —le he replicado—. ¡No lo ha sido para todas las que han venido antes que tú! De haberlo sido, no se hubieran marchado...

»Pareció sorprenderse por lo que yo le decía y se marchó pensativa, sin decir nada. Entonces le grité desde lejos:

»—¡Pregúntale a tu tío qué ha sido de ellas!...

»Echó a correr y no se detuvo hasta llegar a la casita».

—Veo que esa cuestión va a acabar mal —concluyó la señora Muche—. Te metes en lo que no te importa y haces mal, Violette... Pero ¡vacía ese vaso!...

—¡Caramba! ¡Si está ahí!...

—¿Quién?

—Ese individuo...

Y Violette agarró su bastón como si tuviera que defenderse contra algún terrible animal...

La señora Muche asomó la nariz a la ventana.

—¡La verdad es —dijo— que no tiene nada de guapo!

Benito Masson atravesaba el patio. La aparición de aquel hombre a la entrada de la noche era algo siniestro.

Salía del bosque como una fiera. Y su manera de ventear por todas partes, como si buscara una presa que devorar, era algo que estremecía.

De pronto vio a la mesonera y detrás al guarda, que le miraban, la primera con espanto, el segundo con su habitual hostilidad.

Sin vacilar, penetró en la cocina.

—He de hablar con usted —le dijo seguidamente al guarda—. ¿Quiere seguirme? Es cuestión de poco...

Violette volvió a sentarse en el banco, afectando una despectiva tranquilidad.

—¡Yo —declaró— no tengo nada que hablar con usted!

La señora Muche estaba lejos de encontrarse tranquila...

Tenía que preparar una cena para gentes de Las Dos Palomas, que aquella misma noche llegaban a la finca, donde no había nada dispuesto para recibirlas, y hubiera querido que aquellos dos hombres se hubieran ido con cincuenta mil pares de demonios... Además, Benito, como a tantas otras personas, le daba miedo.

—¿Por qué no van a hablar al cenador? —les sugirió.

Pero Violette no se movía y hasta pidió otro vaso.

—Es preciso, Violette —dijo Benito Masson—, que nos expliquemos de una vez para siempre. Este país es bastante grande para los dos. Y no podemos continuar molestándonos, estorbándonos...

—¿Le estorbo? —recogió el otro.

Benito Masson sentóse en un taburete, y con la cabeza baja, sombría y taciturna, dejando de mirarle, respondió:

—¡Sí!

—Entonces ¿he de... desaparecer? —preguntó osadamente el guarda.

Pero calló, porque antes de que acabara la frase, ya el otro había levantado la cabeza y le fulminaba con una mirada de fuego. Luego, aquella llama se extinguió, la cabeza volvió a caer sobre el pecho, y Benito agregó con voz sorda:

—Sé lo que va contando por todas partes... ¡Y ha de callar, Violette!... Estoy harto de habladurías... ¡Se han ido, sí!... No puedo tener una obrera... No puedo tener a nadie cerca de mí... Doy miedo a todo el mundo... Ahora mismo he asustado a la señora... ¡Déjeme hablar, señora!... Precisamente estoy satisfecho de explicarme delante de usted. Quizá usted logre convencer a Violette de que debe callar... Mi vida no tiene nada de misterioso... ¡Nunca he hecho daño a nadie!... ¡No hay más que mirarme para convencerse de que no necesito hacerles daño para que huyan!... Aquí no he venido para dármelas de valiente, ni para decirle a Violette: «Vive conmigo una sobrinilla, una huerfanita a la que he recogido, a la que no doy asco y que se aviene a hacerme de criada... Como ha sido muy desgraciada, me agradece cuanto pueda hacer por ella... Pues bien, Violette: ¡no hay que hacer que me tome ojeriza!...»

—¡Nada de eso me importa un bledo! —gruñó el guarda.

La mesonera había colocado un vaso delante de Benito Masson.

—Tiene razón el señor —dijo llenando el vaso—. No está bien eso de vivir en el mismo país mirándose con malos ojos... ¡Beban, dense las manos, y asunto concluido!

Pero Violette repetía tozudamente:

—¡No me importa nada de eso!... ¡No me importa nada de eso!...

Benito Masson rechazó el vaso, levantóse, se encaró con el guardabosque y le dijo con voz ronca:

—Si no le importa nada de eso, cuando la chica pase junto a usted, ¡tenga la lengua quieta, Violette!... Porque si ella se va a causa de sus habladurías, como quizá se han ido las otras, haré responsable a usted de lo que suceda... A mí la vida me sale por una friolera. Así es que me daré el gustazo de reventarle como a un perro...

Tras un breve saludo a la mesonera, se fue, atravesó el patio y entró en el bosque, que le acogió con su sombra.

—¿Ha oído a ese salvaje? —preguntó Violette cuando ya el otro se hallaba lejos.

—Me ha parecido muy exasperado ese hombre —dijo la señora Muche—. *¡Deseo por tu bien que se quede la séptima!*

18. NOTICIAS DE LA MARQUESA

«Le escribo, querida Cristina, porque sólo tengo esperanza en usted y Benito Masson. Esperanza que, por cierto, es bien débil...

»Ahora que estoy lejos de usted, ¿cómo le convenceré de mi real infortunio, si Cuando yo era herida a la vista de usted no lo creía?

»No le escribe, Cristina, una loca, ni una monomaniaca que se muere a causa de una idea fija, como usted lo ha creído durante mucho tiempo y como seguramente continúa creyéndolo. (A no ser por ello, no me hubieran ustedes dejado partir. Ni usted ni Masson, me hubieran abandonado a mi verdugo.) Le escribe la más desgraciada de las criaturas, aquella a quien cada día, cada noche, gota a gota, se le está robando la vida; le escribe la víctima de un monstruo que *ya ha devorado generaciones* y que busca su alimento en venas agotadas por sus sorbos insaciables...

»No sonría, Cristina, como ya le he visto —tan tristemente— sonreír en otras ocasiones... ¿Por qué no me cree, usted que me conoce?... ¿Por qué no acepta mi declaración de moribunda?...

»Cuándo por primera vez pronuncié ante usted la palabra vampiro, no evocaba más que un vago fantasma nacido de Mi imaginación enferma... Y..., sin embargo..., estaba entre nosotras, de carne y hueso...

»¡Ay Cristina!... Los vampiros han existido... Admito que Hayan desaparecido poco a poco de la superficie de la tierra, perseguidos y acorralados hasta el fondo de sus fúnebres guaridas. Pero ¿por qué no admite usted que cuando menos uno de ellos haya sobrevivido a esa raza maldita?...

»A veces, los marinos que vuelven de mares lejanos refieren que, de pronto, han visto surgir del seno de las aguas los repliegues formidables de uno de esos monstruos que, según testimonio de la historia natural, poblaban el mar en los primeros tiempos del mundo... La serpiente de la bahía de Along es quizá la última de esa temible especie, así como el ser que usted conoce es quizá el último vampiro vomitado por las tumbas...

»¡Oh, su tumba!... ¡Oh, su tumba vacía, de donde salió hace más de doscientos años para cebarse con la sangre de los humanos!... He querido verla y la he visto levantando la losa... Guiada por un hombre, por el más humilde de los hombres, a quien mi suerte ha inspirado alguna piedad y que, a escondidas, hace que estas cartas lleguen hasta usted, he bajado a la cripta mortuoria de la capilla de Coulteray, de la cual es guardián ese hombre.

»Allí están las tumbas de la familia... La de él es la primera de la segunda fila de la derecha... «Aquí yace Luis Juan María Crisóstomo, marqués de Coulteray, primer caballero de Su Majestad...» Y hay una placa, bajo la fecha, en la que se lee lo siguiente: «Los restos de Luis Juan María Crisóstomo fueron dispersados en 1793 por

la Revolución».

»¿Qué es eso de dispersados? Yo sé dónde están los restos de Luis Juan María Crisóstomo... Y también lo sabrá usted, Cristina, a pesar de que no me cree... *Se portan muy bien...*

»¡Qué visión la de la cripta!... Aquella tumba vacía me atrae... Hay algo que me dice que alguna noche me despertaré debajo de aquella piedra y que a mi vez me levantaré, *pálido fantasma en busca de su vida...*

»¡Evítame semejante destino. Señor!... Ya sabe usted el precio de ello, Cristina; ya sabe lo que hay que hacer con nuestros cadáveres para que no sean terribles luego de morir.

»¡Ojalá cese, al menos, mi tormento al cesar mi vida!... Sangor me ha prometido que cumplirá conmigo cuando yo me muera... Una vez muerta no tiene ningún motivo para engañarme... Además, ha de tener interés en ese gesto que me libraré para siempre de los horribles festines de la tierra... *He arreglado las cosas para que así fuera...* Va usted a creerme más loca que nunca, Cristina; pero supongo que pronto tendré ocasión de convencerla de lo que pasa aquí, de darle una prueba decisiva e irrefutable... Entonces, ¿verdad?, acudirán usted y Masson... Y si es tiempo aún, me salvarán...

»El marqués no me deja un momento... Nunca me ha querido tanto desde que soy poco más que un soplo... Ya ha terminado la relativa libertad de que gozaba en París... En cuanto a él, ha renunciado a engañarme sobre el carácter de su mortífero amor y ya no procura engañar a nadie ni hacerme creer que sólo soy una enferma... Ha pasado esa etapa... Estoy prisionera del esposo que me devora... Sus labios no me dejarán harta que exhale el último suspiro... Y está muy tranquilo para bebérseme sin remordimiento la clara sangre que el ingenio diabólico de Saib Khan todavía consigue hacer correr en mis venas...

»No me explico cómo todavía puedo andar... Ese médico indio sería capaz de resucitar a los muertos.

»He de contarle, Cristina, que quería aprovechar las fuerzas que por ignorado sortilegio me había devuelto para escapar durante el último viaje... Pero basta por hoy... Se acercan... Les oigo... Vuelven de paseo y *vienen a enterarse de mi salud...* Ya les abre la puerta Sing-Sing...»

Segunda carta. —«Ya sabe usted, querida Cristina, cómo me hicieron salir de París, tras la escena entrevista por usted y Benito Masson... Puedo asegurarle que no contaban con usted, que se creían solos en el palacio.

»La cara de él se puso terrible cuando ustedes acudieron a mis gritos, cuando entraron en la habitación donde yo era su presa, donde forcejeaba inútilmente contra sus mordiscos, mientras tenía inclinada sobre mí su cara invadida ya por la apasionada embriaguez de sangre, de mi sangre... Y entonces me dije: «Están

perdidos».

»Pero quien estaba perdida era yo. A ustedes se les dejó... Suprimirles podía resultar muy grave, muy complicado... Además, ¿qué habían visto ustedes? ¡Nada!... ¿Qué habían oído? Un grito de loca, nada más que de loca... ¿Y mis anteriores confidencias? Eran quimeras de un cerebro dolorido.

»No obstante, con lo visto de aquella escena había para turbar a los más escépticos. Así lo *comprendieron*...

»Y se me llevaron.

»Bien sabía yo que aquello era el fin... El horrible sentimiento de una muerte semejante, *seguida de algo ignorado y quizá más horrible*, me ha hecho acercarme por última vez hasta usted en el momento en que podían creerme incapaz de un movimiento... ¡Ay Cristina, me ha parecido que en aquella última entrevista ha vacilado el firme equilibrio de su espíritu sereno, demasiado sereno!... Por sus ojos he visto pasar no solamente la habitual compasión, que yo, desesperada, leía en ellos, sino algo que pudiera formularse así: «¿Y si la loca tuviera razón?» También a Benito Masson le he encontrado algo nuevo... Pues bien: acudan, acudan inmediatamente si no quieren encontrarme muerta...

»Le decía en mi última carta que había querido escaparme durante el viaje. Si: estaba dispuesta a exponerme a ingresar en el manicomio, cosa con la que tantas veces me han amenazado, antes que continuar esta agonía... Pero habían adivinado mis intenciones... Sangor y Sing-Sing adivinan todo cuanto voy a hacer... Y Saib Khan, que viajaba con nosotros, como usted puede suponer, adivina todos mis pensamientos... Puede estar tranquilo el marqués, que bien le guardan su presa.

»De todos modos, intenté la imposible aventura... En el auto no podía esperar nada... Aún estábamos en París cuando se transformó en una jaula de hierro; las puertas se cerraron sobre las cortinillas...

»Podía gritar; pero no grité porque esperaba la ocasión...

Y se presentó... Al amanecer tuvimos una avería... Había que desmontar parte del coche... Yo hice como que dormía, como que estaba casi muerta de agotamiento... Y me llevaron a una habitación situada al mismo nivel del patio donde reparaban el coche, y que comunicaba por detrás con el campo abierto...

»Vi que a unos centenares de metros empezaba el bosque. ¡Oh, si llegaba al bosque y huía tierra adentro por entre los árboles y las hojas!

»Desde el lecho en que me habían tendido veía bañado en débil claridad el pequeño espacio que tenía que recorrer...

Y mentalmente lo atravesaba con gran velocidad hasta llegar al bosque salvador.

»Pero ¿cómo llegar a la práctica?... Ante mi puerta estaba Sangor, y un poco más lejos paseaban el marqués y Saib Khan mientras unos mecánicos a quienes se había despertado se apresuraban a reparar el automóvil. En la ventana que daba al campo

estaba Sing-Sing.

»Ciertamente, yo sabía que éste era inquieto, travieso, nada amigo de permanecer en un sitio determinado. En nuestro palacio había que atarle a veces como a un perro guardián de los que requieren la cadena al cuello... Y en ese carácter movedido estaba mi esperanza... Ya le había visto que, ágil como un gato, subía a un árbol para hurtar no sé qué fruta verde... ¿Qué vio desde aquel árbol? No lo sé; pero saltó de rama en rama hasta el alféizar de una ventana abierta en el primer piso y desapareció en la casa.

»Me levanté en un segundo y abrí la ventana... Hacía mucho tiempo que no me había sentido tan fuerte... Sentíame tan ligera como una pluma... Mis piernas iban a llevarme como el viento... Y ya iba a lanzarme al campo, cuando súbitamente lancé un grito espantoso: *¡Había sentido el mordisco!...*»

Tercera carta.—«Le escribo, querida Cristina, cuando puedo y como puedo, generalmente de noche y a la luz de mi lamparilla... Al menor ruido escondo, la comenzada carta... Noto que es preciso que le escriba para convencerla. *¡Quiero que venga!* Enséñele mis cartas a Benito Masson. También cuento con él. Cuento con ustedes dos. Lo repito y no cesaré de repetirlo... *Y mis cartas, si ustedes llegan demasiado tarde vara salvarme, ¡quizá sirvan para salvar a otros!*... Pues no es posible que la verdad no se descubra algún día, no es posible que el monstruo que muerde a distancia continúe paseándose durante más siglos entre sus víctimas, *que pueden creer a veces que se han pinchado en un rosal y que a consecuencia de ello mueren...*

»Y ahora, querida Cristina, continúo el relato en el punto donde lo dejé la noche pasada... ¡Me sentí mordida por el monstruo, por ese monstruo que estaba escondido detrás de mí, no sé dónde!...

»¡Oh, qué sensación más horrible!... La conocía ya... Cuando menos lo espero, siempre cuando menos lo espero, noto que sus agudos dientes entran en mis venas y salen luego de haber depositado su veneno...

»¡Su veneno, sí!... Creo que los vampiros tienen, como las víboras, un diente hueco lleno de veneno, de cierto veneno que se difunde por todo el cuerpo con una rapidez y *con una dulzura imposible de resistir...* Inmediatamente se nota que las fuerzas huyen como por una puerta abierta, ¡que es el agujerillo de la mordedura!... El embotamiento que se deriva sorprende más que hace sufrir... y es tanto más terrible cuando, como sucede en mi caso, se conocen las consecuencias...

»¡Luego llegó el sátiro!...

»Porque los vampiros tienen la particularidad, que no tienen las víboras, de morder a distancia...

»Yo sabía que estaba allí...

»¡Y no me volví!... Intentaba, en un supremo esfuerzo, luchar contra la modorra

que me invadía...

»Así conseguí llegar hasta la cerca que rodeaba la casa...

»Entonces, vencida, me volví... ¡Y vi al marqués que reía en la ventana de mi habitación!...»

Cuarta carta.—«¿Recela algo? Drouine, el sacristán, el encargado de la cripta de que ya le he hablado, una buena persona en toda la acepción de la palabra, me ha dicho que desconfíe de todo... Si comprenden su afecto hacia mí, perderá su empleo, gracias al que vive; pero no es ello lo que le detiene, sino el temor de mí.

»¡Cómo se lo agradezco! Mientras tanto, tomamos mil precauciones, finjo un gran fervor (ya sabe usted que soy católica), y, con excusa de hacer limosna para la capilla, introduzco en el cepillo mis cartas... El mismo Sing-Sing, que me sigue como un duendecillo maligno, no oye más que el ruido de las monedas... Después, abre el cepillo y se apodera de las cartas...

»Luego de mi intentona metieronme en el automóvil como un bulto y ya no salí hasta el patio del castillo...

»¡Coulteray es un verdadero presidio!... Fosos, murallas de la Edad Media... La capilla está en el patio, así como lo que resta del torreón. Y me dejan pasear por dicho patio, que está medio convertido en jardín.

»La capilla tiene un osario, un pequeño cementerio que la rodea, y que está adornado de bastantes flores.

»En esta estación, todas estas piedras, que pertenecen al pasado y a la muerte, no tienen nada especialmente lúgubre bajo las galas primaverales que las adornan. La verdura triunfa dondequiera, cubre los muros, disimula las llagas. La vida, que huye de mí, desborda en todas partes.

»Desde la ventana, situada en el primer piso, veo por una brecha un paisaje encantador, que se refleja en las tranquilas aguas del riachuelo, que a lo lejos desemboca en el Loire. ¡Y yo me muero!

»¡He venido aquí para morir! Me parece que no se irán de aquí hasta que yo haya muerto.

»Sólo me han traído para aspirar en paz mi último suspiro.

»Nunca ha estado el marqués tan suave, tan amable, tan minuciosamente solícito. ¡Se ha convertido en mi camarero! Quiere ser el único en servirme. ¡Jamás me ha dicho cosas tan bonitas! Jura y perjura que nunca ha querido a otra. ¡Oh, cómo me quiere, cómo me quiere! Y me ofrece su brazo para *percatarse de mi debilidad*. ¡Su amor se ha apoderado de mí!...

»¡Es el gran vampiro!... El mundo está lleno de pequeños vampiros. En él casi no hay sino parejas que se devoran. ¡Es preciso que unos se coman a otros! A veces es el varón, a veces es la hembra... ¡El egoísmo más fuerte reduce poco a poco a cero al ser que vive a su sombra!... Para eso no es necesario abrir venas y chupar sangre...

Así ocurre en casi todos los matrimonios. Claro está que lo del nuestro es otra cosa...

»¡Se trata del gran vampiro que salió de su tumba hace más de doscientos años, y cuyas víctimas son incontables!... Nunca me cansaré de repetirle que no he inventado nada... Lo que digo es verdad. Y Drouine no lo ignoraba. Drouine *cree*, como, por lo demás, mucha gente del pueblo, que huye cuando pasa el gran vampiro...

»Nos hemos confesado ante la tumba vacía y se lo he dicho todo...

»Pero *antes de mi muerte* no puede hacer nada por mí. En cambio, ustedes pueden salvarme *antes de que yo muera*...

»¡Les espero!...»

Quinta carta.—«Esta noche me ha acompañado hasta mi puerta como un amante sumiso y se ha retirado muy triste...

Entonces he cerrado la puerta vivamente, he corrido el cerrojo y he cerrado igualmente la ventana... Porque mientras la ventana esté abierta puede mordirme a distancia...

»Ahora estoy más sosegada y creo que voy a pasar tranquilamente la noche... ¡Qué paz hay en la tierra!... Una luna clarísima aparece por la derecha de la muralla... Me envuelve un paisaje de plata. Me siento tan ligera como un ángel. Tengo alas. Si abriese la ventana, creo que podría balancearme sobre las aguas cabrilleantes del Loire.

»En ellas miraré por última vez mi imagen terrena y remontaré hacia las estrellas, libre para siempre de los lazos de sangre que me unen a esta tierra maldita.

»Pero ¡no, no abriré la ventana, porque es muy peligroso!...

»La herida pudiera entrar por la ventana.

»¡Qué horror! ¡Ya estoy herida!

»¡Ya estoy herida, sí!

»Pero ¿por dónde ha entrado la herida? ¡Quién sabe!

»¡Tenme lástima, Dios mío!»

Sexta carta. —«¿Se fija usted?... ¡Todo, todo estaba cerrado!... *Ahora me muerde a través de las paredes*... ¿Y no acudirán ustedes?»

Séptima carta.—«Voy a demostrarle que no estoy loca... Ningún libro del mundo ha dicho jamás que un vampiro pudiese morder a través de las paredes... Y, sin embargo, ¡yo he sido mordida!... Buscando, rebuscando incansablemente, he acabado por descubrir en la pared, frente a mi reclinatorio, un agujerillo de un centímetro... *Y por ese agujerillo ¡me ha mordido el monstruo mientras yo rezaba!*»

Octava carta.—«Quiero, deseo saber cómo muerde a distancia... Y lo sabré si me deja tiempo para ello... ¡No estoy loca, no!»

Novena carta.—«Me horroriza su boca ensangrentada cuando abandona mi vena inagotable y él levanta su frente de diablo indio para decirme que me ama».

Décima carta. —«Así amaban los diablos indios, los *assuras*, domados por Saib Khan, los primeros vampiros conocidos en el mundo... No lejos de Benarés, en una isla del Ganges, hay un cementerio lleno de sus víctimas sagradas... El gran vampiro europeo debió de visitar a sus antepasados y conocería allí a Saib Khan, que es un médico muy moderno (hasta el Punto de que la colonia inglesa le adoraba, literalmente), lo cual no le impide estar en comunicación directa con los *assuras*. Ello era en la India un hecho que nadie ponía en duda y que, por lo demás, contribuía a su reputación. ¡A mí me daba risa!

»Personalmente le trataba de charlatán... Y es que entonces yo no creía en vampiros... ¡Desgraciada de mí!... Luego he tenido ocasión de enterarme y quiero enterar a los que todavía dudan...

»Creo que se acerca la demostración.

»Tengo, créame, tanta lucidez como un Sherlock Holmes... Y se necesita para una investigación semejante...

»¡Quiero saber cómo muerde a distancia!»

Undécima carta.—«Ayer casi llegué a la demostración..., a la demostración de que no estoy loca...»

Duodécima y última carta.—«Tengo ya la demostración... *Se la mando...* ¡Y vengan, vengan, porque va a matarme si no me muero pronto!»

Junto con esta carta, que llegó por correo, recibió Cristina un paquete certificado, cuyos lacres hizo saltar con una angustia y una inquietud que no intentaba reprimir...

19. LA DEMOSTRACION

La señora Langlois, la asistenta a quien los Norbert, *por política*, habían vuelto a tomar a su servicio, contó y hasta *declaró* después lo siguiente:

»Alrededor de las diez de la mañana, el cartero de certificados trajo la cajita para la señorita Cristina, que firmó el correspondiente recibo...

»La señorita Cristina estaba sola en la tienda. Por cierto que hacía dos días solamente venía a ella. Permanecía allí para entenderse con los clientes que por casualidad se presentaban, pues eran muy escasos...

»Parecía muy agitada y atormentada, aunque conmigo quisiera disimular; pero a mí no se me engaña tan fácilmente.

»Sus ínfulas habían desaparecido. Yo comprendía que «algo no marchaba bien». Y no era difícil adivinar que se trataba de su *primo Gabriel*. Porque entonces en aquella casa todos eran parientes: el primo Jaime..., el primo Gabriel...

»Y ya no me ocultaban que el primo Gabriel vivía en la casa, que estaba muy enfermo, que se había tenido que hacerle una operación muy urgente, y que todavía se ignoraba cómo acabaría todo aquello, a pesar de la ciencia y de la práctica del otro primo, que pasaba junto a él los días y las noches.

»Es más: acerca del primo Gabriel me dieron muchos detalles: que era hijo de una hermana mayor del viejo Norbert, que había sido desahuciado por todos los médicos, que se intentaba lo imposible para salvarle...

»A mí, en el fondo, me importaba un bledo que el primo Gabriel estuviera o no en la casa, porque no me aumentaba el trabajo, detalle importante para mí... El enfermo estaba encerrado en la planta baja del edificio del fondo del jardín, en el cual yo no penetraba nunca... Apenas si de vez en cuando le abrían las persianas para ventilarlo un poco. Cierto día vi bajo una sábana el cuerpo de un hombre acojotado y con una cara que no tenía precisamente la expresión muy alegre... Me miraba fijamente, como si yo le debiera algo... Me pareció que no tenía cuerda para mucho tiempo.

»¡No cabía duda de que aquel hombre estaba enfermo!... Pero ¿cómo había llegado a semejante situación?... Yo le vi buen mozo y sano *cuando no me hablaban de él, cuando lo ocultaban a todo el mundo*.

»Desde luego me figuré que se trataba de algún drama... Pero cada uno tiene sus miserias y el pobre necesitaba vivir... Así es que me dije: ¡Chitón, que pueden echarte a la calle!... Y continué trabajando como si nada sucediera.

»Cuando Cristina me contaba algo, la escuchaba sin darle importancia, lo cual no me impedía pensar que ella no tenía la conciencia tranquila.

»Pero volvamos a la cajita... Decía que la señorita estaba sola en la tienda cuando la abrió... Yo, desde el comedor, por la puerta entreabierta, veía lo que pasaba en la tienda; pero no el interior de la cajita... Cristina, en cambio, tenía los ojos fijos allí

dentro.

»¿Qué miraba?... Se acercó a la ventana y extrajo un objeto completamente envuelto en una red de plata y *que tenía casi la forma de una pistola*.

»Cristina parecía no comprender nada. Volvió a dejar el objeto en la caja y, tras un momento de vacilación, abrió la puerta del jardín y se dirigió hacia el edificio del fondo, de donde casi nunca salían el viejo Norbet y Cotentin.

»Llamó en la puerta del laboratorio.

»Y apareció el viejo Norbert.

»Tenía los cabellos revueltos, como yo no se los había visto nunca, y los ojos saltones.

»—¿Qué quieres? —masculló—. Ya sabes que sobras aquí. Eres demasiado nerviosa. Déjanos tranquilos.

»Parecía muy furioso.

»—Oye, papá —le dijo Cristina—. He recibido otra carta de esa desgraciada.

»—Déjanos estar de locas.

»Pero Cristina insistió:

»—También he recibido un objeto certificado que me gustaría enseñar a Jaime.

»—¿Pero crees que voy a interrumpir a Jaime?

»—Dile que me ha enviado la demostración...

»Pero el padre, impaciente, se encogió de hombros y le dio con la puerta en las narices.

»Yo no comprendía nada de cuanto pasaba, pero deducía que no eran cosas de broma.

»La señorita siempre mirando la caja, »e dejó caer en una silla del jardín.

»Antes de cinco minutos se le unió su primo Jaime.

»—¿Qué te pasa, Cristina? —le preguntó inmediatamente.

»—Mira lo que acaba de enviarme —le contestó entregándole la caja.

»La miraron de espaldas a mí, de manera que yo no veía nada... Probablemente, él cogió el objeto... Y contemplándolo repetía:

»—¡Es curioso, muy curioso!

»—Pero ¿qué es? —preguntó Cristina.

»—Es un trocar...

»Tengo la seguridad de que dijo trocar, y hasta que añadió:

»—Sí, es una especie de trocar.

»—Pero ¿qué es un trocar?

»El otro no contestó de momento. Examinó el objeto, pareció reflexionar y de pronto exclamó:

»—¡Oh, qué desgraciada, qué desdichada!... ¡No está loca, no!... ¡Tenía razón!...

»Y aún agregó:

»—¡Qué bandido!

»Cristina se levantó muy pálida y dijo:

»—¡Explícate, por favor!... ¿Qué es un trocar?

»—Un trocar —explicó el otro— es una aguja hueca, y la pistola de trocar es un instrumento de cirugía que se parece efectivamente a una pistola, pues hace sus funciones, y que nos sirve para enviar a través de las carnes del abdomen una aguja hueca cuando queremos saber...

»—¡Oh, comprendo, comprendo! —exclamó Cristina.

»—Perfectamente —prosiguió su primo—. Este instrumento se basa en el mismo principio... Dispara esta aguja hueca, previamente llena de líquido nocivo...

»—Sí —dijo nocivo—; todavía lo recuerdo...

»—Comprendo, comprendo —repetía Cristina, que parecía aterrada.

»Y el otro continuaba explicando:

»—Envía la aguja a distancia, a gran distancia... ¿Ves este resorte?... Este otro resorte que acompaña a la aguja hueca y que se suelta en cuanto tropieza y suelta su veneno...

»—Comprendo, comprendo.

»—Este último resorte devuelve la aguja al arma que la ha proyectado.

»—¡Sí, sí!

»—¿Ves cómo la aguja está sujeta por este hilo de metal?... ¿Te haces cargo?

»¡Claro!... No era difícil... Yo misma, sin haber visto el instrumento, comprendía cómo era... Y es que Jaime, la verdad sea dicha, se explica muy bien... Cristina, agarrándose la pálida cabeza entre las manos, exclamaba:

»—¡Hay que salvarla, hay que salvarla!

»—Desde luego —dijo Cotentin con calma—. Pero yo no me puedo ausentar ahora... Ni puedo dejar a Gabriel, aunque todo marcha bien, ni puedo dejar el trabajo mientras está tan caliente.

»—Entonces...

»—Es cuestión de cinco o seis días.

»—Pero ¡no tenemos derecho a esperar seis días!

»—Lo mismo creo. Así es que, sin perder un minuto, ve a buscar a Benito Masson a su casa de campo y tráelo aquí. Hablaremos y decidiremos.

»Seguidamente se levantó, devolviendo la caja.

»Yo me marché, pues mi trabajo había terminado... Había oído muchas cosas, aunque sin entenderlas... *Sólo empecé a entender algo cuando conocí lo que le ocurrió a la séptima...*»

20. LO QUE LE OCURRIÓ A LA SÉPTIMA

Cristina no pudo tomar el tren para Corbillères hasta las dos de la tarde. Por cierto que era un tren bastante malo. Había confundido el rápido con el expreso. Y el rápido «no hacía caso» de Corbillères. No pudo bajar hasta Laroche para esperar un tren mixto que se dirigía a París.

Cuando bajó en Corbillères eran las siete de la tarde. Contaba permanecer allí tres horas y llevarse a Benito Masson en el rápido de las diez. A las once estaría en París. Y aqueja misma noche decidirían con Jaime el camino a seguir. A la mañana siguiente, ella, ya que Jaime no podía de momento dejar a Gabriel, se marcharía con Benito Masson hacia Coulteray.

Estaba dispuesta a salvar a la desdichada que tantas veces se había dirigido a ella sin hacerse oír. Se acusaba de ceguera. No comprendía cómo había podido sufrir durante tanto tiempo la influencia nefasta del marqués, hasta el extremo de que había estado a punto de ser su víctima. Porque —¡todo hay que decirlo!— también ella había sido «apuntada» y hasta tocada... ¡También ella había sido *mordida* desde lejos por el monstruo!... No había soñado, no, cuando le vio inclinado sobre ella y, con sus labios glotones, chupándole la sangre *por el pinchazo del rosal*... ¡Fue un beso tan asqueroso, que ella, cuando despertó, no quiso creer en que era efectivo!... Fue un crimen de otros tiempos, que ella había querido relegar al reino de la pesadilla...

Bien; pero había *cloruro de cal*, que detiene la sangre, y *citrate de sosa*, que la hace correr, y había *trocates* que muerden a distancia, que envenenan a distancia, que aniquilan a distancia... ¡No en balde pasa el tiempo! Y la ciencia sustituye al vampirismo. Aquel vampirismo ya no es más que un sueño...

No era ya aquella cosa fúnebre, fantasmal y legendaria que los espíritus modernos trataban con desdén incrédulo. Era la más antigua y la más monstruosa de las pasiones —la de la sangre humana—, servida por la química y la mecánica...

Y recordaba la frase de Jaime Cotentin, quien se expresaba siempre con una circunspección y una prudencia que la habían hecho sonreír más de una vez: «La mentira reside menos en las cosas que nos cuentan y que no comprendemos que *en nuestros conocimientos*. Las tinieblas nos envuelven tan implacablemente que aun a tientas tropezamos a cada paso...»

¡Corbillères-les-Eaux!... Cuando salió de la pequeña estación y se encontró en la plaza desierta, entre los cuatro plátanos desde donde se descubría toda la llanura pantanosa, por la que corrían nubarrones negros empujados por el viento Oeste, últimos harapos de la tempestad que durante toda la tarde había mezclado las aguas del cielo a las aguas de la tierra, Cristina comprendió, o creyó comprender, la razón de que Benito Masson, cada vez que le hablaba de Corbillères-les-Eaux, le dijera: «¡No venga, no venga!»

Nunca había visto nada tan triste...

¡Y allí vivía él!

En aquella mortal soledad había ido a refugiarse tras la escena brutal y casi trágica que los había separado.

No le guardaba rencor...

No tenía inconveniente en reconocer, por el contrario, que toda la culpa era de ella. ¿Por qué aquella noche fatal se había mostrado tan cariñosa con Benito? Y no es que tuviese que reprocharse ninguna coquetería. Se había dejado resbalar con naturalidad a confidencias que no hubiera hecho a nadie, porque sentía una atracción casi irresistible por aquel hombre, por su carácter tan particularmente salvaje, por su talento tan ardiente, que ella no vacilaba en calificar de genio, por toda su persona moral...

Ahora bien; no había podido evitar un movimiento de asco ante la proximidad de su físico.

¡No había tenido fuerzas para soportar aquel beso del hombre feo!

Y debiera haber previsto aquello para no poner, con su actitud imprudente, a Benito Masson en el caso de pedírselo con cierto derecho...

Quería olvidar la escena consiguiente de rabia y de imprecaciones... ¡Había sido insultada y hasta golpeada, arrojada lejos como un objeto odiado que se quiere reducir a añicos!... En cuanto a él, había ido a refugiarse allí...

Pero, concretamente, ¿dónde?

¿Quién la llevaría hasta allí?

Era de noche. Y, francamente, en aquella ocasión no se sentía muy animosa ante la oscuridad.

Aquella tierra la impresionaba y le ponía en los hombros como un sudario húmedo y helado.

Pensó volver a París en el primer tren. Ya retornaría a aquella tierra al día siguiente, a plena luz, con Jaime...

Pero he aquí que la triste, angustiada y desesperada cara de la marquesa se le apareció en la agonía del día y le mostró su propia agonía, desde el fondo del castillo de Coulteray. ¿Iba a llamarla en vano, una vez más, la pobre mujer? ¿Llegaría Cristina demasiado tarde? Y recordó la última frase de la postrera carta, según la cual debían acudir pronto, porque *su marido la mataría si no moría bastante pronto*.

Un muchacho que salía de la única posada del lugar examinaba sorprendido a la bella dama que no sabía adonde dirigirse. Y Cristina le preguntó:

—¿Sabes dónde vive Benito Masson?

—¿El *Piel Roja*? —repuso—. ¡Claro está que lo sé!... Yo le llevaba las provisiones hasta hace ocho días, *hasta que vino Anie*...

—¿Quién es Anie?

—La última... Él dice que es sobrina... Y ella le hace la compra... Hace dos días que no la ha visto nadie... Habrá huido como las demás...

—¿Quieres llevarme a casa de Benito Masson?

Y le mostró una moneda bastante apetecible. El muchacho cogió la propina y dijo sencillamente:

—Sígame. Soy Felipe...

Antes de seguir adelante conviene, para mejor entender la continuación, echar una ojeada sobre lo que ocurrió o *lo que pudo ocurrir* en Corbillères tras la escena de El Arbol Verde entre Violette y Benito Masson... Recordemos que éste había amenazado con hacer al guardabosque responsable de la desaparición de la sobrina *si ésta se escapaba como las demás*... La señora Muche, en vista de ello, había aconsejado prudencia a Violette, que, sin embargo, no era hombre para dejarse intimidar.

Así que no cambió su táctica de rondar en torno al pabellón del encuadernador y de acechar a Anie cuando salía a hacer compras.

Entonces se aventuraba a asomar su cabeza entre los juncos; pero ella seguía su camino apresurando el paso, evitando toda conversación, obedeciendo seguramente a la consigna que Benito Masson le imponía... Sin embargo, al cabo de dos días, cuando Violette estaba delante de su choza limpiando sus artefactos, vio aparecer a la muchacha, que denotaba mucho pasmo...

—¿No ha visto usted por casualidad las llaves? —preguntó.

—¿Las llaves de quién? —preguntó el otro frunciendo el ceño.

—Las llaves de él... Las ha perdido y las está buscando... Da miedo verle. Nunca le he visto igual... Y es que nunca se conoce a la gente. Por un simple llavero parecía que me fuese a comer... Pero yo no he visto sus llaves, no las he visto... Ahora las está buscando fuera de casa... Le he dejado huroneando en la sauceda, con la nariz a ras del suelo...

A Violette le interesaba lo que decía Anie. Encendió la pipa, soltó la carcajada y dijo:

—Para lo que se puede robar en su casa, poco importaría que tuviera las puertas abiertas... ¿Para qué van a servir sus llaves?... A lo mejor se figura que tiene un tesoro.

—Le advierto que lo cierra todo, y que yo no tengo derecho a bajar a la bodega... Tiene manías incomprensibles... Y, sin embargo, no es mala persona.

—¿No me decías hace un momento que ha estado a punto de comerte?

—Es de veras... Cuando no le salen las cosas como quiere, se pone furioso...

—¿Y cómo quiere que le salgan las cosas? ¿Por qué no me lo dices, ya que pareces estar enterada?

Pero Anie no comprendió, o hizo como que no comprendía las insinuaciones de

su interlocutor... Hay muchachas con las que no sabe uno a qué carta quedarse...

El caso es que contestó:

—De momento, lo que quiere que le salga bien es el asunto de las llaves.

Entonces se oyó a lo lejos la voz de Benito, que gritaba:

—¡Anie! ¡Anie!

—Me voy corriendo. Si supiera que he hablado con usted me diría cosas muy gruesas.

Al día siguiente, Violette tuvo ocasión de volver a hablar con Anie, o mejor dicho, fue ella la que le dirigió la palabra, exclamando:

—¡Ya ha encontrado las llaves!

—¿Dónde estaban?

—No lo sé. No me lo ha dicho... Solamente me ha dicho que las había encontrado. Y me miraba de un modo que jamás lo olvidaré... ¿Qué le habré hecho? ... No se porta conmigo como se portaba los primeros días.

—Es lo de siempre —dijo sarcástico Violette—. Cantarito nuevo hace el agua fresca.

—Diga usted, ¿cómo se marcharon las otras?

—¡Oh, no se sabe, pequeña!

—¿Acaso no las vieron pasar cuando se marchaban?... Yo he venido con un baúl. Supongo que las otras también... Así es que si quisiera irme tendría que utilizar un carrito.

—¿Quieres irte, Anie?

—Sí... Pero no me atrevo a decírselo... Tengo miedo... Sabe que he vuelto a hablar con usted... Me ha armado un escándalo... ¡Cuidado! Ya sale de casa.

La muchacha, como una culebra, se ocultó detrás de un seto.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, estaba Violette a la entrada del pueblo, tras un viejo paredón, esperando a la pequeña. Sabía que tenía que ir de compras. Al pasar la chica asomó la cara barbuda. Anie se le reunió presurosa:

—¡Cuánto me alegro de encontrarle!... ¡No quiero estar más allí!

—Pues vete en seguida.

—Es que no quiero irme sin mi baúl.

—Yo iré a buscarlo.

—No haga eso, porque ocurriría una desgracia... ¡Qué indignado está con usted! ... Lo que puede usted hacer es enviarme a Bicot, el muchacho del mesón, con un carrito, alrededor de las tres de la tarde. El *Piel Roja*, como le llaman en Corbillères, sale todos los días después de comer para pasear y dormir la siesta no sé dónde... Y no vuelve hasta las cuatro... Así es que Bicot llevará el baúl y yo le seguiré... Pero usted no aparezca, porque tal vez lo lamentáramos. No es usted el más indicado para arreglar la cuestión...

La noche de aquel día, Violette, en *El Árbol Verde*, contaba a la señora Muche la última conversación que había tenido con Anie:

—Cumpliendo lo que la chica quería, he avisado a Bicot. Yo, por mi parte, estaba a las tres oculto ya en la saucedá. Bicot ha llegado con su carrito y ha silbado. Entonces se ha abierto la ventana de la habitación; pero ha sido el tal Benito quien ha asomado la jeta.

»—¿Qué quieres? —ha preguntado ásperamente a Bicot.

»—Vengo a buscar el baúl de Anie —ha contestado el chico, que no estaba en el ajo.

»—Anie ha cambiado de parecer y se queda —ha replicado Benito cerrando la ventana.

»Y Bicot ha vuelto al pueblo con su carrito.

»Yo he sentido tentaciones de aparecer; pero he pensado que me exponía a estropearlo todo, que era preferible hablar antes con la interesada. Pero la muchacha no ha salido. Ni Benito tampoco. ¿Qué opina usted, señora Muche?

—Te repito lo que te dije el otro día: ¡He visto la cara de ese hombre una vez y la recordaré toda la vida! ¿Te acuerdas de cuando llegó al patio con un garrote y se puso como un salvaje, como un verdadero piel roja?... Así sea que te deseo que esa chica no desaparezca como las demás...

—Pero ¡si es él quien las hace desaparecer!...

—Razón de más...

—¡Hasta mañana, señora Muche! Ya vendré a contarle lo que ocurra. Procuraré reír a la pequeña cuando vaya a hacer la compra a Corbillères.

Pero la señora Muche no volvió a ver a Violette al día siguiente ni en los días siguientes ¡Ni le vería jamás!

Y como dijo el muchacho que guiaba a Cristina por los inseguros senderos de Corbillères cuando la señorita Norbert llegó al pueblo, hacía dos días que nadie veía a Anie.

Y ahora continuemos nuestro camino hacia la casa de Benito Masson, que al caer de la tarde mezclaba su triste sombra a los fúnebres reflejos del estanque de las aguas de plomo.

El viento soplaba caía vez más fuerte, húmedo y helado, alborotando a los sauces pálidos y retorcidos, trémulos fantasmas sobre los juncos encorvados que dejaban oír su quejumbre cantante, ululante, tan pronto silbante, cual si hubiera pasado por mil y mil sopletes, como dulce cual el último aliento de la tierra y dí las aguas, sin perjuicio de que después desencadenara de nuevo su furor.

Hacía un cuarto de lora que caminaban. El joven Felipe se desenvolvía en el fango como en su elemento. Cristina procuraba evitar los charcos, llevaba las faldas chasqueantes como una bandera, y sujetaba con ambas manos su velo de viaje,

luchando con el viento, que parecía haberse propuesto arrancárselo. De pronto y por fin, se detuvieron.

Sobre la triste mansión de Benito acababa de elevarse un remolino de fuego. Llamas y humareda escapaban con un estertor siniestro. Y aquella combustión, animada por el viento que soplaba bruscamente de uno y otro lado, parecía a punto de tragarse toda la casa.

—Se le habrá encendido el hollín de la chimenea y no se habrá dado cuenta — exclamó el muchacho.

Entonces echaron a correr y pronto se encontraron en un puentecillo de madera que levantaba su comba entre juncos, y al que se agarraron un instante para que no se les llevara la borrasca.

El estanque tenía olas hinchadas por las corrientes que atravesaban los pantanos de alrededor, y que hervían allí como en una cubeta... Y sobre las negras aguas de la cubeta hubo de pronto como una ráfaga de sangre, reflejo de la llama que rugía en lo alto... Y aquel reflejo permitió ver un cadáver...

Desde el fondo de la oscuridad, llevado por las aguas tumultuosas, llegó hasta delante de Cristina y del niño que la acompañaba, como si aún pudieran hacer algo por él...

Y ambos, mudos de horror, vieron cómo se deslizaba por debajo del puente, con los brazos tendidos, la faz descompuesta y la boca abierta en la más horrible mueca, como si de ella saliera un postrer llamamiento.

—¡Es Violette! —pudo, al cabo de unos momentos, exclamar el muchacho.

Y echó a correr en dirección contraria a la llevada hasta entonces, dejando allí a Cristina y volviendo a Corbillères con toda la agilidad de sus piernas, multiplicada aún por el terror... En cuanto a la señorita Norbert, al verse abandonada, no vaciló en correr como a un refugio a la casa de Benito Masson, donde además tenía que advertirle del iniciado fuego, que, por cierto, no cesaba, sino todo lo contrario...

Por fortuna, el viento, al cambiarse en Sudoeste, llevaba el penacho incendiario lejos del techo, hacia la pequeña saucedá cuyos árboles acurrucados surgían a veces de la trágica oscuridad con los brazos retorcidos, torturados y suplicantes.

Fácil es darse cuenta del estado de espíritu en que Cristina llegó a la puerta del pabellón. El siniestro aspecto de la tierra que acababa de atravesar, la visión del cadáver que las aguas alborotadas habían pasado bajo sus pies como diabólica ofrenda de aquellos lugares siniestros, las llamas que escapaban del techo, el niño que huía aullando de terror, todo contribuía a que se apoyara espantada en el quicio donde no tenía más esperanza que Benito Masson.

Su mano apenas tuvo fuerza para llamar; pero de sus labios salió un agudo grito:

—¡Masson!

Y tras la puerta respondió otro grito terrible.

¿Un grito? Mejor era un aullido, una monstruosa blasfemia, un clamor horrible, una imprecación delirante que hirió a Cristina en el corazón.

Y la puerta no se abría...

Junto a la puerta agonizaba de horror Cristina, más asustada por aquel grito que por cuanto había visto y oído desde que pusiera los pies en aquella tierra maldita...

Su boca gemía:

—¡Masson!... ¡Masson!...

Pero era como si pidiese compasión al verdugo...

No obstante, la puerta se abrió. Y tuvo la visión fulgurante de un monstruo que se llevaba a una joven al fondo de su infierno.

Luego la puerta volvió a cerrarse, mientras en lo alto el penacho fogoso se erguía con un furor nuevo, arremolinante y devorador, sembrando en los arrodillados árboles de la sauceda sus cenizas y sus fúnebres escorias, envolviéndolos con un olor de muerte...

Mientras tanto, Felipe había llegado al pueblo y había propagado la alarma. Felipe, que era hijo del guarnicionero, no corrió inmediatamente a casa de su padre.

Instintivamente marchó al mesón, donde tenía la seguridad de que a aquella hora, por ser la del aperitivo, encontraría a todos cuantos podían considerarse como fuerza defensiva del país: al guarda rural, al pregonero, a dos o tres muchachos que cazaban furtivamente lo que podían y que siempre tenían la pólvora seca; todos los cuales se entendían a las mil maravillas y aceptaban desde hacía tiempo la tutela dominadora de Violette, buen cacique del territorio que el Señor le había deparado por cuanto dejaba medios de vida para los demás con tal de que no le regateasen la admiración ni la autoridad. Además, todos se hallaban unidos en el mismo odio al intruso, al salvaje, al *Piel Roja*, que parecía no haber ido allí más que a molestarlos, a estorbarles en sus costumbres y a despreciarles, puesto que no gustaba de la caza ni de la pesca de que ellos vivían.

Cuando el muchacho, en lenguaje entrecortado por el espanto, les comunicó que había visto el cadáver de Violette bajo el puentecillo y cerca del estanque, se levantaron todos exclamando:

—¡Es el Piel Roja!

No era la primera vez... Ya hacía tiempo que en el país se le consideraba como un asesino. Por otra parte, desde *El Árbol Verde* Corbilleres nadie ignoraba la animosidad que existía entre ambos hombres. Ello aparte de que en los últimos tiempos no había sido Violette el único en preguntarse el paradero de la pequeña Anie...

Cinco minutos después, había unos veinte habitantes del pueblo a punto de emprender una campaña contra el *Piel Roja*. Iban armados de fusiles, de palos, de bastones...

El pregonero fue en busca de su tambor, y costó Dios y ayuda convencerle de que no redoblara. De todos modos, se puso delante de la expedición, con un palillo en cada mano y dispuesto a sonar una carga heroica en el caso de que el pequeño ejército desfalleciera en el momento del asalto.

Felipe correteaba a su lado...

Luego de recomendarse silencio, llegaron en fila india, a causa de la estrechez del sendero, al puentecillo donde Violette les esperaba, con la cara medio consumida por la muerte, por la humedad y por los peces y con la boca abierta como gritando venganza.

Una sorda exclamación corrió a lo largo de la fila india.

Dos de los expedicionarios se metieron en el agua, iluminada solamente por el siniestro fanal que ardía más fuerte que nunca en lo alto de la mansión del intruso. Y sacaron el cadáver a tierra.

—Lo menos hace veinticuatro horas que bebe sin tener sed.

Hubo un corto conciliábulo. Les daba miedo el violento fuego que salía rugiendo de la casa maldita.

—¿Querrá quemarse?... ¿Querrá quemar su guarida antes de marcharse?...

Por fin decidieron rodear la casa y entrar simultáneamente en ella a una señal convenida.

—Yo daré la señal —bisbiseó el pregonero.

Y de repente oyéronse redoble de tambores y gritos salvajes.

La puerta fue hundida sin resistencia.

Los primeros se detuvieron en el umbral como horripilados.

Sin preocuparse de ellos, Benito Masson, arrodillado, rociaba con agua el rostro marmóreo de Cristina desmayada. Cerca, en un cesto, había un montón informe de despojos humanos, esperando turno para unirse en el hornillo, del que escapaba un espantoso olor de grasa quemada, a los demás restos de Anie, que se consumían en una llama animada por el petróleo.

Benito Masson cuidaba tranquilamente a una de las mujeres mientras quemaba a la otra...

21. «¡SOY INOCENTE!»

Casi le mataron. Mientras se movió, los expedicionarios de Corbillères no dejaron de asestarle palos. Y el guarnicionero, o sea el padre de Felipe, propuso hacerle cachos como Benito Masson había hecho con Anie, y arrojarlos al hornillo.

Quizá se hubiera llevado a cabo esta iniciativa de no haber llegado los gendarmes. La cólera de los campesinos era muy grande, y, en fin de cuentas, comprensible.

—¡No le salven e la guillotina! —dijo el brigadier—. Déjenle que respire hasta entonces.

Entonces dejaron a Benito para ocuparse de Cristina, que aún no abría los ojos.

—¡Ésta sí que ha escapado de buena! —exclamó el pregonero.

Y todos compararon su opinión.

Cristina no dio señales de vida hasta que la sacaron fuera, bajo la acción del iré libre y de la humedad. Fueron a buscar una carreta, e: la cual acondicionaron a los dos.

Una vez en Corbilleres, a Cristina, que tenía fiebre muy alta y deliraba, la tejaron en una habitación de la posada. En cuanto a Benito tendido en un jergón en la cuadra y a quien los gendarmes velaban, no tanto para que no le rematasen como para que no escapara, lanzó un profundo suspiro hacia las dos de le madrugada, sentóse sobre el jergón, se pasó la mano por la frente molida a golpes, pareció que a la luz de la linterna colada de la pared buscaba alguien a quien no vio, acabó descubriendo en el umbral, sentados en sacos, a los dos gendarmes que le miraban, y dijo claramente y sin emoción:

—¡Soy inocente!

Los representantes de la autoridad no le contradijeron. Entonces Masson pidió agua.

—Creo —dijo— que me bebería un tonel.

Un gendarme le llevó agua en un cubo, que servía para los caballos. Bebió largamente allí, se desnudó la espalda y se lavó las heridas.

—La gente de Corbillères —dijo— tiene la mano dura.

Y se echó a reír.

Los gendarmes se estremecieron, según declaraciones posteriores; nunca habían oído una risa semejante. Por no oírla, sintieron ganas de disparar el revólver contra el monstruo...

Luego cambió de tono.

—Supongo —dijo— que habrán cuidado de mi bella visitante... Es una hija de familia que no está acostumbrada al ambiente de los pantanos... Tendrá mucho frío... *En cambio la otra tenía demasiado calor.*

Los gendarmes se le acercaron y le esposaron. Estuvieron a punto de

amordazarle. Masson dejaba hacer sin resistencia alguna, a pesar de que parecía haber recobrado todas las fuerzas. Se limitaba a mover la cabeza como en signo de aprobación.

—Tomen las precauciones necesarias —decía—, porque nunca están de más... *Comprendo que no les resulte simpático...*

La carreta había hecho un segundo viaje para cargar con el cuerpo de Violette. El brigadier había dicho que lo dejaran en la senda, adonde había sido sacado y donde lo encontraría la justicia. Pero la gente de Corbillères no quería que pasara la noche bajo la lluvia, y lo había llevado a la casa de Masson, envuelto en una lona. De vez en cuando salían del cuarto donde estaban reunidos, iban a verle y juraban vengarle...

Ya se había avisado a la subprefectura. Por lo tanto, se esperaba a las autoridades y a la policía. Todos estaban de acuerdo en que el asunto daría que hablar mucho tiempo en las cinco partes del mundo.

¡Qué gran proceso!... Pero, al fin y al cabo, no se sabía cuántos asesinatos había cometido el *Piel Roja*... Se le conocían siete víctimas, siete pobres mujeres a quienes había cortado en pedazos y arrojado al hornillo... Pero seguramente había asesinado muchas más.

Tan excitados estaban por la mañana que querían incendiar la cuadra y asar al sátiro. Por fortuna, llegaron muy oportunamente las autoridades.

Benito, a pesar del tumulto y de los gritos que pedían muerte, permaneció tranquilo, con una formidable serenidad que impresionaba a sus guardianes, los cuales se preguntaban si serían bastante fuertes para salvarlo por segunda vez del linchamiento.

—¡Ábranles la puerta! —les decía—. Si quieren hacerme pedazos a mi también, no hay que llevarles la contraria.

Había dado la dirección de Cristina para que avisasen a su padre.

—¡Qué golpe ha sido para ella!... Seguramente no esperaba ver lo que ha visto... Pero ¿por qué ha venido?... *yo le había recomendado muchas veces que no pusiera los pies en este país.*

Todo lo que decía parecía ser una confesión de sus hazañas, o cuando menos conducente a la conclusión de que no podía emitirse ninguna duda respecto a su culpabilidad. Y, sin embargo, solía repetir como un estribillo:

—Todo esto no impide que yo sea inocente.

¿Se burlaba de los demás, se burlaba de sí mismo?... El tono con que hablaba era bastante grotesco. ¿Querría hacerse pasar por loco?

Al oírle las primeras contestaciones, el juez de instrucción declaró:

—Estamos frente a un cínico.

Era verdad. Masson parecía experimentar un placer sádico inspirando horror. Y hacía todo lo posible para multiplicar el horror que inspiraba.

La primera noche se habían quedado el guarda rural y el guarnicionero en casa de Masson, vigilando el fuego sin tocarlo hasta que se apagó... Los funcionarios lo encontraron todo intacto: los restos de Anie en el cesto y sus huesos carbonizados en un hornillo... También encontraron despojos en la bodega. Y es que allí la había «seccionado». En el mismo lugar encontraron *los baúles y las maletas, todo el bagaje, en fin, de las siete mujeres desaparecidas.*

—¿Qué demuestra eso? —replicó Masson, cuando se lo presentaron como un argumento—. Demuestra que soy hombre ordenado y que se puede tener confianza en mí... *Cuando vuelvan se pondrán muy contentas por encontrar sus cosas tal como las dejaron.*

—Supongo —atajó el juez, que pronto encontraremos sus cenizas, con lo que pondremos fin a una actitud que le iguala con los peores monstruos que han deshonrado a la Humanidad.

—Comprendo su indignación, señor, y la fiebre que la inspira; pero créame cuando le digo que no es seguro encontrar a esas mujeres convertidas en cenizas... El hecho de que yo haya quemado una, no demuestra que hubiese quemado a las demás...

—Entonces, ¿confiesa respecto a la última?

—¿Confesar?... No confieso nada... Soy demasiado amigo de la verdad para acceder ahora a la confesión de un crimen que no he cometido... *El hecho de hacer pedazos a una mujer y ponerla así en el hornillo, no demuestra que se la haya muerto...*

—¡Demuéstranos que no la ha muerto!

—*¡Eso no es de mi incumbencia, señor juez!...* Yo no soy magistrado ni me paga el Gobierno para que haga informaciones que prueben la inocencia o la culpabilidad de los ciudadanos. Por nada del mundo usurparé lo que son prerrogativas de usted... *¡Trabaje!...*

Así hablaba Benito Masson... No vamos a entrar aquí en detalles de un sumario que, efectivamente, interesó a todo el mundo y que todos recuerdan. Benito, cuanto más abatido debiera estar por declaraciones y por pruebas, tanto más ferozmente alegre parecía. Nunca la expresión de su rostro había sido más acentuada ni naturalmente más odiosa.

En lo referente a Violette, reconoció como propias todas las frases amenazadoras que se le atribuían. Y rindió un homenaje a la feliz memoria de la señora Muche, que había referido circunstanciadamente la visita del *Piel Roja* a *El Árbol Verde* y la conversación que tuvo con el guardabosque.

La señora Muche había profetizado con demasiada seguridad lo sucedido para no enorgullecerse de ello.

—De haberme escuchado Violette —declaró—, todavía plantaría sus cañas y

tendería sus lazos.

El examen del cadáver de Violette demostró que había sido estrangulado con una cuerda fina y arrojado al estanque con una piedra a los pies; pero la piedra sería demasiado pesada, ya que rompió la atadura que la unía a la víctima.

Y Benito Masson, ante los resultados del examen, y teniendo en cuenta que, previamente al estrangulamiento, se le suponía haber lanzado el lazo, declaró:

—Lo que se supone es muy propio de un piel roja... Y aunque yo le dijera al señor juez que no sé lanzar el lazo, no conseguiría convencerle. Así es que espero que dejen el dichoso lazo en la mesa de las piezas de convicción, junto a mi *cesto para transportar* «despojos» y junto a mi hornillo.

A Cristina se le había tomado declaración en su casa. Y gracias al dictamen facultativo se le pudo evitar, al menos de momento, un penoso careo. Careo que, por lo demás, hubiera sido inútil, por cuanto el acusado no contradecía las declaraciones de la señorita Norbert.

Ésta entonó su *mea culpa*. Su gran equivocación había sido compadecerse de un ser extraordinariamente castigado por la Naturaleza y que le había parecido interesante a causa del mismo infortunio. Cristina había achacado a la fealdad que aislaba a Benito Masson la misantropía del encuadernador, su salvajismo, sus extravagancias, la hosca poesía de sus elucubraciones, su lenguaje tan pronto entusiasta hasta el más desordenado lirismo como simplemente grosero y brutal.

Y Cristina, inclinándose piadosamente ante el dolor, se había encontrado con un verdugo.

Cuando se abrió la puerta de la casita de Corbillères, se había encontrado con una especie de loco cubierto de sangre como un empleado, del matadero y que acababa de lanzar a las llamas los restos destrozados de un cuerpo humano... De lo posterior no recordaba nada. Se limitaba a preguntarse cómo no había muerto ante el execrable espectáculo...

—La pobre chica no merecía eso —suspiró Benito Masson cuando le dieron cuenta de las declaraciones de la joven.

—¡Miserable! —le replicó el juez en un arrebato—. Ya preveía usted que ella podía sorprenderle con las manos en la masa, cuando usted le prohibía que fuera a verle a Corbillères-les-Eaux...

—No, señor juez, no... Yo no preveía que me pudiera encontrar nadie con las manos en la masa, como dice usted en un lenguaje cuya nobleza no se encuentra precisamente en las tragedias clásicas... Si yo no invitaba a la señorita Norbert para que hiciera una excursión por Corbillères-les-Eaux, era porque... el paisaje no tiene nada de bonito.

22. ÚLTIMAS NOTICIAS DE LA MARQUESA

Tanto cinismo, tanta truculencia, un interés tan evidente en aumentar en todos el horror inspirado por una serie de crímenes de que Benito Masson no se declaraba inocente más que en unos términos y en un tono que quitaban desde luego todo valor a una declaración que él mismo no parecía tomar en serio, habían acabado por inspirar a Jaime Cotentin, el prometido de Cristina, reflexiones que no podían nacer más que en un espíritu tan científicamente, es decir, tan lógicamente abierto como el suyo, preparado, además, por un severo método para no dejarse influir por las contingencias.

«Este hombre —se decía el prosector— corre a la muerte como hacia una liberación. Eso es lo que principalmente demuestran sus contestaciones. Si él mismo pudiera demostrar sus crímenes, seguramente lo haría. Y al no poderlo, desencadena contra él, con su actitud, el furor de los jueces y del público, que desprecia... Al mismo tiempo, se venga de antemano del error que va a ponerle en manos del verdugo gritando: "¡Soy inocente!"... Pero poco falta para que añada: "¿A que no me lo demostráis?"... Todo eso es muy de Benito Masson... Por otra parte, no se ha encontrado la menor huella de las otras seis víctimas. Y en cuanto a la séptima, anda descaminado cuando dice que el hecho de que se haya descuartizado a una mujer y se la haya puesto en un hornillo no demuestra que se la haya muerto...»

Cotentin no participaba a nadie aquellas reflexiones. No le gustaban las discusiones ociosas. Sabía que no conmovería la seguridad de nadie ante una culpabilidad que «saltaba a la vista». Sobre todo tenía mucho cuidado en ocultar el fondo de sus pensamientos a Cristina, que había *visto demasiadas cosas* para poder admitir ni por un segundo que Benito Masson no era un abominable criminal. Por cierto que Cristina, en tanto, había recibido un mensaje de Coulteray que le decía: «¡Adiós, Cristina!... ¡Todo ha terminado!...»

El drama fabuloso con que había tropezado en Corbillères y la consiguiente postración física y moral le habían hecho olvidar la otra tragedia no menos sombría, no menos macabra, que se desarrollaba en otro rincón de Francia y que, precisamente, había sido la causa de su visita a Benito Masson.

Jaime Cotentin, por su parte, temiendo bastante tiempo por la vida o por la razón de Cristina, no había pensado más en la marquesa ni en su desesperado llamamiento.

Los primeros requerimientos del sumario y los penosos interrogatorios que dejaban a Cristina abatida bajo el peso del más horrible recuerdo, hubieran contribuido a arrojar a la oscuridad de su pensamiento, si por casualidad hubiera aparecido, la aventura fantasmal en el fondo de la cual se debatía aquella pobre lady, tan pálida, tan pálida, que el marqués había traído de la India.

Una desgracia presente es egoísta. Exige todos los cuidados, atrae sobre sus

heridas y no permite mirar alrededor más que cuando éstas se han cerrado... Además, no hay que olvidar que, en último término, había que demostrar la realidad del infortunio de la marquesa... El trocar era digno de tenerse en cuenta; faltaba saber si se le había atribuido una importancia exagerada o si se le había asignado un papel que no era el suyo...

De todos modos, con las emociones sangrientas de Corbillères, el trocar que Cristina se había llevado en el bolso para enseñarlo a Benito había desaparecido... ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?...

Sin duda cuando Cristina corría por los senderos resbaladizos, combatida por el miedo y por el viento. Se habría abierto el bolso y se habría escurrido el instrumento quirúrgico...

Cristina y Jaime no pensaron en ello hasta que les llegó el billete tan breve y tan lúgubre de la marquesa.

La visión de la pequeña Anie ardiendo en el hornillo de Benito Masson había borrado tan completamente cuanto no se refería directamente o parecía no *referirse* a los crímenes de Corbillères, que Cristina no habló a nadie del extraño trocar.

...Además, no se lo encontró nadie, a pesar de todas las investigaciones de la policía judicial, que registraba todo Corbillères y el campo, en busca de los restos de las seis víctimas que faltaban. Si los agentes de la Seguridad General hubieran descubierto un objeto tan curioso, seguramente hubiesen dado cuenta de él.

—¡Vamos! —dijo Cristina a Jaime Cotentin—. Hemos esperado mucho... Quizá yo, por mi escepticismo, por mi orgullo, por mi «suficiencia», haya sido la causa del fallecimiento de esa desgraciada... Si hay alguna ocasión de salvarla, ¡aprovechémosla!... ¡Qué remordimientos tengo!... Cuando me creía muy inteligente, no era más que una necia... Mi calma para juzgar de las personas y de las cosas, el tan ponderado equilibrio de mi espíritu, no eran más que la armazón de una idiotez que me espanta... ¿Estás tú tranquilo?... A los imbéciles les parecerá que sí... Pero yo siempre he visto la inquietud de tu alma... ¡Nada te ha parecido jamás imposible... Me asombré de no verte sonreír cuando te hablé por vez primera del vampirismo que reinaba en el palacio de Coulteray...! Cuando yo, en un tono que hubieran envidiado todos los Prudhomme del mundo, hablaba de «ciencia», tú me respondías hablando de «misterio»... He tomado a mi padre por un monómano y tiene genio: *he amado a Gabriel sin creer... Quizá le amo todavía y tal vez no creo aún.*

—¡Oh Cristina! —protestó Jaime con infinita tristeza.

—Perdón, Jaime, pero no quiero ocultarte nada... He visto al marqués y a Benito Masson a mis rodillas; lo que no he visto, yo que creía conocerlo y adivinarlo todo, era que se trata de dos monstruos... ¡Corramos a Coulteray, Jaime!...

—Aún estás muy débil, Cristina.

—Razón de más para irnos al campo. Los médicos seguramente me ordenarán que esté una temporada en la Turena, clima suave y templado, que me repondrá de mis últimas emociones... Nadie se extrañará de mi ausencia, y los magistrados no podrán oponerse a ello. Además, el sumario está a punto de darse por concluido. Si no se encuentra a las otras seis víctimas se supondrá que se debe al hecho de que las haya quemado. ¡Qué bandido! ¡Y pensar que me dedicaba versos! ¡Y pensar que derramaba lágrimas sobre mi mano!... ¿Vamos, Jaime?

—Ya sabes que hago cuanto quieres... Además, tienes razón... Nuestra presencia puede ser útil allá...

—¡Que el cielo te oiga! ¡Pero ya sabes que nos ha escrito que todo ha terminado!

...

—Desde el momento en que ha podido escribir, no había terminado...

—Pues avisa a mi padre que nos marchamos... ¿No será perjudicial para Gabriel tu partida?...

—No... Ahora ya puedo ausentarme, aunque sea por largo tiempo..., siempre que tu padre se quede y tenga cuidado...

—¡Oh! ¡En cuanto a eso, ya sabes que apenas le deja y que casi no se ha separado de él para venir a verme!... ¡Nadie habrá estado tan bien atendido como Gabriel!... ¡Pobre papá!... *Gabriel es algo de su vida... Y también de la tuya, Jaime...*

—Mi vida eres tú, Cristina.

—Pues vámonos de este barrio, de esta isla donde me parece que el miserable aún ronda a mi alrededor con su sonrisa tan horriblemente melancólica y con aquellos versos que recitaba en un tono de liturgia... «Por el amor de Dios; no muevas las cejas cuando pases cerca de mí; que tu mirada permanezca helada en su lago inmóvil...», etcétera, etcétera, y otras cosas del mismo jaez que me llenaban de gozo a pesar de mi apariencia de estatua... Porque yo soy en el fondo una sentimental... Sí, algo parecido a Jenny la obrera, con la diferencia de que lo que necesito no son flores, sino poemas...

—¡No gastes bromas!... Porque a pesar de las bromas, eres una sentimental... No se es grande más que por los sentimientos y por la bondad... ¡Y tú has sido buena!...

—Buena para ti, buena para él, buena para todo el mundo... ¡Y a todos os hago sufrir!... Pero *¿acaso sé yo lo que quiero?* —acabó lanzando un grito que terminó en un sollozo.

Se la llevó aquella misma noche. Sí, era preciso que saliera de París... Y decidió que una vez en la Turena la cuidaría como a una niña, entre plantas y flores, en la resplandeciente dulzura del verano que declinaba.

Y al llegar a Tours se enteró con alegría, por la lectura de los periódicos nocturnos, de que aquella misma mañana había muerto Bessie Anne Elisabeth, marquesa de Coulteray, nacida Cavendish...

23. EL CASTILLO DE COULTERAY

Aquella alegría fue de corta duración. Cristina, a quien no pudo ocultar la noticia, quería partir inmediatamente para Coulteray. En ella había desaparecido toda languidez.

—Si ha muerto por culpa mía —dijo—, si ha muerto porque no supe oírlo, ¡la vengaré!... Le debo eso... ¡Su sombra no me perdonará jamás que con esa condición!

...

Se hallaba en una agitación que no cesó más que a primera hora del día, cuando se vio con Jaime en un auto que había de dejarles en Coulteray a las diez de la mañana.

«Es preciso que me tranquilice —pensaba— para sorprenderle, ya que no debe recelar nada».

Todo cuanto decía Jaime no servía para nada. No le hacía caso. Todos sus pensamientos iban dirigidos contra el marqués. Ni tan siquiera pronunció diez palabras antes de llegar a Coulteray.

En otras circunstancias, aquel viaje hubiera sido delicioso para unos novios. Eso es lo que pensaba Jaime, a quien Cristina siempre se le escurría por una razón o por otra en el momento en que la creía más cerca de él.

Jamás la Naturaleza se había mostrado más bella ni más suave. Acababa septiembre. Un sol dorado difundía su vaporosa ternura sobre los dominios del Loire. Corot no hubiera conseguido un efecto más delicado. Jaime posó su mano sobre la de Cristina, que estaba helada. Él, en el paisaje amable y jubiloso, no pensaba más que en la vida. Ella no pensaba más que en la muerte, hacia la cual corrían a ochenta por hora.

Cuando llegaron a Coulteray, las campanas de la pequeña iglesia pueblerina y de la capilla del castillo se pusieron a lanzar los fúnebres tañidos.

—Sin duda la enterrarán hoy —apuntó Cristina, cuyos ojos se bañaron en lágrimas—. Me gustaría verla por última vez. Le diría ciertas cosas al oído... Quiera Dios que lleguemos antes de la ceremonia.

A Jaime le resultaba cada vez más difícil ponerse de acuerdo con aquellos tristes pensamientos. Estaba molesto con la difunta porque le hurtaba el encanto de la hora. La presencia del pueblecillo en las faldas de la colina, entre verdura, con sus paredes blancas, con sus techos puntiagudos, con sus campos y sus viñedos; la cinta diamantina del riachuelo que unos cuantos kilómetros más abajo desembocaba, o mejor dicho, se perdía en el Loire; el hermoso cielo, la fluidez de la atmósfera, la alegría acogedora de los rostros encontrados hasta entonces al borde del camino, en los umbrales de las casitas que se abrían sin misterio como mostrando la felicidad doméstica, no le habían preparado a oír la lúgubre letanía del bronce que rezaban las

dos campanas, las cuales parecían fundidas para solamente anunciar bodas y bautizos.

El pueblo estaba desierto. El automóvil lo atravesó y pasó delante del mesón de La Gruta de las Hadas sin encontrar a nadie. Parecía un pueblo abandonado.

El coche atravesó el puente de mampostería puesto para llevar al castillo, que se levantaba en la colina de enfrente.

En aquel país abundan las obras de la Edad Media y del Renacimiento, que realzan las naturales bellezas. El sentimiento de admiración ha detenido a todos los viajeros ante las ruinas imponentes y los magníficos fragmentos de los antiguos castillos de Chatelier, de la Guerche, de Roche-Carbon, de la Isla Bouchard, de Montbazou, de Chichón, de Amboise, de Loches, de Azay-le-Rideau... El castillo de Coulteray no descompone la colección.

No es menos notable por su arquitectura guerrera, sus almenas, sus matacanes y sus torres que por los frisos y bajos relieves tan delicadamente esculpidos en la fachada... La leyenda afirma que Diana de Poitiers tuvo bastante que ver en los embellecimientos de aquella temible mansión, y que Catalina de Médicis procuró convertirla en una cómoda residencia... Y en aquel país encantador, hasta la Edad Media parece alegre...

«Muy enferma estaría esa pobre marquesa —pensaba Jaime— para morirse aquí».

En la puerta del primer recinto del castillo, o mejor dicho, de lo que quedaba del primer recinto (piedras, plantas trepadoras y flores), bajaron del automóvil. En el patio había gente. Como que toda la comarca se había reunido allí. Asistían al entierro por curiosidad y por superstición, porque en el país de Coulteray son muy supersticiosos, quizá más que en todo el resto de la Turena, y desde luego más que en Bretaña, aunque de otro modo... Y habían acudido, no por ver a la muerta, sino por ver al vampiro, sin creer en el vampirismo, pero también sin rechazar de plano la leyenda con que les habían atemorizado de niños, cuando no se portaban bien.

La fúnebre aventura de Luis Juan María Crisóstomo, escapándose de su tumba para ir de noche a devorar a los vivos, sustituía ventajosamente, para los niños de Coulteray, la apelación al coco, tan usada en otras partes.

Cuando, ausentes los castellanos, el conserje acompañaba visitantes a la cripta, no dejaba de contar a los forasteros lo que desde siglos atrás se decía de la tumba sin ocupante.

—¿Cree usted eso? —preguntaba sonriendo el visitante.

—Lo creo y no lo creo; lo creo aunque no quiera creerlo —respondía el interpelado moviendo la cabeza.

No hay nada más móvil que el carácter de los habitantes de la Turena, con su petulante buen sentido, su inconsecuencia, su finura de espíritu, su burlona filosofía, su escepticismo y su loca imaginación. ¿Qué cosa más interesante que aquel genio de

una tan maravillosa agilidad que pasa sin esfuerzo de las bufonadas a los asuntos más graves, de la frivolidad a las consideraciones más serias y a veces más inesperadas por lo audaces?

Todo esto no es una digresión inútil en el umbral del castillo de Coulteray, en el momento en que la tumba va a cerrarse sobre la cara cérica de Bessie Anne Elisabeth Cavendish, esposa del último de los Coulteray, de Jorge María Vicente, que no era otro que Luis Juan María Crisóstomo, el vampiro de la leyenda. *Faltaban unas horas para el acaecimiento de hechos extraordinarios que iban a trastornar toda una comarca...*

No olvidemos que nos hallamos en un país donde hay un mesón que se llama La Gruta de las Hadas, cuya muestra representa un dolmen visitado por los más amables duendecillos. No lejos de dicho dolmen se encuentra otro de proporciones gigantescas, llamado El Palacio de Gargantúa. A pocos kilómetros de allí se encuentra la altura de San Nicolás, atalaya de piedras sin escuadrar que también pertenece a los tiempos célticos y donde el mago Orfón acumuló inmensas riquezas que en Nochebuena gusta de mover ruidosamente...

Todas estas supersticiones son graciosas, apacibles, poéticas, propias de una tierra donde se siente la felicidad de vivir y nada semejante a los espantos bretones. Y son supersticiones que constituyen el fondo de las costumbres, que están ligadas a ciertos usos, que son ocasión de ciertas fiestas, a las que hasta los más incrédulos tienen buen cuidado de asistir. Si tenemos presente todo ello, nos asombraremos menos de lo que va a ocurrir.

Por de pronto, no podríamos darnos mejor una cuenta aproximada de la situación moral —desde este punto de vista— de la población de Coulteray que refiriendo muy sucintamente el modo en que en diferentes ocasiones fue acogido el marqués. Ya hemos dicho que había nacido en el extranjero. No estuvo en Coulteray hasta hallarse en la flor de la edad. Y su aparición fue un acontecimiento más jubiloso que otra cosa.

Jorge María Vicente parecía encarnar en un todo el tipo del noble campesino de la Turena: era epicúreo, tenía la tez curtida y trataba campechanamente con la gente alegre y decidida. No era orgulloso. Daba fiestas rurales, sacaba a bailar a las muchachas y en las grandes fiestas anuales pagaba comilonas en La Gruta de las Hadas.

El vampiro, como se continuaba llamándole en secreto y en son de broma, tenía un gran éxito. A todos les era simpático. Decían: «Nuestro *vampiro* se porta bien. ¡Ojalá el diablo nos lo conserve dos o trescientos años más!»

Luego se marchó, volvió al extranjero. Durante varios años no se volvió a hablar de él. Al volver, no había cambiado. Continuaba buen mozo, con el mismo humor. En cambio, los campesinos habían envejecido.

De la India había traído una mujer muy joven, «bella como un sol», digna de La Gruta de las Hadas. Era muy galante con ella. Parecían adorarse.

Celebráronse fiestas en honor de ella y con motivo de la visita de algunos señorones de allende la Mancha, que tampoco eran motivo de melancolía. Y toda aquella gente partió para París en medio del general sentimiento.

Cuando, unos meses más tarde, Jorge María Vicente volvió a Coulteray con la marquesa, continuaba siendo el mismo en su manera de ser, de proceder, de ver jocundamente la vida; *pero su esposa ya estaba desconocida*.

Había perdido sus frescos colores; sus ojos, que antes reflejaban el cielo, tenían un velo fúnebre; y ella, a quien se había visto corriendo por los bosques como una Diana cazadora, paseaba ahora lánguidamente en el fondo de un coche, desde donde respondía con tristeza y con gesto cansino a los respetuosos saludos de la gente.

Entretanto fue despedida por un motivo fútil una mujer del pueblo que lavaba la ropa en el castillo y estaba casada con un brigadier de la gendarmería.

La señora de Gérard —que así se llamaba— fue la primera en propalar el rumor de que en Coulteray ocurrían cosas «bastante extraordinarias».

Aseguraba haber recibido confidencias de la marquesa, mujer digna de lástima, que, si no intervenía alguien, duraría poco tiempo. Entonces intervino el gendarme para hacer callar a su parlanchina media naranja. Y lo consiguió tan bien, por medios de que ella no se ufano, que ya no fue posible sacar a la señora de Gérard una palabra referente al caso.

Pero la curiosidad de los pueblerinos ya estaba despierta; acechaban las salidas de la marquesa y suspiraban a su paso:

—Inconvenientes de casarse con un vampiro...

Además, no se portaban como antes con el señor de Coulteray. Le rehuían, volvían la cabeza cuando pasaba y se miraban mutuamente tan pronto con una especie de inquieta consternación como sonriendo de lo que pensaban, «ya que en fin de cuentas no era posible en nuestra época».

El marqués, en vista de ello, volvió a marcharse con su mujer.

Dos años después la trajo consumida. Y hoy la enterraba.

Cristina y Jaime llegaron en plena ceremonia.

Había quinientas o seiscientas personas, los hombres con la cabeza descubierta, la mayoría de las mujeres arrodilladas mientras avanzaba el fúnebre cortejo precedido del clero, seguido del alcalde, de los regidores y de lo que pudiéramos llamar fuerzas vivas de las cercanías.

Las «hijas de María», completamente de blanco, y las «damas del fuego», con su curioso indumento silvestre, que llevaban guirnaldas de hojas y flores del bosque, rodeaban el féretro abierto, según antiguo uso de la casa Coulteray, y en el que se sella a los muertos en su tumba ante todo el pueblo, llamado como testigo.

Las «darnos del fuego», entre las cuales había ancianas de blancos cabellos y jóvenes en la aurora de sus gracias, formaban una cofradía cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos y que había nacido de la costumbre druídica de celebrar la vuelta del solsticio de estío con demostraciones de gozo y hogueras en el claro de los bosques. Aquellas «damas» danzaban en torno a pirámides de leña encendida, como en otras provincias francesas hacen la noche de San Juan. En la comarca de Coulteray no había caserío, granja ni choza que en aquella ocasión no alzara hoguera. A los curas se les pide que las bendigan. Y cuando el fuego ha realizado su obra, se conservan cuidadosamente los tizones como preservativo contra la tempestad.

Así es que la religión y la superstición se unen la mar de graciosamente en aquel delicioso país. Aquel día se habían unido una vez más para llevar a la última morada a la que había sido condenada por un destino adverso a compartir el tálamo del «vampiro».

Pero detrás del ataúd, llevado por cuatro mocetones del pueblo, iba el «vampiro», con un rostro de gran dolor regado por tantas lágrimas y gimiendo tan penosamente que su corpachón se estremecía. Y la realidad de aquella desesperación conyugal no tardó en arrinconar en todos los cerebros la cruel leyenda, de la que, en fin de cuentas, tal vez era la primera víctima aquel pobre Jorge María Vicente.

Se recordaba con qué cuidado había atendido siempre a la marquesa. No se vio en él más que a un marido que lloraba a su mujer. Y se lloró, no solamente por ella, sino por él.

Es más: todo el pueblo se declaró a su favor a consecuencia de un incidente ocurrido cuando el cortejo dejaba el patio para entrar en el pequeño recinto del cementerio que precedía a la capilla. Estaba allí la señora de Gérard, que va era viuda, apoyada en la pared y disimulada tras una hiedra, pero de modo tan incompleto, que el marqués, a pesar de su desesperación, la vio. Entonces se irguió terrible y amenazante: sus ojos, hasta entonces bañados en lágrimas, parecieron secarse por el fuego que despedían; su brazo se tendió hacia aquella mujer cual si lo impulsara un resorte, que era seguramente el de la más extremada indignación, y su boca se movió, pero no tuvo ocasión de soltar el «¡Vete!» que la llenaba, porque la viuda, movida de espanto, había echado a correr fuera del castillo y bajaba hacia la pradera como un canto rodado.

Aquello le gustó mucho a la gente.

Todos comprendían aquella santa cólera. Al fin y al cabo, el pobre hombre ya estaría harto de historias. Y no ignoraría las estupideces que la Gérard propalaba desde el momento en que la había despedido. ¿Y aún había tenido ella el tupé de exhibirse en un momento semejante?

Terminado el incidente a satisfacción de todos, penetró el cortejo en la capilla. A Cristina y a Jaime les costó muchísimo colocarse en buen lugar. Jaime fácilmente

hubiera renunciado a entrar en la capilla si Cristina, pletórica de emoción, no le hubiera tirado de una mano con fuerza irresistible.

—¡Quiero verla, quiero verla!

Aunque el féretro estaba abierto, no la había visto aún. Inútilmente había intentado atravesar las primeras filas, porque fue rechazada sin ver más que ramos de flores con los que se había hecho a la difunta un tálamo perfumado.

Ya estaba la canilla llena cuando Cristina vio delante del pórtico a un hombre con sobrepelliz, que repartía golpes con un bastón negro y plano, cuyas puntas estaban provistas de una armazón de plata. Así hacía retroceder a los fieles que le atropellaban.

No podía ser otro que el sacristán.

—¡Drouine! —bisbiseó la joven.

El interpelado se volvió y la vio cogida a Jaime por la mano. Cristina Norbert se presentó y presentó a su primo.

—¡Qué tarde llegan, Dios mío! —suspiró Drouine levantando los ojos al cielo—. ¡Si supieran cómo les ha esperado!

—¿Se la puede ver aún? —preguntó Cristina.

—Síganme —contestó. Y les hizo bajar inmediatamente por una escalerilla subterránea que llevaba a la cripta.

Ésta aún estaba desierta.

—Coloquéense en este rincón. Luego de la mita la bajarán aquí y podrán verla a su gusto. Nunca ha estado tan bonita; parece un ángel. Provisionalmente será colocada en la tumba del «vampiro», que, como ustedes sabrán, está vacía. Y de donde no saldrá más que para ser sepultada definitivamente en una magnífica tumba que el señor marqués encargará y que se colocará junto a la del conde Francisco II, llamado Brazo de Hierro y muerto en Tierra Santa. ¡Qué disgusto tiene el señor marqués!

Les dejó porque lo necesitaban arriba...

Estaban en una especie de hornacina abierta en la muralla y desde la cual dominaban la tumba del vampiro, que estaba abierta como esperando la nueva presa...

Sobre una tumba cercana habían colocado la losa que la cubría y en la cual aún podía leerse la inscripción relativa a Luis Juan María Crisóstomo, caballerizo de Su Majestad.

Jaime notó que la mano de Cristina se crispaba sobre la suya. Todo aquel aparato de muerte, todos aquellos cantos funerales en aquel recinto subterráneo parecían la quejumbre de los difuntos salida de las entrañas de la tierra. Todas aquellas figuras de piedra acostadas en los sepulcros, con las manos unidas en un postrer gesto de súplica y de oración antes del juicio final; toda aquella escena lúgubre iluminada por unos cuantos rayos que entraban por las ventanas abiertas a ras del suelo del cementerio,

era como para impresionar a un espíritu menos quebrantado que el de Cristina.

En cuanto a Jaime, maldecía como siempre su propia debilidad, que le había llevado a encerrarse con Cristina en aquel mortuorio aposento, precisamente cuando soñaba para su novia el renacimiento de todas las fuerzas vitales en la apoteosis de una naturaleza triunfal...

Él, que tan fuerte era para con los demás y consigo mismo; él, que encarnaba la pura inteligencia, no existía ni había existido ante ella más que para ella. Y como hacía tiempo que lo comprendiera así, ya no luchaba contra ella. Si por un momento intentó reaccionar, comprendió al punto que ella, con su bella serenidad, con su dulcísima sonrisa, sin ninguna protesta, dejaría que se fuese... *¡De profundis clamavi ad te, Domine!* Aquí abajo, y seguramente allá arriba, cada espíritu tiene su dueño. Ni al más orgulloso le está bien dársele de listo. Poderosos cerebros han ido a remolque de mujeres lamentables. Cristina, en fin de cuentas, era buena y linda... *¡Dies irae, dies illa!*

Ya se abría la historiada verja que había detrás de la tumba del conde Francisco, llamado Brazo de Hierro. Y el cortejo de las «hijas de María» y de las «damas del fuego» precediendo al féretro que los mozos llevaban y que levantaron para dejarlo provisionalmente en la tumba del vampiro.

Hubiérase dicho que dejaban allí una maravillosa canastilla de flores en la que reposaba una virgen dormida...

Cristina, con sus ojos agrandados por la angustia y el dolor, miraba continuamente aquella cara ideal...

¡Oh, qué bella era en la muerte Bessie Anne Elisabeth!... Bella como Julieta en la tumba cuando penetró en la religiosa frescura del santuario oloroso que disipa todo el tormento y devuelve a la envoltura terrenal su pureza de aurora; bella como Ofelia adornada con su guirnalda de plantas salvajes y con los cabellos todavía húmedos de la flora de las aguas; bella como ella misma, que, finalmente, escapaba al ultraje de un insensato a quien había entregado contra sus esperanzas y deseos un corazón puro que finalmente escapaba de un círculo horroroso que no había podido comprender y donde su razón había sucumbido antes de que exhalara el último suspiro...

—¡Duerme, duerme tu último sueño! ¡Yo te juro que nada vendrá a turbarte! — murmuró Cristina transfigurada, sollozante y cayendo de rodillas.

A aquellos gemidos respondió un grito desesperado. Porque Jorge María Vicente se desplomó ante el ataúd, que tal vez él había abierto...

Terminó la ceremonia, se rezaron las últimas oraciones y corrió la losa sobre aquella que no vería más la luz del día.

Levantaron al marqués, que se dejó llevar como si padeciera parálisis. Sólo recobró un poco el uso de sus miembros cuando le dio la frescura del exterior y cuando vio a Cristina y a Jaime, que fueron los últimos en salir de la cripta. Dando

algunos pasos hacia la joven le cogió ambas manos con una efusión que la dejó fría.

—¡Oh, gracias, muchas gracias por haber venido! Usted era una buena amiga de ella...

Cristina presentó a Jaime como su novio... El otro no les soltaba las manos. Y tuvieron que acompañarle hasta el castillo.

—¡No me dejen, por favor!... ¡Soy tan desgraciado!... ¡Oh, si ustedes supieran! ... Pero a usted Cristina, nada tengo que decirle, porque lo sabe todo... Usted es la única que puede comprender el alcance de mi desgracia... Soy el más desdichado de los hombres...

Y mientras la multitud, emocionada o silenciosa, vaciaba el patio y volvía al campo para regresar a los hogares, el marqués les retenía a la sombra de aquel fúnebre castillo de puertas cerradas...

—Voy a irme —dijo con voz desgarrada— lejos, muy lejos... ¿Adónde?... Aún no lo sé... Pero no puedo quedarme aquí ni un momento, porque hay demasiados recuerdos..., demasiados recuerdos y demasiados dolores...

Se movió una puerta, se levantó una cortina y apareció una sombra que Cristina reconoció... Era el médico indio, Saib Khan en persona, que no pronunció una palabra... Jorge María Vicente se levantó al verle.

—¡Adiós, adiós, quizá para siempre! —suspiró con una especie de estertor—. ¡Oh, cómo la quería!

Y se fue... Oyóse el automóvil que se lo llevaba.

Cristina y Jaime quedaron impresionados por *aquella* extraordinaria desesperación. El ¡Oh, cómo la quería! les sonaría largo tiempo en el oído.

Jaime, tras unos instantes de tremendo silencio, dijo:

—Quizá ese hombre amaba de veras a esa mujer.

—Pero ¿cómo puedes decir eso?... También Ugolino quería a sus hijos...

—Es cierto —dijo Jaime, que por nada del mundo hubiera querido contrariarla en aquel momento.

Y, levantándose, añadió:

—Ahora, Cristina, vamos a irnos de aquí, donde no tenemos nada que hacer, y procuraremos olvidar todo esto.

—Vete, si quieres —le dijo la joven sombríamente—. Yo me quedo.

—¿Te quedas aquí?... ¿Para qué?

Cristina se había acercado a la ventana, y a través de las persianas miraba algo o a alguien con una atención feroz.

—¿Ves? —dijo la joven.

Jaime acercó la cabeza.

—Te he hablado bastante de ellos para que los reconozcas.

—Sangor y Sing-Sing.

—En efecto. Ellos no se han marchado... ¿Y quieres que me vaya yo?...

—¡Explícate, Cristina, que no te comprendo! —La joven se encogió de hombros. A partir de entonces obró como si él no estuviera presente...

Abandonó aquel salón y pasó a otro... Su prometido le seguía, renunciando ya a interrogarla. Así atravesaron parte de la planta baja... El castillo parecía desierto, abandonado... toda la servidumbre estaría en algún apartado aposento, entregada a la francachela como se acostumbra en tales casos... Atravesaron inmensas estancias que habían conservado el carácter de siglos anteriores, con arcones de precio inestimable, con cofrecillos tallados, con armaduras cinceladas, con altas sillas que databan del reinado de Francisco I, con grandes chimeneas Renacimiento, maravillas apenas iluminadas por la escasa claridad que penetraba a través de las persianas. Por fin llegaron a un vestíbulo. La joven, con una prisa que su prometido no comprendía, subió por una escalera que allí había con los peldaños de mármol desgastado, con la barandilla de hierro forjado, y que tal vez no había sido reparada desde el otro *Coulteray*, desde Luis María Crisóstomo...

Al llegar al primer piso, Cristina, como guiada por un seguro instinto, se dirigió hacia una gran puerta que abrió de par en par.

Inmediatamente notaron el olor especial de las cámaras mortuorias...

Era la famosa habitación de Diana de Poitiers. En un estrado se hallaba aún la gran cama de pilares salomónicos todavía sembrada de flores... En los cuatro ángulos de la habitación aún exhalaban su perfume los cirios apenas apagados...

Se acercó a la ventana, la abrió, subió las persianas y entró la luz a torrentes.

Cristina miró las paredes, que estaban cubiertas de tapices de Flandes de alto lizo que representaban asuntos tomados de las novelas de caballerías. Jaime, cada vez más asombrado, vio que Cristina se interesaba cuidadosamente por aquellas figuras que recordaban las proezas de los caballeros de la Tabla Redonda. Luego de examinarlas, con una minuciosidad desesperante, pasaba de una a otra. Tan pronto se inclinaba como se ponía de puntillas o se subía a un escabel.

Por fin se volvió, con la cara contraída y lanzando un suspiro. Miraba a Jaime, pero parecía no verle, y, desde luego, no le oía, porque como él le dirigiera una pregunta encaminada a aclarar aquellas maquinaciones, que para él eran completamente incomprensibles, ella pasó junto a él sin contestarle. Y de pronto, Cristina, como obedeciendo a una idea nueva, salió de aquella estancia y por el pasillo entró en la pieza contigua.

Era una habitación Luis XV... Frente a la cama había un retrato de cuerpo entero de Luis Juan María Crisóstomo, a quien se reconocía perfectamente a pesar de la penumbra..., porque también allí estaban las puertas cerradas... Jaime entró tras ella. Seguramente estaban en la habitación del *marqués actual*.

El joven cerró la puerta y Cristina lanzó un grito.

Junto a la cama, pegada a la pared que separaba aquella habitación de la habitación de la marquesa, *un rayo de sol alargaba su varita de oro, que parecía haber atravesado el muro...* Era la luz de la habitación contigua, que llegaba hasta allí atravesando un agujero... Agujero que difícilmente se hubiera encontrado entre los arabescos que lo disimulaban por una parte y entre los personajes de los tapices por la otra...

Cristina se acercó mucho, y cuando acabó de mirar le dijo a Jaime:

—¡Mira, mira el agujero por donde el monstruo lanzaba su flecha envenenada!...

Y también él, que había tenido en sus manos el trocar, quedó convencido... Pero ¿no lo estaba ya a medias?... Sin embargo, ¿qué podían hacer estando *ella muerta?*...

Esta pregunta no se la dirigió a Cristina, la cual, sin embargo, contestó:

—¡Oh Bessie! ¡He sido una mala guardiana de tu vida; *pero velaré tu muerte!*...

24. DROUINE, VIGILANTE DE MUERTOS

Aquella frase sibilina, que parecía unirla a Coulteray para toda una eternidad, dejó perplejo a Jaime. Cristina, que estaba febril, le inquietaba cada vez más, no podía estar quieta; ¿adónde le llevaba ahora? A casa del sacristán, que vivía en un torreón de piedra con una puerta y dos ventanas Renacimiento, adosado a lo que restaba del reducto, y que casi desaparecía entre plantas trepadoras. Era una garita desde donde podía vigilar la entrada del castillo, y casi una tumba, desde donde podía vigilar a los muertos.

Drouine no era de la Turena. No era vivo ni impresionable como los indígenas, y como era muy avaro de movimientos, se le hubiera podido creer falto de actividad. Nada de ello. Trabajaba quince horas al día. Generalmente, el castillo estaba desierto y le pertenecía, por decirlo así. El servicio de la capilla y del cementerio le ocupaban poco tiempo, en realidad. No abría ni cuatro tumbas al año. Pasaba el tiempo removiendo la tierra a lo largo de antiguos reductos, en una faja de terreno que le habían dejado y en la que hacía creer legumbres. Además, era solo a cultivar su viña, que salía del reducto y se extendía hacia los prados, y cuyos beneficios le cedía íntegramente el marqués. Las visitas arqueológicas y los turistas contribuían también a llenarle la escarcela.

Su sueño, casi próximo a realizarse, era abandonar aquel maravilloso país, para volver a la Sologne, su tierra, cuya fiera rusticidad le atraía.

Si no lo había hecho ya, debía a que la viuda de Gérard, a la que cortejaba en silencio hacía diez años, y con la que no se había franqueado más que hacía dos meses, no quería abandonar la Turena...

Con sus economías de hormiga había conseguido adquirir la finquita que allí tenían a punto. Siempre había creído que el gendarme no llegaría a viejo, porque frecuentaba demasiado las tabernas, y que su viuda no le lloraría mucho tiempo, porque le pegaba a más y mejor. En cuanto a él, tenía un genio bueno y paciente. Con él se podía ser feliz. Y ella lo sabía.

Cuando Cristina y Jaime entraron en su casa, estaba sentado ante el plato, en actitud meditabunda. Dejó la comida y se levantó.

Con sus cabellos de crin, con su piel marfilina, con sus miembros robustos, con la espalda curvada por la incesante labor, hubiera podido pasar por un hombre bestial, de no ser por los ojos, que eran de un azul purísimo y brillaban con el más tierno candor. A los cuarenta años conservaba la mirada de un niño de coro principiante.

Sin embargo, no era ni tímido ni torpe. Les ofreció dos sillas y les preguntó en seguida si habían visto a Sangor, y si éste había cumplido el encargo del señor marqués.

—Le hemos visto, pero no le hemos encontrado —dijo Cristina—. ¿De qué

encargo se trata?

—El señor marqués se ha ido precipitadamente y no ha tenido tiempo —contestó Drouine moviendo la cabeza— de decirles que podían permanecer en el castillo mientras gustasen, dormir en él y utilizar el servicio como si el señor marqués estuviera presente. Sangor y yo estamos a la disposición de ustedes.

—Nuestra intención era marcharnos hoy mismo —interrumpió Jaime.

—Pero aprovecharemos el gentil ofrecimiento del marqués —rectificó Cristina.

—Si tienes mucho interés en quedarte algunos días en Coulteray —añadió el prosector—, vayamos a la posada, donde siempre estaremos menos tristes que en este castillo desierto.

—¡No he venido aquí para divertirme! —dijo la joven con tristeza.

Y cogiendo la mano de Jaime como para hacerse perdonar la réplica, algo viva, añadió:

—He venido para llorar a una amiga.

—La señora marquesa la estimaba mucho —suspiró Drouine.

—Háblenos de ella —pidió Cristina en voz baja—. Nos lo ha de decir todo, porque estamos preparados a oírlo todo... En todas sus cartas me hablaba de usted diciéndome que le merecía mucha confianza... Y este asunto es tan extraordinario que hemos hecho mal en no creer en él... Ese miserable ha engañado a todo el mundo...

—No sé nada de eso —declaró Drouine.

Cristina le miró estupefacta...

Drouine agregó tranquilamente:

—Yo, señorita, no doy crédito a las paparruchadas de esta tierra... Soy de Sologne. Mi madre era ama de llaves del cura. Y yo, monaguillo a los siete años, no creo más que en el catecismo... Lo del vampiro es un cuento tártaro... Miren ustedes... Aquí hay una mujer que no es mala, sino algo charlatana, y a quien el marqués despidió severamente de su servicio. Se trata de la viuda de un tal Gérard. Y esa mujer quizá habló demasiado de esa paparrucha a la señora marquesa —que, dicho sea entre nosotros, no estaba muy bien de la cabeza—. Por eso precisamente yo no la contradecía cuando me hablaba del asunto a escondidas, en la capilla o en la sacristía. Yo le contestaba: «Sí, señora marquesa, sí...» Pero nada más, como no fuera, tenerle lástima... ¿Un vampiro?... ¿Quién ha visto un vampiro?... Yo estoy encargado del cementerio hace quince años y nunca he visto que los muertos, vampiros o no, salgan de su sitio una vez que los dejan. Mientras no llegue el Juicio Final...

—Este hombre —sentenció Jaime— tiene mucho sentido común.

Cristina se revolvió en un gesto de aguda hostilidad, exclamando:

—Eso no impide que nosotros hayamos tenido la prueba de la infamia del crimen

del marqués... ¿No lo has visto claramente?... No puedes figurarte cuánto me disgusta tu actitud.

—¿Y cuál es esa prueba? —preguntó Drouine.

—El agujero que comunica las dos habitaciones.

—Me habló la señora marquesa... Lo he visto... Pero no es agujero que data de ayer...

—Tampoco, de creer a la leyenda, data de ayer Jorge María Vicente —dijo Cristina.

—Pero ¿te estás volviendo loca? —preguntó Jaime.

Cristina replicó con ansiedad:

—¿Tampoco sabe usted qué significaba la pistola que nos mandó?... El marqués podría explicárselo.

—Calla, por favor, Cristina —suplicó Jaime—. Por de pronto, no estamos seguros de nada... Y además olvidas..., *olvidas que tú y yo tenemos más quehaceres que ocuparnos de los muertos...*

Jaime le había cogido las manos y las estrechaba con una fuerza de que ella no se defendía.

Además, en vez de responder, se puso a llorar...

Drouine salió sin decir una palabra, bien porque lo requiriesen los deberes de su cargo, bien por discreción. Y Jaime procuró inmediatamente tranquilizar a Cristina, que cada vez estaba más nerviosa.

—Admito todo cuanto quieras —le dijo—. El marqués es un monstruo y la marquesa una mártir. Ya sabes que mientras cabía la esperanza de salvarla he sido el primero en aconsejar tu intervención. Pero ahora te ruego que nos apartemos de todo esto, que no es *lo que tú sabes...* Olvida el drama de Coulteray, como hay que olvidar el drama de Corbillères. Tiempo atrás no hubieras necesitado tantos discursos. *Te repito una vez más que no pensemos sino en Gabriel.*

Cristina se enjugó seguidamente las lágrimas.

—¡Hágase tu voluntad! —dijo con voz sorda—. Pero *quizá sea una cosa espantosa...*

—¿Por qué lo dices?

—Preguntas demasiado...

—¿Estás decidida a partir?

—Tranquilízate, que pronto volveremos a París.

—No te pido que volvamos en seguida a París. Gabriel puede esperar ahora.

—Pues nos quedaremos aquí.

Jaime no pudo contener un gesto de impaciencia. Por lo visto su novia se le burlaba. Pero, de todos modos, no pudo manifestarle su mal humor. De fuera llegaba un ruido singular, algo así como una carrera o una persecución, acompañado de

agudos gritos de pájaro acorralado por el cazador... Salieron al umbral. Desde allí distinguían parte del cementerio que rodeaba la capilla. Drouine corría como un loco, de tumba en tumba, tras una sombra que huía chillando, y que acabó desapareciendo tras la capilla.

Alcanzaron al sacristán cuando amenazaba con el puño a un tipejo que hacía muecas y sonreía al mismo tiempo que saltaba un paredón con una pintoresca pirueta.

—Es Sing-Sing —dijo Cristina.

—Sí —afirmó Drouine enjugándose la frente—. No me deja ni un momento tranquilo. Le he sorprendido escuchando detrás de la puerta. Es un agente de Sangor... Me hubiera gustado darle una buena paliza en pago de la bilis que me ha hecho tragar desde que llegaron... Esas cosas raras son las que ponían enferma a la señora marquesa...

—A propósito de Sangor, me gustaría hablar con usted, Drouine —advirtió Cristina mirándole extrañamente.

—Me lo figuraba —respondió Drouine—. Síganme... Para hablar, estaremos mejor en la sacristía...

Una vez allí y con las puertas cerradas, Cristina tomó la palabra. No dejaba de mirar a Drouine. Éste parecía muy preocupado en arreglar unas ropas sacerdotales en un viejo armario del siglo XV, que ocupaba el fondo de la estancia.

—Sé, Drouine, que la marquesa tenía hermosas alhajas, de las que dispuso antes de morir...

—Aquí están —repuso Drouine, sin denotar la menor turbación.

Y sacó del armario un viejo cofrecillo de nogal tallado, el cual abrió (estaba cerrado con llave), y del cual sacó maravillosos imperdibles de oro cincelado y esmaltado, trabajos italianos del siglo XVI que hubieran hecho feliz a un coleccionista. Todo ello, sin embargo, era poca cosa junto a una diadema de placas de oro labrado y engastado de piedras preciosas del más curioso efecto, y cerrado con diamantes gruesos como avellanas.

—Estas alhajas, que ella me enseñó frecuentemente, fueron de su familia y le pertenecen a ella en toda propiedad —agregó Cristina—. Así es que podía regalarlas a quien se le antojase... Y ahora, contésteme con entera franqueza, Drouine... *Así como la marquesa ha dejado su collar de perlas para Sangor*, ha podido dejarle a usted estas maravillosas joyas.

—Me las ha dado, en efecto, como lo demuestra este papel —repuso el sacristán sacando un papel de la arqueta.

Cristina leyó: «Lego las siguientes alhajas (enumeración de las alhajas) a Juan José Drouine, guardián de la, capilla de Coulteray, encargado de velar por el descanso de mi alma».

—Perfectamente —dijo la joven doblando el papel y devolviéndolo a Drouine—.

Ahora, Drouine, va a usted a decirnos qué entendía la marquesa por velar por el descanso de su alma...

Drouine arregló las alhajas y el papel, cerró el cofrecillo, lo colocó en el armario, cerró éste y dijo:

—Eso es cuenta mía...

—Y mía... precisamente, yo no he venido aquí más que por eso... Conocía la voluntad de la marquesa y sabía el compromiso que había contraído Sangor con ella... Varios días antes de su muerte me escribió diciéndome que se había concertado no solamente con Sangor, sino con usted... ¡Hable, Drouine, porque es preciso!...

—¿Qué quiere usted que le diga?

—Si se cumplirá la última voluntad de la marquesa...

—La última voluntad de la señora marquesa era que yo diese la diadema a Sangor cuando la señora marquesa muriese...

—¡Y cuando le hubiera cortado la cabeza! —exclamó Cristina.

—Los imperdibles son para mí —continuó el otro sin inmutarse.

—Perfectamente, Drouine. Pero ¡que no se toquen los despojos de mi querida amiga!... Lo mucho que ha sido torturada en vida le da derecho para disfrutar del sagrado reposo de los difuntos...

—Lo que voy a hacer, señorita, es dárselo todo a Sangor para que se vaya inmediatamente, para que no le volvamos a ver... Le conozco bastante, y sé que se conformaría... Así mi pobre señora dormirá en paz, toda entera, como una buena cristiana...

—¡Es usted un hombre cabal!

—Así lo creo, señorita... ¡Pero conste que me ha dado usted miedo!... Ha habido un momento en que he creído que usted había venido *para matar a la nueva vampiresa*...

—¡Vamos a rezar por ella, Drouine!

25. MEDIANOCHE...

Cristina quiso pasar la noche en el castillo. A disposición de los dos jóvenes se puso el primer piso del ala norte, es decir, dos habitaciones separadas por un salón, que antaño habían formado parte de las habitaciones particulares de Catalina de Médicis, y que Luis Juan María Crisóstomo había transformado, por considerarlas señaladamente lúgubres, al gusto del día (que era el de la Pompadour), pensando reservarlas a los invitados de nota.

No podríamos decir si en su rococó completamente nuevo aquellos aposentos, que antes, cuando no habían sido disfrazados de una manera sorprendente, habían tenido su carácter, presentaban un aspecto sonriente y, como había de empezar a decirse en el primer tercio del siglo XIX, confortable: pero desde luego puede afirmarse que para los visitantes de nuestros días no hay nada más lamentable que aquellos adornitos tan recubiertos de polvo, que aquellas complicadas filigranas pegadas a muros de fortaleza. Todo ello aparece tan ridículo como al día siguiente de Carnaval unos oropeles que han aguantado la lluvia.

—¡Oh! —suspiró Jaime—. ¡Qué bien se está entre las cuatro paredes enjalbegadas de un cuarto de posada!

Y pensando que iban a comer en aquella morada, hizo una mueca tan expresiva que Cristina acabó teniéndole lástima.

—Si quieres —le dijo a su novio—, vamos a comer a la posada, ya que parece que tanto te gusta.

Y añadió:

—Puedes tener la seguridad de que ello me disgusta tanto como a ti quedarnos aquí... De todos modos, no me iré de Coulteray antes que Sangor... Ya saber la causa... De esos indios, y mediando la superstición, hay que esperarlo todo...

—¡Confío en la virtud de las alhajas de la marquesa! —apuntó Jaime, permitiéndose sonreír.

—Que la marquesa nos perdone...

Al bajar tuvieron la agradable sorpresa de encontrarse con que Sangor y Sing-Sing subían en un automóvil llevándose su pequeño equipaje.

Sangor saludó muy dignamente, y Sing-Sing, que estaba agarrado al volante como una mónita que jugase con una rueda, dio un chillido de adiós y movió el mecanismo.

Desaparecieron.

Entonces se presentó Drouine.

—Ya está —dijo—. No ha habido la menor dificultad... tenía un sable que me ha regalado... Yo, en cambio, le He regalado todas las joyas... ¡Buen viaje!...

Cristina lanzó un profundo suspiro y repitió:

—¡Que la marquesa nos perdone!...

Estaban frente a la cochera. La joven se dio cuenta de que aún quedaba un automóvil, que, por cierto, había visto varias veces en el palacio del muelle de Béthune, y que la marquesa utilizaba cuando iba a dar un paseo por el bosque de Bolonia o por los alrededores. Se acercó y lo miró de cerca. Era una limusina excelente, de sólida carrocería, muy bien almohadillada en el interior. Cristina examinó las portezuelas y los cristales. Jaime, comprendiendo su propósito, miró también. Por fin, encontraron, junto al chófer, el botón que había que apretar para que se cerraran automáticamente las ventanillas. El coche quedó convertido inmediatamente en una caja cerrada de manera hermética...

Drouine les miraba hacer...

—¿Llegó en este coche? —preguntó Jaime.

—Sí —respondió Drouine—. ¡Pobre señora!...

—¡Qué mártir! —suspiró Cristina con lágrimas en los ojos.

—¡El Señor se ha apiadado de ella! —comentó Drouine moviendo la cabeza—.

Ahora estará tranquila...

Cuando Jaime y Cristina llegaron a la posada de La Gruta de las Hadas se sorprendieron de la general alegría que allí reinaba. No conocían las costumbres. Nada como un entierro para dar apetito... y sed. Los vivos, por una natural inclinación del espíritu, se comparan con el muerto que acaban de llevar a la última morada y se felicitan interiormente de poder disfrutar aún de las alegrías de la vida y se aprestan tanto más a gozarla cuando el ejemplo que recientemente han visto, y que a veces les hace derramar lágrimas, les ha hecho asimismo medir la brevedad de los días...

Desde la fúnebre ceremonia no había cesado el holgorio. Aunque se habían levantado para una partida de bolos, pronto volvieron a la mesa para una comida que parecía no tener fin. La servidumbre había sido doblada. Por cierto que la viuda de Gérard servía en calidad de agregada. ¡Cuántas bromas había oído sobre el incidente de por la mañana, sobre el gesto de! marqués para que se marchara!... ¡A ver si dejaba de contar histerias de vampiros!...

La querían hacer beber diciéndole:

—¡Brindemos por la vampiresa! ¡Así no la tirará de los pies!...

No respondió. Tenía el ceño fruncido, la mirada torva y los dientes rechinantes...

—¡No le gastemos bromas! —acabaron diciendo—. Se le enturbia la mirada...

Como en Coulteray se cree en el mal de ojo, la dejaron tranquila y se pusieron a entonar viejas canciones del país.

—Has hecho bien en aceptar la hospitalidad del marqués —dijo Jaime cuando Cristina y él acabaron de comer en el comedor—. Tienen cuerda hasta mañana por la mañana. ¡No hubiéramos podido cerrar los ojos!...

Volvieron al castillo, se besaron y se dieron las buenas noche. Jaime se acostó y se durmió al instante.

Cristina no se acostó, sino que se dejó caer pensativa en un sillón.

La ventana estaba abierta... Ante ella se ofrecía un paisaje lunar de gran extensión y de gran belleza. Primero aparecían las masas del castillo, con sus sombras crudas sobre la tierra desierta y silenciosa, no turbada por ningún ruido; luego el negro vacío de las zanjas que separaban el patio de honor del otro patio; después, el gran espacio blanco del patio últimamente citado; y al fin de la meseta, más allá de un murete, el cementerio, con sus cruces inclinadas o rectas, con sus losas musgosas, algunas de las cuales relucían como cristales bajo la luna... Detrás, aún surgía la esbelta silueta del siglo XIV en el fondo de la cual dormía para siempre *tranquilamente* la pobre Bessie Anne Elisabeth...

¿Cuánto tiempo estuvo Cristina pensativa? ¿Y en qué pensaba?...

De pronto, se estremeció... En el valle, la vieja iglesia romántica de Coulteray daba las doce campanadas de medianoche...

Cristina levantóse, cerró la ventana, porque tenía frío, y empezó a desnudarse.

Volvió a la ventana para correr la cortina; pero lanzó una sorda exclamación y se apoyó en el muro para no caer.

Había visto, con toda claridad, entre las tumbas del cementerio, un bulto blanco, completamente blanco, que se movía, que se deslizaba con una ligereza de fantasma...

Aquel bulto flotante e indeciso, que parecía atravesado como un cristal por los rayos de la luna, dio la vuelta a la capilla y desapareció en dirección a la estancia de Drouine.

Cristina hubiera querido gritar; pero no podía. Su garganta negábase a dejar escapar el menor sonido. El terror, dueño de sus sentidos y de sus órganos, la tenía anonadada entre un rincón y la ventana. De pronto, le fallaron las piernas, su cabera dio bruscamente en el suelo y el dolor que experimentó le devolvió la fuerza física necesaria para llamar. Entonces llamó a Jaime desesperadamente, sordamente, lúgubrementemente, en un estertor de mujer que se ahoga.

Jaime acudió y la encontró arrastrándose por el suelo en un desorden que la hubiera presentado medio desnuda de no habersele soltado su admirable cabellera, que la envolvía protectoramente. Creyó que habría caído de la cama perseguida por una horrible pesadilla, de la que aún era presa.

Y ni siquiera lo dudó cuando, entre dos espasmos de horror, y mientras el brazo juvenil señalaba la ventana y la campiña lunar, oyó que Cristina decía:

—¡Ella! ¡Ella!... La he visto. Paseaba por el cementerio... ¿Qué hará, Dios mío, qué hará?...

Jaime, castamente, envolvió a Cristina en un abrigo y la dejó en la cama.

Luego procuró calmarla:

—¡Anda, Cristina!... ¡Despierta!... ¡No tengas esos sueños tan desagradables!...

Pero ella le replicaba ásperamente:

—No duermo ni sueño... ¡Te digo que la he visto como te veo a ti!... Ha corrido junto a la pared de la capilla... ¡Iba a ver a Drouine!...

Pasaron varios minutos en que los jóvenes trataban de convencerse mutuamente.

—Era de suponer que esto acabaría así, desde el momento en que, siendo tú tan impresionable, nos quedábamos en este castillo —gruñó Jaime—. Esta crisis es tan lógica como el desarrollo de un panadizo...

Apenas había terminado de hablar, cuando en la planta baja sonaron golpes sordos y repetidos. Quiso correr a la ventana y abrirla, para saber qué era. Pero ella le echó los brazos al cuello y le sujetó con fuerza invencible:

—¡No, no vayas!... ¡Estoy seguro de que es ella!

Luego callaron, porque habían cesado los golpes. Pero les pareció oír cierto ruido en el castillo. Se había abierto una puerta o una ventana... Zurrían otras puertas... Pasos... Una carrera... Saltos en la escalera...

Jaime se había erguido; pero Cristina lo apretaba contra su pecho.

—¡No vayas!... ¡No vayas!...

—¡Déjame al menos cerrar la puerta con llave!

Cristina lo abandonó un instante con una sonrisa agónica.

Y su novio corrió a la puerta y la abrió.

Se encontraron con una figura de aparecido que agitaba su sombra inmensa bajo la proyección de la lámpara. Era Drouine...

Entró, cerró la puerta descargando sobre ella todo su peso y procuró guardar equilibrio para respirar a su gusto.

Entonces vio a Cristina, que parecía tan trastornada como él.

—¿La han visto?... ¿La han visto?...

Cristina movió la cabeza. ¡También ella la había visto!...

Entonces, Drouine contó detalladamente y entre resoplidos:

—Dormía, acababa de dormirme... He oído su voz, que me llamaba... Al principio no he tenido miedo. ¡Era una voz tan dulce, tan dulce!... He creído soñar... Pero una piedrecita ha dado en el cristal de mi ventana... Entonces me he dado cuenta de que no soñaba... Me he puesto a temblar... Desde la ventana no veía nada de particular, y *el cementerio me parecía tranquilo*... Pero al abrirla he notado que la voz repetía con fuerza: «¡Drouine! ¡Drouine!...» Entonces la he visto, apoyada en un muro... «¿No me reconoces?», ha dicho. «Soy tu ama, la marquesa de Coulteray, la mujer del vampiro. ¿Qué has hecho de mi, Drouine?»

»He caído de rodillas, santiguándome... ¡Era ella!... Eran su voz, sus modales, tan dulces y tan tristes, todo... Continuó diciendo: «¿Qué has hecho de mí, Drouine?»

... ¿Por qué no me has entregado a Sangor?... *¡Mi cuello le esperaba!...* Y ahora mi garganta tiene sed».

»¡Si! ¡Tengo la seguridad de que ha dicho eso!... Hablaba con gran claridad, se oía su vocecilla clara como una campanita de plata en medio de la noche... Pero, de todos modos, lo que decía era terrible: «¡Tú has hecho de mi la esposa de Luis Juan María Crisóstomo para toda la eternidad!»

«Luego ha desaparecido por una brecha en dirección al prado... Se ha vuelto un momento para decirme adiós con la mano y ha entrado en el bosque... —¡Que me lleve el diablo si miento!»

Drouine se había arrodillado, se persignaba y se daba grandes golpes en el pecho, como en acción de *mea culpa*, como si él fuera causante de cuanto ocurría.

Sollozando, insistió:

—¡Espantoso, espantoso!... ¡Yo la he entregado al demonio! ¡Que Jesús se apiade de nosotros!...

Cristina lloraba como una Magdalena. Jaime se había acercado a la ventana y miraba el paisaje tranquilo, el paisaje sin fantasmas, el paisaje que parecía inmutable en su solidez material, bajo los cielos claros y la fría mirada del astro de la noche...

—Aquí van a volverse todos locos con los cuentos de vampiros —les dijo—. ¡Drouine! Usted y yo vamos a bajar a la cripta...

—¡No, no!... ¡Vengo de allí!...

—¿Viene de allí?

—Sí... Cuando ella se ha marchado, al no verla, me he encontrado mejor... Además, me ha reanimado el aire fresco... Así es que he vuelto a pensar que había soñado y me he dicho que la cripta estaba cerrada y que sus muros son muy gruesos hasta para una vampiresa... Mi curiosidad, en fin, se ha sobrepuesto al miedo... Me he puesto unos pantalones, he cogido el llavero de la capilla y he bajado... Entonces me he dado cuenta de que si bien estaban perfectamente cerradas las grandes verjas de la cripta, tras la tumba de Brazo de Hierro, me había olvidado de cerrar la puertecilla que se abre al pie de la torre, que es por donde ustedes bajaron... *Pues bien; por allí había salido ella... ¡Oh, no había lugar a duda!... La losa estaba fuera de su sitio, la tumba abierta, el féretro también... ¡Y dentro, no había nada!*

—Quédese con Cristina y espérenme los dos.

Jaime ya había salido, a pesar del grito de la joven...

Desde la ventana le vieron atravesar corriendo el patio de honor y luego, con paso tranquilo, el otro patio... Por lo visto, procuraba dominarse, llegar con toda su sangre fría, no dejarse ganar por la locura ambiente...

De pronto, y simultáneamente, Cristina y Drouine dejaron oír un gemido ronco... La joven había agarrado el brazo del sacristán y se lo oprimía hasta hacerle gritar... Jaime acababa de entrar en el cementerio y en aquel momento había aparecido

nuevamente el bulto flotante, deslizándose a lo largo de la pared de la capilla. El pálido fantasma de Bessie Anne Elisabeth volvía al cementerio...

Pasó ante el pórtico, llegó al torreón y desapareció por el portillo que llevaba a la cripta.

Jaime, que se había detenido un instante, siguió el mismo camino y penetró en el mismo sitio...

Cristina y Drouine, muy juntos, con la frente pegada a los cristales, no decían una palabra... Toda su vida se había refugiado en sus miradas, que no se apartaban del cementerio, de la capilla, del hueco de la puerta por la que Bessie y Jaime habían bajado a la tierra de los muertos...

Así transcurrieron unos minutos largos, muy largos... Por fin vieron reaparecer a Jaime... Y Cristina lanzó un profundo suspiro...

La cubría un frío sudor y le castañeteaban los dientes.

Drouine estaba completamente petrificado.

Jaime, una vez salido del cementerio, atravesaba el primer patio con paso tranquilo. Luego atravesó el patio de honor, levantó la cabeza hacia la ventana y saludó.

Al entrar en la habitación le miraron como si también él volviera del otro mundo.

—¡Sois unos niños! —les dijo—. Habéis soñado. Como los dos teníais las mismas preocupaciones, habéis tenido las mismas visiones... En la cripta, a pesar de cuanto diga Drouine, nada se ha movido... La losa está donde debe estar...

—¡Mientes! —exclamó Cristina—. ¡La has visto a ella lo mismo que nosotros!... Hasta te has detenido al verla... Y detrás de ella has bajado a la cripta...

—Así es —corroboró Drouine con la voz bronca.

Y se persignó nuevamente.

—¿Me tomáis por un impostor?... Pues bien: usted, Drouine, que es hombre, ¡acompañeme a la cripta!... Y reconocerá su error...

—No; yo me quedo aquí —declaró sombríamente—. ¡Mañana será otro día!

Se quedó en el pasillo, envuelto en una manta. Cristina no quiso que Jaime la dejara sola y acabó durmiéndose en un sillón cerca del amanecer. El mismo Jaime empezaba a cerrar los ojos cuando un rumor de voces, procedente del exterior, les arrancó a su primera somnolencia. Alrededor de la capilla había un grupo de campesinos. Otros grupos corrían por el primer patio, llamando a Drouine. Y a cada momento aparecían más campesinos, que se dirigían, gesticulando mucho, hacia el castillo...

Para comprender la conmoción del pueblo de Coulteray hay que precisar los acontecimientos ocurridos en el pueblo la noche anterior, mientras Cristina, Jaime y Drouine pasaban en el castillo los angustiosos minutos de que se ha hablado.

La fiesta de La Gruta de las Hadas se había prolongado mucho. En esta clase de

holgorios, bien sea a causa de una muerte o de una boda, siempre hay gente que nunca se decide a abandonar la mesa. Tanto más cuanto que las cartas acaban sujetando a los que titubean, a los que de todos modos tendrían mucho gusto en ir a acostarse...

A medianoche aún quedaban cuatro disputándose el dinero a golpe de cubilete. Eran Biroste, el herrero; Verdeil, que tenía un garaje y vendía esencia a la entrada del puente, en la reunión de los tres caminos, y que era el espíritu más avanzado de Coulteray; Nicolás, el tendero, y Tamisier, el comerciante en vinos más importante del pueblo y de los alrededores. También estaba, como es natural, Achard, el mesonero, que nunca había querido desempeñar ningún cargo en el municipio, so capa de estar bien con todo el mundo, pero que, a pesar de ello, era el jefe de la localidad, y, como si dijéramos, la clave de bóveda del país. Eran cinco cabezas bien sentadas, a las que resultaba difícil hacerles creer, como se dice vulgarmente, que un burro vuela.

Cosa de un cuarto de hora después de las doce, aquellos cinco hombres oyeron un fuerte grito, lanzado por la viuda de Gérard, que se había quedado en la posada para ayudar al servicio y que, una vez terminada su tarea, atravesaba el patio para volver a su casa, situada en las afueras del pueblo, cerca del puente, casi enfrente de casa de Verdeil.

Tan horrible era el grito, que los cinco se estremecieron y se levantaron al mismo tiempo para saber lo que ocurría.

En el patio encontraron a la viuda de Gérard, casi convertida en estatua, con la boca aún abierta del grito que había dado, y mirando como iluminada ante ella, hacia el campo. Siguieron instintivamente la dirección de aquella mirada de loca y vieron un bulto blanco que bajaba del castillo envuelto en un velo...

Tan viva era la claridad, tan brillante la luz de la luna llena, que podía distinguirse la guirnalda de flores que coronaba la cabeza del fantasma le caía junto con los cabellos sobre sus hombros.

No vacilaron. Al momento comprendieron que era *ella*, la nueva vampiresa que acababa de escaparse de la tumba y caminaba hacia Coulteray.

No era posible que se equivocaran los seis... Así es que cogieron a la viuda de Gérard y se metieron en el mesón... Cerraron puertas y ventanas, las atrancaron, avisaron a las criadas y se reunieron todos en la misma sala... La viuda de Gérard se puso a rezar el Avemaria junto con las criadas.—Los hombres no decían nada, estaban muy pálidos, se avergonzaban de su miedo...

—A pesar de todo —dijo Achard el mesonero—, estamos idiotas; porque eso es imposible.

Pero los otros protestaron. La habían visto saliendo de la muralla del castillo...

Por lo visto —sentenció el herrero—, somos víctimas de una brujería... Nunca

hubiera creído que hoy ocurrieran tales cosas.

—¿Y qué vendrá a hacer aquí esa mujer?

Achard estaba muy intranquilo. Y con gran enfado hizo callar a las mujeres, que no casaban de repetir el Avemaría.

—¡Esto ya pasa de la raya! ¡Cómo van a reírse mañana de nosotros!...

Y salió de la estancia.

Le gritaron que estuviera quieto. Pero no podía. Abrió una ventana y seguidamente llamó a los demás, que se levantaron a disgusto.

Las mujeres, que no se movieron, oían decir:

—¡Ya está ahí otra vez!... Ahora sube... Entra en el castillo... Vuelve al cementerio. ¡Ojalá no saliera más!... *Los vampiros no trabajan más que de noche... Le dará miedo el día...* ¿Y el marqués?...

Las mujeres redoblaron los rezos con una especie de furor sagrado... Pero los hombres las hicieron callar de nuevo cuando volvieron al centro de la habitación: ya estaban familiarizados con la idea del vampirismo... Además, habiendo visto entrar a la vampiresa, se habían tranquilizado... Tenían un día por delante para decidir lo que hubiese que hacer.

Lo que sobre todo los molestaba era pensar que no les creerían, que se burlarían de ellos...

Tal temor era quimérico, porque a los primeros rayos de la aurora, cuando la gente se atrevió a salir a la calle, se levantó todo Coulteray...

No sólo la gente de la posada había visto a la vampiresa: otras gentes incluso la habían oído, como, por ejemplo, dos vecinas de la viuda de Gérard, que vivían cerca del puente, las cuales fueron despertadas por los gritos de «¡Adolfina, Adolfina!», que así se llamaba la susodicha viuda. Se levantaron y vieron a la marquesa tal como la habían visto en el ataúd aquella misma mañana...

Permaneció unos instantes en medio de la carretera, con la cabeza vuelta hacia la casa de Adolfina, que no podía contestarles, porque estaba en el mesón. Y las dos vecinas juraban que ello era absolutamente cierto. Finalmente, la vampiresa se fue lanzando un gran suspiro.

Las dos vecinas habían pasado el resto de la noche rezando. Ya se comprenderá fácilmente que no se necesitaba tanto para alarmar a todo el país...

Cuando se supo lo sucedido a Drouine, se inclinaron los más incrédulos, menos tres: el alcalde, el médico y el cura.

El médico, señor Moricet, explicó científicamente un acontecimiento tan extraordinario. No era la primera vez que se encontraban frente a una «alucinación colectiva». Se explicaba, porque la leyenda del vampiro estaba arraigada y porque la gente del mesón se encontraba medio borracha... Como se consultara a Jaime Cotentin, opinó, naturalmente, lo mismo que aquellos caballeros. Él no había visto

nada, como no fuera una tumba intacta...

No obstante, había de por medio todo un pueblo soliviantado por la superstición, y al que había que calmar.

Para ello se dijo:

—Si la tumba no hubiera sido provisional, si la losa hubiera estado sellada y cimentada convenientemente, si el ataúd de plomo hubiera estado bien pernado (porque era un ataúd de pernos para abrirlo fácilmente en la ceremonia definitiva) el vampiro no hubiera podido escaparse ni pasear de noche por Coulteray... Por lo tanto, se debía dar una satisfacción al pueblo abriendo la tumba, enseñando a todos los restos mortales de Bessie Anne Elisabeth y cerrando convenientemente y ante todos el féretro y el sepulcro... Además, el cura pronunciaría con solemnidad las palabras de exorcismo.

Así se hizo, con lo que todo el mundo quedó tranquilo de momento. Cristina volvió a ver a su amiga y se le embrollaron las ideas al considerar que una muerta tan muerta, por decirlo así, hubiera dado la noche anterior un paseo tan resonante. Ya no sabía lo que había visto ni si realmente había visto algo... En cuanto a Drouine, estaba más hosco que nunca, y no cabía hablarle de alucinación particular o colectiva. Había visto a la muerta bajo su ventana, había visto la tumba vacía... Jaime tuvo que hacerle callar...

Cristina, cuya debilidad era extrema, hubiera querido irse por la tarde de aquel mismo día, notable para siempre en los anales de Coulteray, y en el que la leyenda del vampiro recobró una fuerza que llegó hasta las provincias limítrofes, con lo que los visitantes afluyeron al país en proporciones tales que el mesonero Achard se hizo rico, así como el sucesor de Drouine, que, por cierto, no dejaba de contar la historia de la vampiresa como si le hubiera ocurrido a él...

Por lo que hace a Cristina, aquella misma tarde, al entrar en el castillo tras la ceremonia del exorcismo, fue presa de un extraño sopor que quizás procedía sencillamente de su debilidad. Se acostó y no salió de dicho estado hasta el día siguiente) por la mañana, en que vio entrar en el patio del castillo la famosa limusina de puertas de hierro que no había visto salir.

Aquella mañana el coche estaba abierto, no tenía nada de misterioso. En cambio, lo guiaba Jaime, cosa que no dejó de asombrar a Cristina.

—¿De dónde vienes en ese coche? —le preguntó.

—Me daba lástima ese pobre Drouine, que quería trasladarse en seguida. Como la viuda de Gérard también quería marcharse del pueblo y han de casarse, les he llevado esta misma noche, a sus ruegos, a Sologne, donde Drouine posee una finquita en la que piensa acabar sus días... Si he cogido este coche es porque no había otro... Los desgraciados creo que se hubieran vuelto locos si están una hora más aquí...

—¡Lo comprendo! —dijo Cristina—. Vámonos también nosotros cuanto antes...

Durante el viaje estuvo varias horas sin hablar. No se sabía si dormía o si reflexionaba. Abrió un momento los ojos y preguntó a Jaime:

—De todas maneras, es extraordinario que me hayas dejado en el castillo sin avisarme antes... Porque el caso es que mientras te llevabas a esa gente me he quedado sola...

—No —repuso Jaime—. No estabas sola, porque el doctor Moricet, a quien se lo rogué, ha pasado la noche en el castillo...

Por la tarde llegaron a Tours, donde recibieron un despacho del viejo Norbert que les decía: «Volved inmediatamente; Gabriel me tiene preocupado».

26. EL PATÍBULO

El proceso de Benito Masson se vio en Melun a principios de noviembre. Fue como hacia prever el sumario. Y en cuanto era posible, hasta pareció aumentar el cinismo del acusado. Sus respuestas eran una mezcla de Juan Hiroux y de Emilio Henry, de estupidez consciente y de jactancias audaces, en una lengua que tan pronto era carreteril como se elevaba súbitamente a la aspereza temible y soberana de un profeta bíblico para florecer severamente como una página de Bernardino de Saint-Pierre, terminada generalmente con una frase de jerga abominable.

El jurado sirvió de blanco para sus pullas peores. Al presidente del Tribunal le repitió lo que había dicho al juez de instrucción referente a que no le pagaban a él, sino a la justicia, para descubrir el paradero o el destino de las señoritas que habían pasado por Corbillères, y que si le habían encontrado quemando a una muchacha descuartizada, se trataba de un accidente desagradable, *sobre todo para ella*, pero que no demostraba en modo alguno la culpabilidad del declarante.

No insistiremos en una actitud que, según la frase hecha, indignó a todas las personas decentes. El discurso del fiscal fue, como puede suponerse, implacable. Además, Benito Masson tenía tanto menos motivo para confiar en la indulgencia del representante del ministerio público cuanto que había tratado al honorable funcionario de «molde para hacer píldoras», porque tenía la cara picada de viruelas...

El momento más sensacional de aquellas vergonzosas sesiones fue, sin disputa, aquel en que Cristina Norbert se acercó a la barra. Entonces cambió por completo la actitud del acusado, que perdió su soberbia, se desplomó en el banquillo y ocultó la cabeza entre sus brazos. La declaración de Cristina fue breve y terrible.

La señorita Norbert no miró ni una vez a Benito, sino que, dirigiéndose a los jurados, parecía dictarles su deber. No faltaron a él. Benito Masson fue condenado a muerte.

Se negó a firmar la notificación de sentencia. El 2 de diciembre fue levantada en Melun, ante la puerta del cementerio, la siniestra máquina, como diría *La Gaceta de los Tribunales*. Todo el mundo tiritaba. El único que no temblaba era el condenado cuando bajó del roche que le traía de la cárcel. Llevaba erguida la cabeza que iban a cortar. Miró sin emoción a los circunstantes. Todos esperaban un postrer insulto contra la sociedad, sobre la que durante todo el proceso había soltado su baba amarga. Nada de ello. Abrazó el crucifijo que le presentaba el sacerdote, pronunciando estas palabras:

—¡Éste sí que es un hermano!

Seguidamente se entregó a los ayudantes del verdugo.

Cayó la cuchilla. El señor de París ha dicho después muchas veces que jamás había presidido una ejecución semejante. Por lo común, el condenado, en cuanto sube

a la tabla e introduce el cuello en la luneta, parece comprimirse, para hundir la cabeza en los hombros. En cambio. Benito Masson se acostó en la tabla como sobre un lecho largo tiempo esperado. Y su cabeza alargada, adelantada, parecía buscar ya el cesto en que iba a caer.

El cementerio estaba a dos pasos. La fosa se hallaba abierta. Hubo un simulacro de inhumación; pero la cabeza fue entregada en seguida a un ayudante de la Facultad de Medicina de París, que desapareció inmediatamente con su sangriento trofeo, como diría un redactor de sucesos.

Aquel mismo día, el defensor del desgraciado envió a la señorita Cristina Norbert el único papel que había dejado su cliente.

La joven pudo leer en el papel estos versos del *Paseo sentimental*:

El crepúsculo disparaba sus rayos supremos
y el viento mecía los blancos nenúfares;
grandes nenúfares que brillaban tristes
entre los juncos y las aguas tranquilas...
Yo vagaba solo paseando mi herida
por la orilla del estanque, entre la saucedá.
Entre la saucedá vagaba yo solo
paseando mi herida. Y el cendal espeso
de las tinieblas ahogó los supremos rayos
del crepúsculo en las aguas límpidas...

Debajo de los versos se hallaba esta frase: *¿Por qué vino usted?*

Ahora que se ha guillotinado a Benito Masson cabrá preguntarse la causa de que el autor del relato de esta aventura horrible la haya calificado de «sublime». Horrible, abominable, sí. Pero ¿sublime?... Pues bien, sí: la aventura de Benito Masson es sublime.